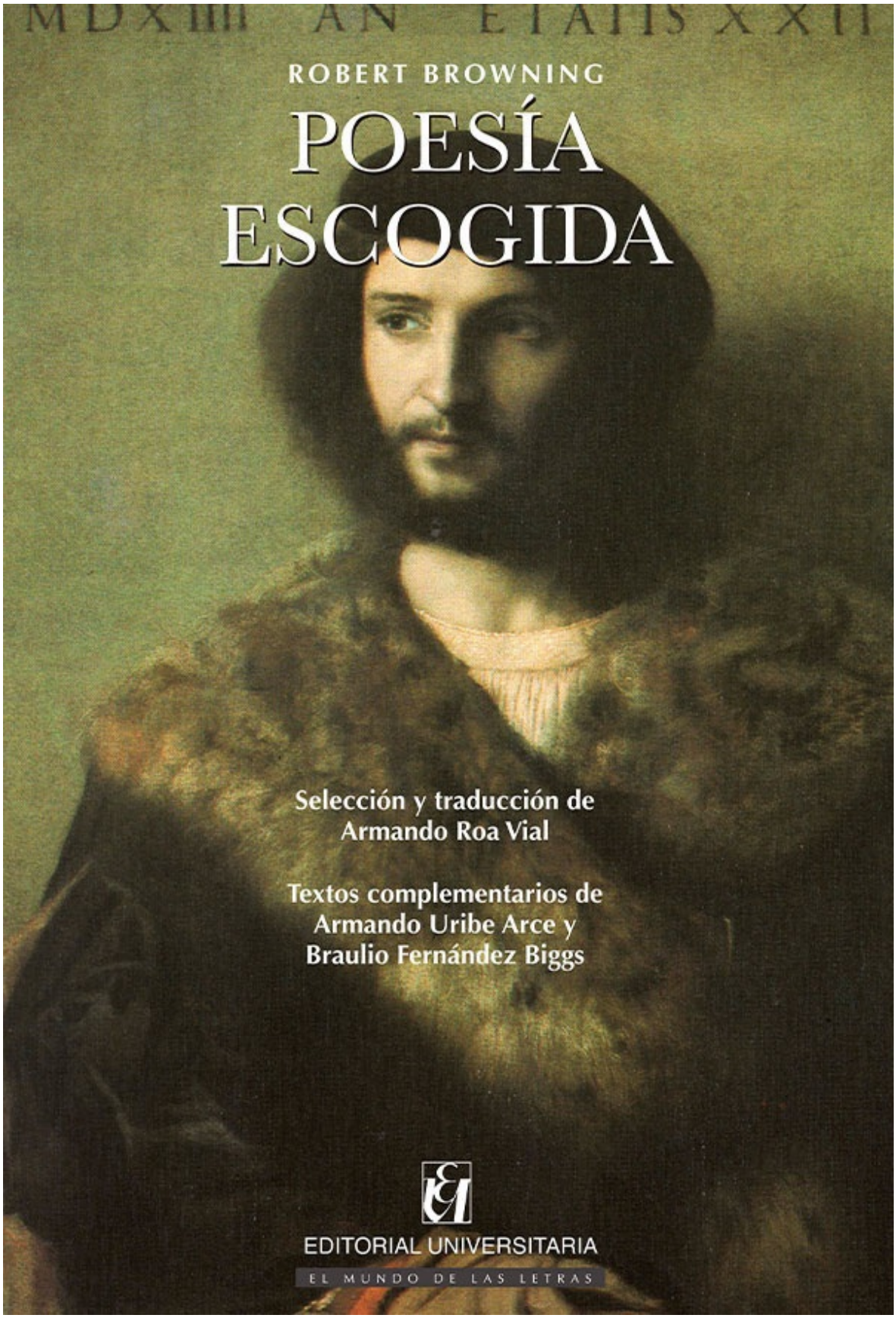


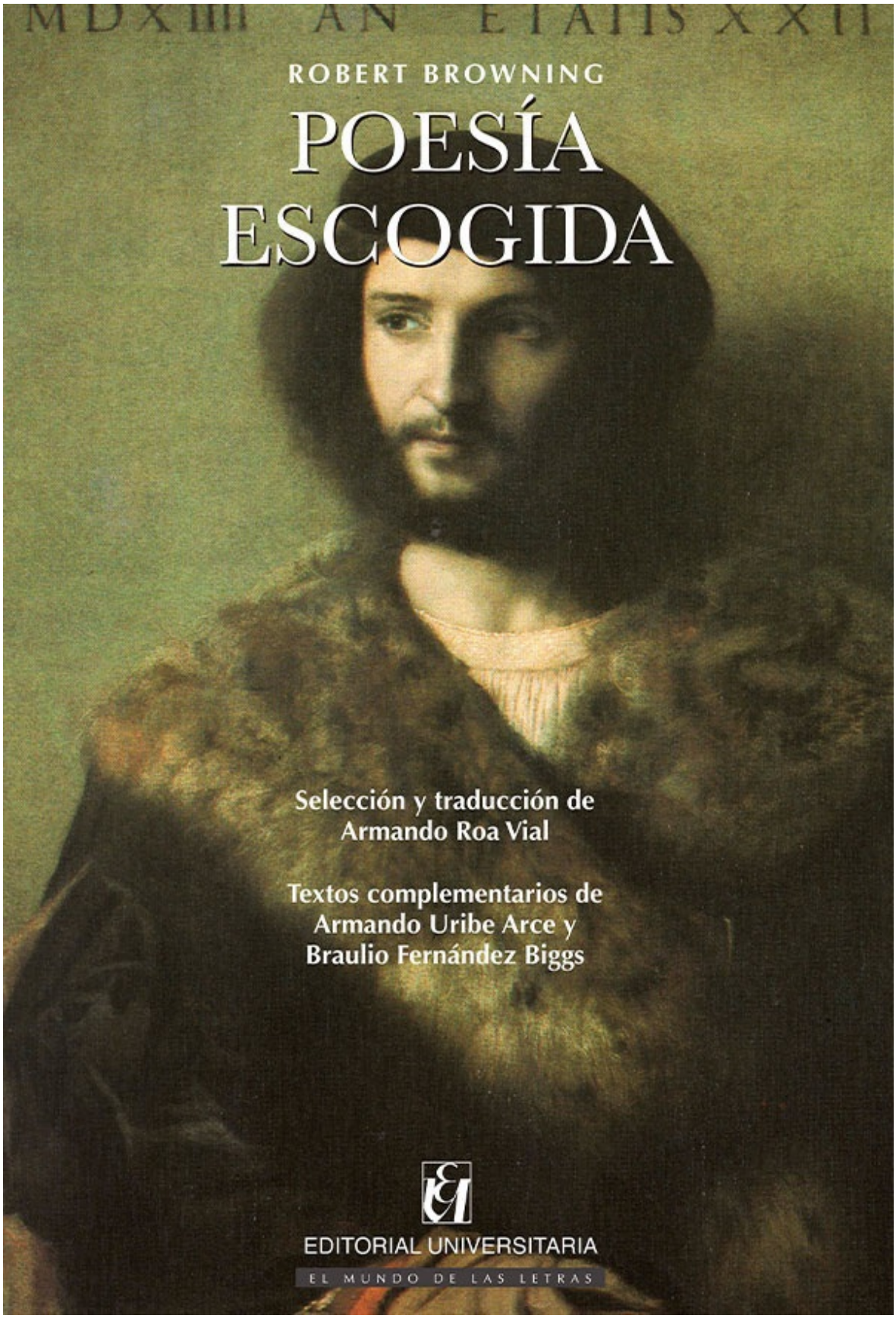
ROBERT BROWNING

POESÍA ESCOGIDA

Selección y traducción de
Armando Roa Vial

Textos complementarios de
Armando Uribe Arce y
Braulio Fernández Biggs

EDITORIAL UNIVERSITARIA
EL MUNDO DE LAS LETRAS



ROBERT BROWNING

POESÍA ESCOGIDA

Selección y traducción de
Armando Roa Vial

Textos complementarios de
Armando Uribe Arce y
Braulio Fernández Biggs

EDITORIAL UNIVERSITARIA
EL MUNDO DE LAS LETRAS

Poesía Escogida

ROBERT BROWNING por Michel Gordigiani

The National Portrait Gallery, Londres

Robert Browning

Poesía Escogida

Edición revisada y ampliada

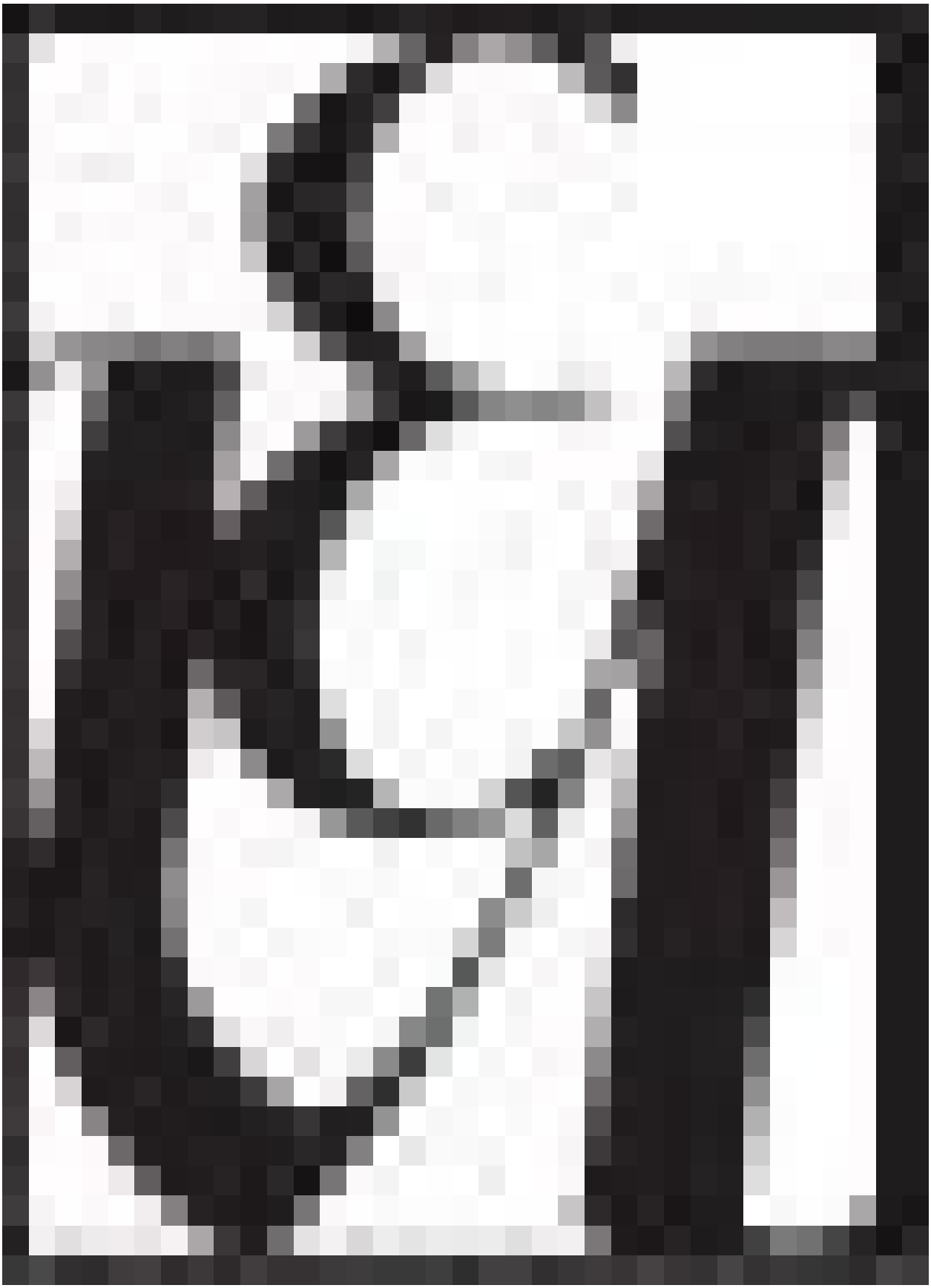
Selección y Traducción de

ARMANDO ROA VIAL

Textos complementarios de

ARMANDO URIBE ARCE y

BRAULIO FERNÁNDEZ BIGGS



EDITORIAL UNIVERSITARIA

© 2000, ARMANDO ROA VIAL

Inscripción Nº 115.921. Santiago de Chile

Derechos de edición reservados para todos los países por

© Editorial Universitaria, S.A.

Avda. Bernardo O’Higgins 1050.

Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del editor.

ISBN Impreso: 978-956-11-1990-1

ISBN Digital: 978-956-11-2827-9

Texto compuesto en tipografía Berling 11/13

www.universitaria.cl

Diagramación digital: ebooks Patagoonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

ÍNDICE

Introducción a Browning traducido, Por Armando Uribe Arce

POESÍA ESCOGIDA

Nota del traductor a esta edicion

Fuentes utilizadas en la traducción

Prospice

Johannes Agrícola en meditación

La amante perdida

Summum Bonum

Mi última duquesa (Ferrara)

El obispo ordena su sepulcro en la iglesia de Santa Praxedes

Especulación

Encuentro nocturno

Despedida en la mañana

Rabbi Ben Ezra

Nunca tiempo y lugar

Amor en una vida

Vida en un amor

Epílogo de “asolando”

El ahora

El confesionario (España)

Evelyn Hope

El amante de Porfiria

Una toccata de Galuppi

La última palabra de una mujer

Alocución final de Paracelso (fragmentos)

Acerca de una epístola que contiene la extraña experiencia médica de Karshish, el médico árabe

Sordello (fragmento)

Dos en campagna

Abt Vogler (después de haber exhibido el instrumento musical que había inventado)

Para Edward Fitzgerald

De Eurídice a Orfeo una pintura de Leighton

Canción de “pipa passes”

El niño y el ángel

Memorabilia

Poética

Deficiente es ¿qué?

Después

Entre los roquerios

Pensando en el hogar desde el extranjero

Una palabra más (fragmento, I) a E.B.B.

Juventud y arte (fragmento, XVI y XVII)

La Saisiaz

Amor

El funeral de un gramático

Notas para una biografía literaria de Robert Browning (1812-1889), por Braulio Fernández Biggs

In Memoriam

Robert Browning decide ser poeta

Mesmerismo

A Robert Browning en el día de su muerte

INTRODUCCIÓN

A BROWNING TRADUCIDO

Por Armando Uribe Arce

El traductor de poesía es poeta; o, no resulta más que transcribidor de palabras, lo que puede ser útil con el texto original a la vista, pero insuficiente.

Pues no se transmitiría la misteriosa ambigüedad que presidió -con frecuencia sin que el poeta originario fuese consciente de ello- el brotar a borbotones, no siempre controlados por el irrigador, de la profunda poesía.

El inglés de este siglo William Empson disertó sobre Seven Types of Ambiguity y tal vez haya más de siete.

¿Y cómo se transmitiría la emoción, e incluso el pensamiento necesariamente trémulo de los versos, si no se hace poesía, sobre la base labrada de un poema en otra lengua?

Antigua, ardua, inevitable cuestión sólo resuelta por la versión real y regia de un poeta bajo el otro.

Estas versiones literales al castellano de partes eminentes de la gran poesía de Robert Browning e intentan ser poesía castellana de los fines del siglo XX,

acerca de aquella laboriosa, liberadora (no menos que la de Francia) gracias a Browning y sus sucesores, poesía inglesa del siglo XIX.

El traslado poético de poesía extranjera se obstaculiza, a veces, por palabras o giros frente a los cuales el idioma patrio se encuentra perplejo, como ante incunables mal preservados por el paso entre las lenguas, que equivale al transcurso de un largo tiempo implacable y roedor. Podía verterse una sola acepción de sentido obvio; pero la poesía no es obvia. Se inclinaría el traductor de sensibilidad rigurosa a operar como los editores de inéditos manuscritos, a abrir un breve paréntesis y anotar en bastardilla, en vez de “indescifrable”, “intraducible”, para ser verdaderamente fiel. No puede hacerlo, ha de optar. Y sufre.

Traducir es sufrir. Si hay sinceridad en ello, la molestia, el dolor, pueden ser fecundos en cuanto suponen un fondo de fidelidad perpleja.

Estas traducciones poéticas de Browning son dolidas, aun en las ocasiones en que se trata de reproducir pasajes con gracia y felicidad en los originales.

Las versiones componen, en los mejores casos, borradores que se remontan, como en palimsesto, a ser fórmulas “UR” del texto definitivo. La versión literaria honesta es un borrador, el cual por aparente paradoja viene a constituir un estado anterior del original que, suspendiendo la recta razón cronológica, se anticipa a la poesía, para el traductor, pendiente, aún no escrita; aunque la tenga en letras de molde, estática, sobre la mesa misma en que vierte, gozosa y dificultosamente, su propia emoción de lector poseído por el frenesí de crear, en la lengua materna, el hijo de una extraña solamente posible.

Improbables son las versiones poéticas, nunca judiciales ni juiciosas.

Uno se pregunta, al maquinar estos comentarios:

¿Cuántas veces no habrá sido todo esto dicho y rumiado?

Muchas; pero bien dijo Gide, nada nuevo bajo el sol, etc., como se sabe; más dado que nadie, o casi, lo ve, y por redicho que esté, lo oye, habría que repetirlo hasta el cansancio. Pretextos de majadero; papilla de lugares comunes; puesto que sabemos que con enorme y vergonzosa frecuencia los lugares comunes son ciertos; y se dice etcétera, con fruición satisfecha.

Los motivos de la elección de poemas escogidos traducibles. Esos poemas llamaron a este traductor; lo estaban aguardando desde hace más de un siglo. Esto, porque al traductor le gustaron muy especialmente; pero también, diríamos, porque a esos poemas les gustaba en potencia el ser traducidos. ¿Por qué no al castellano de este tiempo finisecular?

Cualquier año es finisecular para los humanos que nos sabemos mortales. Los poemas no esperan. Están, no más, detenidos, a sabiendas de que duran, como poesía que son, más que la vida del autor y más que la de lectores y traductores.

Por ser cada poema lo que es y el que es –como un ser y no un ente-, fueron escogidos. Y quedarán para serlo de nuevo, si hay nuevo lector, ¿y por qué no?, un sucesivo traductor novísimo.

Respeto debido, y capaz a la vez de correr mano: a los francos o reservados, pudorosos sin temor a escándalo, verdaderos poemas.

Los de la copiosa obra de Browning lo son, y dan todos deleite a quienes, sin recato, se les atreven.

La poesía de Robert Browning no es solamente, como todas, ambigua. Es asimismo pensada y reflexionada, ha dado vueltas en la cabeza, como un monólogo en que se habla en voz alta para sí, y las veces que es dicha, hace del poeta un ventrílocuo múltiple, y se oye desde muy diferentes rincones, y en lugares conocidos e inesperados a la vez, países extranjeros, esquinas de calles no frecuentadas, bibliotecas, comedores, dormitorios. Muchísima de ella consiste en soliloquios.

Hay una pesadez de voz cansada; o, de repente, los entusiasmos de un descubrimiento que deja atónito; y la acumulación de rememoraciones de una persona eterna de vieja.

Se remacha en lo interior el detalle de una historieta –nada hay de peyorativo en esta excelente palabra- y la situación, producto de una crisis del pasado, con sus complicaciones, sus personajes necesarios, algunos históricos famosos, otros con máscara, más numerosos los opacos, muchos si no todos de nombre y apellido, se va desenvolviendo, no sin intervención del autor que observa cuanto va ocurriendo; se compone y toma la forma de una historia ejemplar que tiene su moral.

La poesía de Browning es muy compleja.

Durmiendo se envejece, y la poesía son sueños de los cuales no se sale incólume. Lo que en ellos sucedió es recordado a trazos, las siluetas se marcan contra un fondo del cual se desprende ahí un pedazo, más allá los yesos descascarados, o

cae la sombra sobre casi todo, un manojo de yerbas desarraigadas aparece nítido en el primer plano, los trozos se ensamblan a la fuerza. Pintura de caballete de discípulo de un gran maestro del Renacimiento, con anuncios del Barroco.

Browning es un poeta del Renacimiento tardío, repercutiendo en Inglaterra después de haber dado botes en Holanda, tal vez en Francia, ¿o seguramente? en España.

No es que su verso haya sido influido por lenguas extranjeras. Su poesía es netamente inglesa del siglo XIX, relacionada con la dramática de antes, y heredera de Chaucer, Spenser, y sobre todo, Shakespeare.

Pero no es para nada un poeta victoriano.

(No aparece, por ejemplo, en Victorian Poetry, antología con ensayo, de Messenger y J.R.Watson, 1974, estudiosos que excluyen, por su formato, a Browning, junto a Tennyson, Mathew Arnold y Hopkins; a éstos los citan; al nuestro lo saludan).

Se ha dicho que su intención, casi científica, de penetrar en lo psicológico y aun metafísico, sería propia del tiempo de la reina Victoria.

¿Y en Shakespeare, o en John Donne, no hay profunda poesía, y aun metafísica? Trasciende la era en que vivió. Trasciende su país. Es de la escasa literatura moderna, en todas las lenguas, que puede ser llamada universal.

Y es además, por sus temas, ambiciones y estilo, internacional, no sólo cosmopolita, sino haciéndole sentir al lector que está en su casa, cualquiera sea el país en que se le conoce. Es poesía para gente inteligente.

“Conversación entre gente inteligente”, llamó a la más alta poesía Ezra Pound, legatario reconocido de la de Browning.

Psicología, historia, parajes geográficos, carne, metafísica.

En la parte que viene, vamos a usar muletas prestadas por comentaristas ajenos y más sabihondos (nada de malicia en el término) sobre la obra del inglés.

De joven, Browning compuso obras de teatro. No las hemos leído; en cambio conocemos sus Poetical Works. Se ha relacionado esa primera vocación, que dicen fue frustrada, con el género fundamental del poeta: el soliloquio y el monólogo dramático. Pero había comenzado a escribir de éstos antes de redactar para el teatro.

En todo caso, es evidente que su obra poética tiene parentesco hereditario con el gran teatro inglés: desde el isabelino; sin perjuicio de una relación, de menor entidad, con poemas didácticos del siglo XVIII, y otra, mayor, con grandes poemas extensos del pasado inglés, desde Chaucer y Spenser hasta Milton.

Detengámonos en lo de los soliloquios.

El siglo XIX de las islas británicas los había intentado, por sí mismos o introducidos en poemas de contenido múltiple y, en algunos casos, abigarrados. Hay el monólogo Ulysses de Tennyson. Hay los que figuran en los extendidos

poemas de Byron. A pesar del amor de Browning por Shelley, de que se hace caudal, no se notan rastros de esa fase del romanticismo en estas piezas suyas.

Démonos tregua de referencias a nombres.

Lo peculiar y propio sólo de nuestro (ya que es universal) poeta, consiste en los monólogos que analizan el hombre interior, y estudian su psicología profunda, incluso incursionando más allá de la conciencia, en sus modos de reaccionar frente a otros personajes y respecto de situaciones, cosas y hechos del pasado o coyunturas del presente en que se produce el soliloquio.

Poeta de la psicología. La que aparece en el verso de Browning importa, para la poesía que lo sucede hasta ahora, aunque las formas líricas sean, siglo y medio después, muy otras, un acontecimiento primordial y presente. Ello equivale a la introducción de psicología de las profundidades en la novela, que dio vuelco, desperezándose con Proust. Ambos, de maneras desiguales, revelan, en la conciencia, la importancia decisiva de malentendidos, errores semivoluntarios, retornos de memoria, la trascendencia de lo que figura como insignificante. Se explayan en la reflexión íntima que no adquiere completa forma racional, en la ironía dramática que despierta la yuxtaposición de hechos debida nada más que a la fortuna azarosa, los “casos” individuales con sus problemas irresolubles, y sus conflictos ocultos aun para el sujeto mismo, pero decidiendo, por él, sus conductas. La trascendencia de la anécdota. Los deseos internos y sus disimulos y simulaciones. Los caracteres. Las máximas psicológicas. Las asociaciones de ideas.

No es cosa de que haya temas semejantes entre ambos. Es que ambos buscaban la verdad sutil y total, y que los dos encontraron, reconozcamos que diversas, verdades totales y sutiles sobre los seres humanos en la sociedad de este último siglo.

Se puede ir, atrevidamente, más lejos. ¿No precedió Browning a Freud? ¿No fue contemporáneo, Proust, del mismo? Poetas de la psicología humana en situaciones fronterizas.

Para revelar sus experimentaciones, empleó recursos que se dan en el drama teatral y, también, modos de atacar el asunto, y hasta de desarrollarlo, propios del cuento breve plasmado en el siglo en que vivía: ¿no comienza la Apología del Obispo Blougram, guardada la distancia y precedencia a favor del poeta, como algunos cuentos de Maupassant?

Por otra parte, influye notoriamente la poesía de Browning en cierta novela inglesa en que la psicología, sin descartar la sórdida o siniestra, hace el valor y el interés, y aun lo entretenido del género: de Henry James en adelante, Evelyn Waugh, Graham Greene. Si apareciese o se difundiera el posible género de la novela en verso (hay tentativas, escasas y sin arraigo), no cabe duda de que para entenderla habría que remitirse a este poeta de hace ciento cincuenta años.

El fondo del asunto es que Robert Browning, tomando su obra en conjunto, es un autor muy saliente, acaso decisivo, de epopeya burguesa. Dando hacia atrás un salto osado, ¿no cerraría él un largo ciclo iniciado por Ariosto? La cosa nos excede.

Los poemas de Browning, como abanicos, traen también aires de un género literario erróneamente estimado muy ajeno a la lírica. Se emparentan… no: continúan el espíritu, y a ratos, el tipo de texto de los ensayos más óptimos y magistrales, los de Montaigne; y, con la natural modestia de lo menor y más cercano, de ensayistas ingleses del siglo XVIII, aquéllos que escribían, por ejemplo, en The Spectator.

Sobre todo su frecuente y maestro uso de las digresiones es de la estirpe de

Montaigne.

¡Qué poeta de tanta enjundia, tan vasto, que corre airoso tantos riesgos!

Tiene familiaridad con la Historia. Diríamos –y es por ignorancia que lo decimos en potencial, pues muy probablemente haya sido estudiado- que una de las vetas trabajadas por él viene del gran autor de la Decadencia y Caída..., Edward Gibbon. Y se podría agregar que tanto por esa fuente común como por influencia directa de este inglés, el griego Cavafis es tributario de tal estilo de curiosidades.

La curiosidad de Browning. El lector más desprevenido advierte que el poeta en su vida debe de haber estado a la pesca de aquello que Stendhal estimaba por sobre todo: los “pequeños hechos verdaderos”, que al ser aislados y permitírseles el despliegue, se revelan tan trascendentes como la gran historia.

Eso, en su vida. Ello, en sus poemas que hacen movilizarse tales sucesos, a veces volar, otras arrastrarse, tal como en la vida, y consumirse, desaparecer como en la realidad, bruscamente o porque se agotaron y ya no pueden más, y porque, si corresponde, se pasan a otra cosa; y dejan al lector en una rumiación interior: ha conocido ciertas verdades, nunca las olvidará. Ese lector, en su fuero interno futuro, seguirá conversando con los personajes de esta poesía, los hará girar sobre sus variadas fases; irá incluso más allá de lo permitido por el autor, que ya los hizo tornarse en todas sus fases significativas.

Los hechos verídicos que acoge Browning en sus poemas, de los que deduce hallazgos de verdades, las que se hacen patentes al lector por lo verosímiles, son introducidos a veces por un dato de hecho mínimo: conversación de sobremesa, alrededor de la del Obispo Blungram; la epístola del discípulo Karshish, doctor árabe, a su maestro Abib, relatando su extraña experiencia médica; otro relato personal; un recuerdo; una impresión. Mínimos asuntos de hecho; nada

insignificantes cuando se los va conociendo en el poema.

Hasta historietas en prosa de las de terror, multiplicándose como subgénero en los siglos XIX y XX, provenientes de las narraciones góticas anglosajonas, proliferando incluso en textos o de crimen o de castigos luego de investigaciones policiales, le vienen a uno a la cabeza cuando se fijan en la memoria algunos aspectos de poemas de Browning.

De Browning y de Browning y de Browning.

Al tratar de un autor, uno echa su nombre al trajín. Por respeto, querría llamarlo el Innominado, como el personaje misterioso de Manzoni, el Ignoto.

Se tiene la certidumbre, al ir conociendolo, de que se oye a una persona de completa sinceridad; que no “inventa” lo que se dice, porque lo crea viviente, sin amor propio, sin las indiscretas intrusiones de un “yo” ególatra. Puede decir, y dice: yo; no molesta ni interrumpe; su yo es indispensable para lo objetivo, lo real, la cosa viva, el ente mueble, el ser duradero que es su poema.

Ha habido crítica que considera sus poemas, episodios. Ha habido incluso el que dice que en partes de sus poemas, además de lo fatal y vigorosamente lírico, aquello que rellena el texto son glosas. Y se usa para destacar esa ocurrencia de la fatal, la fatídica palabra malcomprendida: prosa. No falta el que escribe: “Cuando no es poeta, resulta casi siempre que es otra cosa –psicólogo, moralista, filósofo”… y prosigue, feliz, que “en cambio, cuando los monólogos de Browning son inspirados, se alzan a una amplitud de potencia rítmica que pocos otros poetas han igualado”.

Ay. Cosas de profesor. Campeonatos que desean arbitrar, confundiendo poeta con atleta. Este va ganando; el segundo lo sobrepasó; el tercero llegó primero a la meta.

No hay tal en poesía.

Es admisible que a un lector le guste, por circunstancias propias a él, leer un poema más que otro, de distintos autores, o del mismo, y una parte de un poema más que otra. ¿Elevar esa estimación de gusto a la categoría del espíritu? No.

Las observaciones anteriores las hemos retirado del saco de un introductor en Francia de quince notables textos de Men and Women, de los cincuenta y uno de esa obra editada en 1855; no sin mezclarlas con algunas primarias y propias.

Íbamos a decir que elegíamos tales puntos de comentario, como muestras del conocimiento común sobre el poeta, tal como se podía manifestar, digamos, en 1938 en Francia. La verdad es que no fueron escogidos por eso, sino sencillamente porque se trata del libro de traducciones de Browning, con el original al frente, que teníamos más a mano; mejor, que hemos tenido cuarenta años a mano porque son los poemas del inglés que más nos han gustado, en donde aprendimos muchas de las cosas sobre poesía, no reduciéndose a Browning, que hasta ahora sabemos.

En los poemas; no propiamente en la Introducción.

Con todo, habiendo saqueado al profesor francés de la Sorbona Louis Cazamian, colega a cuarenta, a cincuenta, a sesenta años de distancia del que esto escribe, es de reconocer que sabía lo que a un profesor de letras inglesas corresponde;

pero de poesía intrínseca, poco.

Así es como dice, criticando a Browning, que en “los pasajes de pura exposición analítica, más o menos clara, fácil y viva, el mérito del pensamiento y la forma, por brillante que fuere, no se diferencia, después de todo, de aquél de la prosa –si se toma esta palabra en su sentido verdadero, es decir designando las exposiciones directas, donde los hechos y las ideas son presentados en sí mismos-. El poder propiamente poético de los monólogos exige que la exposición directa, el “statement” sea traspuesto en una presentación indirecta, es decir, en una sugerencia. De la impresión sugestiva emana un poder de evocación y de eco, que se repercute a través de la imaginación del lector, despertando en ella vastas y bruscas perspectivas, grandes paisajes de emociones y de ideas entrevistos un instante; y la sensación embriagadora de tal riqueza, de tal fecundidad probada pero no agotada, de todo lo que hay de virtual en los vocablos animados por aquel poder misterioso, que es la sensación propiamente poética”.

¿Por qué transcribir esa mazamorra pesada de pseudo-ideas inefables?

Porque tales necedades, que parecen haber sido nutridas por la mala lectura de simbolistas en francés (supongamos, en los tres gruesos volúmenes de la Antología de Adolphe van Bever y Paul Lèautaud, publicada a principios de siglo por el Mercure de France), tiene sus parangones, con distinta jerga mucho más abstrusa pero no menos hueca, en los epígonos de más recientes estructuralistas, post-lo mismo y ahora de construccionistas, profesores a sueldos de la gratuita poesía.

Pero a la vez, estas frases se fundan en el pretendido “prosaísmo” del verso de Browning, lo que toca en todo caso comentar.

Qué manera de no entender la poesía. La poesía no es otro extremo respecto de la prosa. Elemental. La prosa difiere del verso, sí, no de la poesía. Verso y prosa se distinguen, por escrito, en lo gráfico; oralmente en cuanto el verso tiende algo más a ser cantado. Algo más; no necesariamente.

La poesía en cualquier forma visible u oída consiste (¡y esto ha sido tan dicho!, pero hay los que no escuchan ni ven) en palabras cargadas de energía y sentido hasta el máximo ilimitado. Lo argumentado, lo discursivo, el razonamiento, cabe que alcancen máximos apenas soportables; y entonces son poesía.

La sugestión de creer que la sugerencia es poética, supone estar hipnotizado por cendales impalpables y cursis, y ser miope a la belleza de la inteligencia; más bien, bajo la hipnosis del tedio hastiado de las salas de clases.

(Sólo hace flecha en blanco, por azar pensamos, el profesor de sesenta años ha, cuando llama a las tentativas de poesía filosófica “muy bellas empresas de desesperación”). Tener la sensibilidad de las argucias intelectuales, el gusto de la erudición, la necesidad de verdades formales, y escrúpulos de orden escolástico o dialéctico, son fuentes de ardua poesía metafísica que Browning no se negó.

La aridez en pasajes poéticos de Browning: la sequedad del idioma, de las ideas e imágenes, de los giros y de los silencios, de la puntuación misma –que en este inglés abunda de manera desmedida, desmesurada diríamos, en guiones, desesperadas pausas o cambios de asunto y digresiones en la conversación o el monólogo-, lo yermo del poema es, en los de Browning, parte inseparable y esencial de lo poético. Las rugosidades, las discordancias, el carácter en apariencia ingrato de la intrincada psicología de sus fundamentales personajes, bien fundada, sus apotegmas de moralista, y la atmósfera moral de poemas enteros, sus filosofías, son pura poesía, o si se quiere, impura. La poesía no se para en pelillos de higiene.

Las historietas y discursos de Browning ocurren en países europeos variados; la propia Inglaterra, la ajena Italia y sus ciudades, las de España, en presente suyo (que es hoy nuestro pasado), en antigua Francia, en campiñas extranjeras, en lugares árabes, en antigüedades históricas precisas o imaginadas, con personajes de carácter, nombrados con apellido y apelativos, que pueden parecer exóticos.

Los exotismos de Browning, su por qué.

La época en que viviera estaba dominando definitivamente el mundo: comunicaciones, historia, arqueologías. Estaba más documentada que todas las anteriores. Inglaterra era la potencia de Europa y el globo. Europa constituiría la culminación de las civilizaciones.

Browning admitía, ¿cómo no?, estar en una cúspide mundial; pero desconfiaba de su altura y de su profundidad. Deseaba penetrar más allá de la cáscara de las maneras, convencionalismos materiales, ideas predominantes de su tiempo. Necesitaba poner su presente físico y mental en contraste con lo que era y había sido de otros, con lo otro.

Sus exotismos eran las vías para colacionar lo permanente de los seres humanos y sus sociedades, para extraer lo nítido y neto que pudiese ser calificado de duradero; la eternidad esencial, humana y colectiva.

Era asimismo el siglo en que los poetas y otros artistas esquivaban la Inglaterra triunfante, con su espantoso “cant”, que suponía hipocresías peores que las conocidas fuera de ella; y viajaban, o se instalaban por años en países extranjeros, en el continente, de preferencia hacia el Mediterráneo. Ya no bastaba el “tour” de los ricos y nobles por las Europas, ni se trataba de un viaje, más o menos prolongado, de “formación”, aprendizaje y ejercicio de lenguas, experiencias de las “cortes” forasteras.

Para los poetas ingleses fue el tiempo, iniciado por Byron, Keats y Shelley en esta nueva versión cultural y humana, que suponía una crítica, más explícita que implícita, al país natal, del expatriarse a sitios vividos como más cultos y humanos. Italia fue lugar de elección. También para Browning.

Pese a ello, sus “exotismos” superaron las motivaciones de los demás. No se reducían sólo a escoger otros espacios de geografías y topografía muy diferentes a las natales, sino, de manera semejante, otras épocas, efectivas o imaginadas, un antes más idóneo para lo que su poesía necesitaba decir.

Nada de superficial o frívolo en estas opciones.

A la vista del que escudriña, un fondo de insatisfacción y de disgusto en cuanto a la era que le había tocado en (mala) suerte, respecto de los lugares y las situaciones que ofrecía una civilización percibida como incompleta, conteniendo gérmenes de fracaso y quizá de Apocalipsis, bajo el manto pétreo o de ladrillo y brea cubierto de ambición, artificio y arrogancia, en que las Grandes Bretañas regían y seriamente se solazaban, bendiciéndose y aun pavoneándose.

Ese hondo sentimiento era un cráter, apenas apagado en apariencia, del que tenían urgencia se surgir las obras del poeta.

Otras atmósferas le permitirían labrar sus verdades; incluso las opiniones de fondo del poeta sobre su país y tiempo serían trazadas más precisamente introduciéndolas en sitios y períodos “exóticos”.

Y algo todavía más profundo: el mundo, todos los mundos, todos los tiempos, pasados y actuales, son por él considerados como lo ajeno, lo que no es propio, lo que no es sólido ni duradero. La necesidad de otro mundo, uno eterno, que se refleja como posible por la contraposición con todos los tiempos efímeros y las caras mortales. El sentimiento religioso. Algo diremos sobre ello hacia el final.

Lenguas extranjeras al inglés no aparecen citadas en sus versos, salvo como inscripciones ilustradas: griegas por ejemplo. Su presencia es la de signos arcaicos, o de lo extraño, raro, inquietante; lo que más tarde, en psicología y literatura, fue muy nombrado como “uncanny”.

En cambio la poesía de Browning, no siempre a sabiendas, tiene una larga penetración en otras literaturas. La poesía de las lenguas modernas europeas es tributaria suya en aspectos que, para describirlos, requerirían escribir otro ensayo. También la literatura de ficción, después de él, recibió variaciones que introdujo Browning, al menos en cuanto al punto de vista en que se coloca el autor.

Y todo ello, por cierto, ocurrió en primer lugar en las obras literarias del idioma inglés.

¿A qué se debe que este actuar por presencia de Robert Browning en la cultura que le sucedió asuma un aire clandestino, no muy reconocido, y supuestamente discutible?

Asimismo, es materia de un estudio separado. Creemos, para decirlo en breve, que la influencia general de la literatura de Browning, se ha dado, en distintos idiomas que el inglés, pero igualmente en éste, por medio de otros autores, que son tributarios suyos en prosa y en verso; más que en forma directa.

Porque éste es un autor difícil, denso, complejo, caracoleado. No es que su lectura sea en especial ardua. No por encima; por dentro sí.

Para cerrar esto de las influencias. Algo acerca del influjo de la poesía sobre la prosa; y viceversa.

Puesto que la poesía se da en la prosa, tanto como en el verso, nada tiene de raro que la poesía en verso pase naturalmente al alambique de las narraciones, cuentos, novelas, ensayos y por cierto a las obras teatrales y a diálogos filosóficos. Deja de ser verso métrico, pero –máxime desde que es blanco, suelto o libre- interviene lo que, formando parte justificada, evidente, exigida, de la trama, contenga en pasajes que pueden ser prolongados, esa carga extrema de energía comunicativa a que nos referíamos antes como lo distintivo de la poesía. Puede presentarse en el diálogo o en las descripciones; pero, en aparente paradoja, se trasluce menos en lo que dio por llamarse “prosa poética” con imágenes y sonoridades ofreciéndose en veste de “líricas”, que en las situaciones en que el nervio de lo dicho y escrito está al vivo, y transmite –pásennos la metáfora- paralizante corriente eléctrica.

No nos asilemos en metáfora retórica. La poesía de las situaciones la experimentamos todos en lectura de novelas. La clave misma de la trama queda en momentos, ¿por qué no durables?, al desnudo, en descubierto. Se incrusta en la memoria como si contuviera rimas: se recuerda su contenido que se puede repetir al menos resumido; algunas frases, una tirada de esa prosa de ficción, resuenan como si se las hubiera escuchado cantadas con bellos o terribles acentos; se las escandea, pueden ser contadas literalmente a quienes no conocen tal novela, y reiterárselas en voz alta décadas más tarde. Es poesía.

¡Cómo no entender, entonces, que la poesía en verso tiene todas las condiciones para ser asimilada, en lo más primigenio y esencial, por la prosa!

Claro que hay, además, la “prosa prosaica”, en que las palabras agotan, al pronunciarse, y en letras de molde, todo su efecto en el instante justo en que son oídas o leídas, cumplen su modesto rol, y quedan atrás, borradas.

Viceversa, la prosa, de ficción u otras clases, puede influir en la poesía en verso. No cabe dar ejemplos manifiestos aquí. Los hay célebres. Como de razón, se trata de obras en prosa que contienen una espesa o sutil, en todo caso una rica poesía.

Basta de escollos.

Reduzcámonos, ya que de tan amplias cuestiones se trata, al abundante Browning.

Después de pasear por caminos contiguos a estas versiones del inglés, oigamos derechamente algunas observaciones pertinentes de Armando Roa Vial, el poeta que lo traduce. Van, en seguida, con comillas.

“Browning es un poeta que intenta explorar hasta los rincones más íntimos del alma humana. Para ello yuxtapone el tiempo psicológico con el tiempo cronológico, en un hábil juego contrapuntístico que entrecruza los aspectos externos de la trama del poema con las vicisitudes internas de sus protagonistas. No sería aventurado conjeturar en Browning al primer gran moderno que prefigura obras como las de Joyce o Faulkner, apelando a la ‘corriente de conciencia’.

“El simultaneísmo anterior se refleja también en la forma como Browning intenta absorber diferentes personajes históricos para enmascarar sus propios

sentimientos, ejercicio que, como recuerda Manuel Almagro, luego sería adoptado y denominado por Pound como la ‘contemporaneidad de todas las épocas’.

“Los poemas filosóficos de Browning reflejan un imperturbable optimismo metafísico y religioso, ajeno al mundo protestante que condena de raíz a la naturaleza humana. El hombre, para Browning, gracias a su voluntad, puede culminar su ser. La idea del universo como voluntad es muy central en su obra. Si para Schopenhauer el mundo era abyecto por ser voluntad insatisfecha, en Browning ese mismo mundo alcanza plenitud porque la voluntad puede trascenderse en su itinerario de despliegue hacia el Creador. Voluntad, en consecuencia, como impulso de amor. En esto último el pensamiento de Browning se acerca a la escolástica de Escoto, quien influiría poderosamente en Gerald Manley Hopkins.

“Quizá el punto más fascinante de investigar sería este: algunas de las concepciones anteriores se pueden rastrear en la obra del Padre Lacunza, cuya última edición fue hecha en Londres, y quien de acuerdo a los estudios de Mario Góngora “tuvo una fuerte penetración en una serie de pensadores religiosos, especialmente escoceses, de la Inglaterra previctoriana”. Dada la enorme erudición de Browning, sobre todo en lo que a pensamiento filosófico y religioso se refiere, no sería descabellado conjeturar que hubiera leído la obra del padre Lacunza (La Venida del Mesías en Gloria y Majestad) con lo cual se podría establecer un interesante nexo intelectual entre Browning y la obra de uno de nuestros más ilustres escritores”.

El intento fundamental de Browning en su obra poética, si tuvo alguno centralmente, y si ése fuera único, ¿lo logró? ¿Fue un intento frustrado?

Conjeturas.

La verdad es que si hacemos tal pregunta, y con tantos puntos de interrogación,

es porque tenemos el pálpito irracional que –más allá de alguna proposición que haya expresado para dar cuenta del por qué escribía- habría tenido un propósito intencional, de intención más profunda que su propio consciente; y que tal intento fue frustrado.

Es muy sencillo decir: por la muerte. A todos los que no somos Browning nos ocurre o nos ocurrirá. El intento de ser inmortal.

La inmortalidad, no obstante, excede a la carne que se toca y a la carne de la psique. La del alma, que para los cristianos, es regalo de la Gracia.

Por cierto la poesía no es producto del alma; y goza, en el mejor de los casos, de reflejos de Gracia. Nunca por la obra literaria, por excelente y excelsa, única y perdurable, influyente o célebre que sea, se salva el ser humano y se salva su alma.

Intuimos que esto, Browning, en lo profundo lo sabía. Que sin embargo, recurrió a escribir poesía a la desesperada, por si acaso, incluso para distraerse de la angustia de ser hombre y mortal en su carne.

Y empero, a sabiendas, en esa suprema caída de saberse irrisorio, escribe. De ahí, la frustración irremediable.

Conjeturas; evidentemente más irrisorias que lo que insolentemente atribuimos a Browning.

Dejémoslo de lado; no sin acápites sobre lo religioso en su poesía.

La religiosidad de Robert Browning en persona.

Fue protestante. No cabe en esta sede discurrir sobre sus dudas filosóficas, morales, psíquicas, acerca de la verdad y trascendencia sobrenatural de la religión.

Concretémonos a un poema: la Apología del obispo Blougram. Es un prelado católico. Explica sus percances espiritales en su mundo material, durante una época que, justamente, era de apologías sacerdotales, de rectorías cardenalicias.

Tiempos de la Apología “Pro Vita Sua” del Cardenal Newman. Mediados del siglo XIX. La apología apareció en 1864. El poema de Browning en Men and Women, fue publicado en 1855. La autobiografía de Newman nació de un debate teológico con el reverendo anglicano Kingsley. Newman lo había sido hasta 1843; y recibió el orden sacerdotal en Roma el año ’47.

El obispo Blougram conversa con un hombre de letras no creyente, y particularmente desconfiado, parece, de la Iglesia romana. Modelo de monseñor Blougram, inglés y “papista”, ficticio en el poema, fue el alto prelado Wiseman, cardenal que había sido inspirador del “Oxford Movement” religioso, encabezado por los reverendos Pusey y Newman.

Controversias vivísimas sobre la fe y la duda. Conversiones a la Iglesia Apostólica Romana, y crítica a ellas, y al anticristo eclesiástico.

Wiseman mismo comentó el poema, a poco de ser publicado, en una revista confesional, con fecha de enero de 1856. Lo tomaba muy en serio, no reduciéndose a lo literario; y haciendo algunas expresas reservas, concluyó que el autor era, en el fondo, religioso, y su conversión (al catolicismo de Roma) no sería de ninguna manera sorprendente.

En efecto, considerado por un lego, el Obispo sale bien de las escaramuzas doctrinarias y terrenales en que espontáneamente se enzarza frente a su tácito impugnador.

“Mientras más dudas, más fuerte es la fe, digo yo, si la fe sobrelleva las dudas (…) Qué importa aunque dude por cada poro, dudas en la cabeza, dudas en el corazón, duda en la punta de los dedos, dudas en el trabajo trivial de cada día (…) y todo es duda en mí, ¿dónde está la ruptura de la fe en estas cosas?”.

“¡El gran Quizás! miramos sin auxilio” (…), “visto desde el desierto que se despliega a lado y lado” (…), “y así el tropiezo a prueba de verdades”.

“Vamos; mejor creer, si es que podemos”.

“Yo, perentoria y absolutamente

¡creo!”.

“Hablamos de lo que es, no de lo que pudiera ser, y cuánto mejor sería si fuese de otra manera (…) Mi trabajo no es ser de otra manera, sino el hacer de mí lo

máximo absoluto de aquello que Dios hizo”.

“Nuestro interés está en el filo riesgoso de las cosas”.

Y pone casos atinentes a peligros: “Ladrón honesto, tierno asesino, supersticioso ateo, mujeres medio-mundanas, que aman y su alma salvan según los nuevos libros venidos de París…”

“¿Qué gano yo poniéndome del lado de los negadores?”.

“Cree –y con todo miente, roba, mata, fornica, frente a la cara de la fe, como la bestia que eres”.

“La suma de todo esto es –sí, mi duda es grande, mi fe es más grande, entonces mi fe es más que bastante”.

Y resume el Obispo la fe en palabras que casi pudieran ser de Wiseman, y de las que hay semejantes en Newman.

“¡Pura fe, en realidad! –no sabe lo que pide.

“La creencia desnuda en Dios Omnipotente.

“Omnipotente y Omnisciente, pesa demasiado en la conciencia de las creaturas.

“Ninguna carne puede verlo.

“Hay quienes creen que la Creación lo muestra. Digo yo: lo oculta todo y para eso es que sirve el Mal Bendito”.

Newman, a decir verdad, no habría jamás escrito la última línea paradojal: “And that’s what all the blessed Evil’s for”.

Lo anterior sí:

“Si me mirara en un espejo, y no viera mi cara, tendría la especie de sentimiento que me viene efectivamente cuando miro este viviente mundo en sus trabajos y no veo ningún reflejo de su Creador (…) Si no fuera por su voz, que habla tan clara en mi conciencia y en mi corazón, yo sería un ateo, o un panteísta, o un politeísta, cuando miro el mundo (…)”.

“Los argumentos para probar que hay un Dios (…) no me calientan o alumbran; no hacen desaparecer el invierno de mi desolación”. “Considerad el mundo: (…) los desengaños de la vida, la derrota del bien, el éxito del mal, el dolor físico, la angustia mental, cómo prevalece la intensidad de los pecados, las invasoras idolatrías, las corrupciones (…)”.

“Si hubiera un Dios –puesto que hay un Dios”. (Apología, VII parte).

Dicen comentaristas de Browning, que las últimas cuarenta líneas de su soliloquio –el cual cubre más de mil- colocarían al Obispo al margen de la verdad. Discrepamos. Se plantea ahí si habría sido sincero: “En cuanto a Blougram, él creía, digamos, la mitad de lo que dijo”.

Conforme: es sentencia del poeta. Quiere a la vez decir que creía efectivamente en la otra mitad. Aquélla en que era incrédulo, está compuesta por los variados y cuantiosos símiles y paradojas que utiliza en su argumentación para inducir al descreído que le escucha, a que se convierta a la verdadera Iglesia.

¿Tuvo Browning el deseo o el capricho de convertirse a la Romana? Asunto para los autores de Vida suya, o de Apologías, que no han faltado.

Pero su poesía toca directamente la cuestión en el soliloquio del Obispo; y la roza, más misteriosamente, en numerosísimos pasajes de sus distintas obras. La divinidad trascendente es, en suma, su principal, literal, Deus ex machina. Sin acepción de iglesias.

Las posibilidades de trasladar poemas de una lengua a otra permiten o estimulan muchas formas de resolver los intríngulis: desde las traducciones más literales a las versiones, a las versiones libres, a las imitaciones, remedos, parodias, pastiches; se llega hasta los plagios, o a lo que los academicistas tienden a llamar, con feo término, “intertextualidades”.

Hay, además, una forma peculiar: verter libremente fragmentos breves de poemas largos, dando a cada uno de los trozos cierta unidad cerrada, y haciendo de aquello que se desprendió de la obra un poema completo; el cual puede resultar inesperado. No es enmendar la plana al autor extranjero, ni resumir. La poesía no admite reducción sintética.

Esta sería una especie de subgénero: de los fragmentos como poesía lírica autónoma. Se querría decir: por antonomasia. Bien se sabe que la alta lírica griega que nos resta se compone principalmente de fragmentos (a veces recogidos por gramáticos u otros curiosos).

Esta lírica fragmentaria contrasta con el poema discursivo, descriptivo, dramático y con anécdota, histórico o metafísico; los del género que cultivara, no exclusivamente, Browning.

La poesía de Browning es tan variada, compleja y completa que puede, incluso por fragmentos extraídos de poemas extensos, trozos cogidos al azar y por curiosidad, interés y pasión, convencer que aquellos pasajes recogidos son por sí mismos poemas íntegros incrustados, poesías dentro de su poesía.

Ocurre con Browning, en este aspecto y sentido, como con obras teatrales de Shakespeare. Algunos monólogos, breves partes de escenas, retirándolas de la pieza teatral, adquieren la lumbre, tienen el lucimiento de poemas líricos autónomos.

Eso ha sido intentado con fragmentos poéticos de Robert Browning.

Ejemplos (serían, por así decir, imitaciones fieles):

“Death in the desert”, en Poetical Works, p.483

La muerte en el desierto.

(La supuesta de Pámphylax de Antioquia:

un pergamino entre mis manuscritos,

número cinco, tres pellejos juntos,

en griego, desde Épsilon a Mu,

es el segundo en el cajón llamado

el Especial, y se ha ensuciado

pero se le conserva en terebinto,

cubierto por un paño peludo, letra X,

viene de Xanthus, tío de mi esposa

(descansa en paz): Mu y Épsilon

señan mi nombre y apellido,

no los escribo enteros pero marco

una cruz + porque espero Su venida

como todos, así es: Comienza Pámphylax).

“How it strikes a contemporary”, en Poetical Works, p.420-421

Un único poeta conocí en esta vida.

Y esto es, o esta era, su manera.

Todo pasó en Valladolid.

Iba y venía, y uno se fijaba
inevitablemente en él, de traje negro
más bien usado, elegante y modesto,
heredado tal vez, pero comprado nuevo.
La capa, reluciente por lo brillosa, ya mostraba
la cuerda, las hilachas, un viso carmesí.
Pero tenía empaque. Tremebundo.
Caminaba golpeando el pavimento
con su bastón, husmeando el mundo
mirándolo de cara a cara en pleno.
Un perro viejo cegatón y calvo
a sus talones. Doblaban por la esquina
de la iglesia que lleva a parte alguna.
O por las alamedas, a la buena ventura,
o a aquellas horas en que están vacías.
Miraba la vitrina de una tienda
francesa, o bien se detenía
a ver al remendón que cosía zapatos,
o los impresos de estampas tremendas
y caracteres hoscos en un patio.
Y conocía entonces a los hombres y cosas

tanto como la fusta a la piel del caballo,
la mujer al marido. Y de todo lo cual tomaba nota.
Y así teníamos entre nosotros
más que un espía, más que Inquisidor.
¡Si la ciudad supiera que ya tiene patrón!
Se gobierna pro-forma, cuando hay un tal ignoto.
No es nada fácil, es difícil
cuando el secreto de las crisis
está a la vista de él.

Que tenía sus años.
Bajo esas cejas ¡qué ojos!
agudos como avispas a ambos lados
de la nariz curvada como garra de halcón.
Hubo un informe reservado
sobre su vida. Dice: Seguido hasta su casa
de más allá del ghetto, se le vio en una pieza
cenando entre unos cirios, y con cuatro tizianos
en la pared; hay más: como unas veinte mozas de ésas
que se desnudan traíanle los platos.
No creo en esa relación.

Pobre hombre. Otra su vida, otra su raza.

Dijo mi padre que se le llamaba

-chiit, chiit- Corregidor.

Error. Ese hombre no era.

“Filippo Baldinucci on the privilege of burial”, Epilogue, I, en Poetical Works, p.551

“Los poetas escancian

vino”, dijo el poeta más querido

que hube en mis tiempos conocido,

el del amor, el más grande, el mejor.

¿Nos piden poesía? La escanciamos

a los sedientos de las viñas. Será la de los años

mejores, grandes uvas, oro que llena las estancias;

¿nos reclaman que sea dulce y tinto el color?

¡Si fuera vino añejo de esos años!

“Gold hair, a store of Pornic”, I, II y V, en Poetical Works, p.472

¡Oh la niña, la bella, pálida en demasía,

que vivía en Pornic, cerca del mar, donde la barra
unía mar y Loira! Su nombre de Bretaña
no lo diré, familia conocida.
La demasiado pálida. Las flores de la vida
rojas son. Su carnación bizarra
seráfica, tan suave, el alma hacía
florecer en el cielo que restaña.
Así, cuando murió, fue cosa extraña,
la tarde delicada se moría,
rayo de sol mugiente que desbarra
con un color violento, repentino, homicida.

Pauline, a Fragment of a Confession, en Poetical Works, p.1

Paulina mía, agáchate, tus pechos
suaves palpitan en el mío, inclina
tus dulces ojos sobre mí, tu pelo
suelto, y los labios que respiran,
los brazos que me atraen a ti y arman
refugio en que nos encerramos
los dos juntos, sin miedos a la alarma,

hasta que despertamos desalmados.

“Confessions”, I y II en Poetical Works, p.495-6

¿Qué es ese ruido en mis orejas?
Ahora que me estoy muriendo.
¿En el valle de lágrimas meriendo?
Ah, señor, no me venga con ésas.
Que lo que una vez vi; y lo que vi de nuevo,
donde están las botellas de remedios:
un sendero campestre al borde de la mesa,
al lado de mi mano unas murallas viejas.

Johannes Agrícola en Meditación, en Poetical Works, p.426

El cielo arriba, y la noche y las noches
miro a través del esplendente techo;
no bastan soles, lunas, por brillantes
que fueran, a apagarme, pues a prueba
soy de esplendor de estrellas; las desprecio.
Mi objeto es alcanzar a Dios. Delante

de ellas paso adelante hacia la cueva
de Dios para arrojarme contra el pecho
de Dios, donde reposo en sus carbones.

Sordello. Book I en Poetical Works, p.103

La visten, y la invisten,
esa cosa sin vida, con la vida
de su alma, disponiéndola
al querer, al control,
a que distintamente se posea,
a que tenga unos goces sólo suyos,
y alto interés en el que pueda emplearse
como conviene a la belleza,
para sí misma.
No se quedan en ello; mientras más nace la belleza
más depierta homenaje, excede el gusto
del amor, toda forma lo amoroso:
así es como a los dioses
inferiores, sus ínfimas coronas
ajenas se les quita y arrebata,

ante la gloria que nos sobreviene.

De alto abajo se escurre el fuego en flechas,

mientras los modos de la tierra pujan

para que surja este secreto: un toque

divino –y caen las escamas

de las pupilas: vara mágica:

a la vista a través de su jardín pasea

Dios.

Migajas, de entre los recuerdos que tenemos de Browning. “I have read much, thought much, experienced much”. Lo decisivo que ha sido, para muchos, en más de cien años, el endecasílabo de poeta.

El primer verso de “How it strikes a contemporary”, cómo nos llama la atención a los contemporáneos. “Un único poeta conocí en mi vida”. Y ese único, ¿sería o no un espía? “I only know one poet in my life”. Cómo golpeó este verso, aislado, dicho de memoria más de cien años después aquí, donde esto se escribe, a dos poetas de distintas edades, hace casi ya medio siglo; a tal enorme distancia de Inglaterra y de todo.

Quedamos estupefactos y satisfechos.

¡Por fin!, habría un poeta incólume, el único posible.

“Mucho ha leído; pensó mucho; lo que experimentara fue muchísimo”.

No es colofón. Pudo ser su (nuestro) epitafio.

POESÍA ESCOGIDA

A Natalia Vial Larraín.

Con gratitud, afecto y admiración.

NOTA DEL TRADUCTOR A LA EDICIÓN DEFINITIVA

La poesía, en estricto rigor, es intraducible; la arquitectura de cada idioma es única e irrepetible. Por eso, el verdadero sentido de la traducción literaria, un género con credenciales propias, es aspirar a la reescritura poética, gesto de admiración y homenaje. Robert Lowell denominó a este ejercicio como "Imitaciones": desdoblarse en otro poeta apropiándose de su voz. En Browning, todavía muy poco traducido a nuestra lengua[1], esta tentativa adquiere un desafío adicional: a la insoslayable dificultad lingüística de sus monólogos dramáticos, se añade el propio celo del autor respecto de sí mismo, al despojarse continuamente de identidad para asumirse en el universo afectivo de sus personajes. Son, entonces, variaciones sobre variaciones, en un juego ilimitado de desplazamientos. Mi trabajo, con mayor o menor fortuna, ha intentado formular un nuevo eslabón a ese juego. Para ello, por cierto, ha sido imprescindible hacerse parte de la apuesta de Browning.

En esta edición, definitiva, aparte de introducir diversas correcciones y enmiendas, he ampliado significativamente la muestra al agregarle quince nuevos poemas.

Vaya, finalmente, mi profundo reconocimiento a la valiosa y desinteresada colaboración de Armando Uribe y Braulio Fernández. También mi gratitud a Editorial Universitaria por el cuidado e interés en la presente edición.

Armando Roa Vial, junio 2007

1En la nota a la edición anterior de este libro, afirmé que Browning era un autor todavía inédito en español, inédito, valga la aclaración, en el sentido de muy desconocido o de circulación prácticamente inexistente. Y es que aparte de

poemas aislados recogidos en algunas antologías, sólo se contaba con la versión –bastante poco difundida- de Masó, editada en 1992, y que a mi entender es más una adaptación que una traducción. La situación no ha variado mucho desde entonces. En España se editó en 2005 La Licencia y el Límite , selección de Carlos Jiménez. En Latinoamérica, la única traducción editada sigue siendo la nuestra.

FUENTES UTILIZADAS EN LA TRADUCCIÓN

BAEZA, RICARDO, Poetas Líricos Ingleses, Jackson Editores, Buenos Aires, 1946

BROWNING, ROBERT, Pocket volume of selections from the Poetical Works, Smith, Elder & Co., London, 1891.

BROWNING, ROBERT, The Poetical Works, Oxford University Press, London, 1940.

BROWNING, ROBERT, Selected Poetry, Penguin Books, London, 1990.

BROWNING, ROBERT, The Works of Robert Browning, Wordsworth Editions, London, 1994.

BROWNING, ROBERT, Poesía escogida, versión de Salustiano Masó, Ediciones Endimión, Madrid, 1992.

BROWNING, ROBERT, La Licencia y el Límite, Versión de Carlos Jiménez, DVD ediciones, Barcelona, 2005.

CERNUDA, LUIS. PROSA I, Ediciones Siruela, Madrid, 1994.

DIRYALS, CLYDE, The Life of Robert Browning, Blackwell Publishers, London, 1996.

DIEGO, ELISEO. Conversación con los difuntos. Ediciones del Equilibrista, México, 1991.

ELLIS, MARY, Critical Essays on Robert Browning, G.K. Hall Publishers, London, 1992.

FLINT, CHARLES THOMAS, Art & Architecture in the Poetry of Robert Browning, Blackwell Publishers, London, 1996.

JAMES, HENRY; Santayana, George and others, Robert Browning, A Collection of Critical Essays, Methuen & Co. Ltd., London, 1966.

LOWELL, ROBERT, Collected Prose, Farrar/Straus/Giroux, New York, 1987.

MANENT, M. La poesía inglesa. Románticos y victorianos. Edic. Lauro, Barcelona, 1945.

POUND, EZRA, Collected Prose 1909-1965,

Faber and Faber, London, 1978.

PROSPICE

¿Miedo a la muerte? Sentir la bruma en la garganta,

la niebla en el rostro,

cuando cae la nieve y los ventarrones señalan

la cercanía del lugar,

el poder de la noche, la presión de la tormenta

y la presencia del enemigo;

donde el miedo final se consagra en su forma visible

y el hombre fuerte debe avanzar:

porque el viaje ha concluido y conquistada la meta

los escollos se derrumban,

aun cuando quede todavía un combate para alcanzar la distinción,

la recompensa total.

Siempre fui un guerrero; por ello... que venga otra batalla,

¡la mejor y la decisiva!

Odiaría que la muerte vendara mis ojos y se mostrara indulgente

y me diera la bienvenida con cautela;

¡No! Dejadme saborearla enteramente, como mis camaradas,

los héroes de antaño;

soportar la arremetida y pagar todas mis culpas

en un minuto de dolor, tinieblas y frío;

porque lo ruinoso, de un momento a otro,

para el valiente se convierte en lo mejor,

cuando el minuto sombrío termina

y cuando la furia de los elementos

y de las voces enloquecidas

se derrumba y se apaga,

cambiando, transfigurándose en paz brotada del dolor.

Y luego una luz y tu pecho,

¡Oh alma de mi alma! Te aferraré de nuevo

y en Dios descansaré.

JOHANNES AGRÍCOLA EN MEDITACIÓN

Noche tras noche voy escudriñando
los interminables espacios siderales.
Y ved que ni soles ni lunas, con toda su majestad,
pueden detenerme; recelando de todo brillo
me voy apartando del curso de los astros.
Es a Dios a quien busco alcanzar,
es a Él adonde marcho
y es en su seno donde el mío habita.
Y ajeno a los hombres con su pompa y su gloria,
es en Dios donde yace mi espíritu.
Y así yace donde siempre lo ha hecho
y Dios le sonríe como siempre lo hizo.
Antes que sol y luna ascendieran y declinaran,
antes que todas las estrellas fueran proclamadas con truenos
y que los cielos se juntaran, Dios hizo de mí su hijo;
determinó para mí una vida
cuidando cada una de sus circunstancias,
hasta la más mínima; ah, Dios dijo

la cabeza y la mano han de ser cinceladas
antes que las estrellas o el sol.
Y habiéndome moldeado
y afincado me hizo crecer,
inmáculo desde siempre, como un árbol
que germina y florece, sin pretender indagar
en la ley por la que prospero de ese modo.
Seguro es que pensamiento, palabra y obra
se reúnen para henchir su amor por mí,
que fui creado porque ese amor necesitaba
de algo irreversible,
empeñado solamente en contenerlo.
Sí: como un árbol que debe ascender
y no como un fruto envenenado, condenado a pudrirse.
Tengo la garantía de Dios y puedo mezclar
todos mis horribles pecados en una copa
y beber su ponzoña hasta el final;
porque mi naturaleza transmutará la pócima.
Y aun cuando sé que la más ligera de las imperfecciones
es capaz de enmohecer el alma,
según las inmutables leyes divinas,

yo descanso, sonriente, nutrido
por un insaciable poder de bendiciones,
clavando mi vista hacia abajo, hacia el furioso lecho del infierno,
donde tantos yacen sofocados por el tumulto de las llamas,
bullendo entre fúnebres padecimientos.
Esos cuya vida en este mundo aspiraba a convertirse
en humo de altar, tan puro, a ganar
un amor como el que Dios siente por mí
o, cuando menos, a poder doblegar su ira.
Pero todos sus trajines fueron en vano.
Clérigos, doctores, ermitaños, frailes envejecidos
por la oración, monjas con el corazón destrozado,
mártires, sacristanes de pálidos rostros,
monaguillos que balancean el incensario: ¡rendidos
antes que Dios bautizara las estrellas o el sol!
Dios, a quien yo adoro; ay ¿cómo poder adorarlo
si así como aspiro a entenderlo
descifrando sus designios
y concertando su amor, permanezco,
a su costado, pagando un precio?

LA AMANTE PERDIDA

Todo acabó. ¿Tan amarga
resuena la verdad, como uno cree en un comienzo?
Escucha: los gorriones gorjean su despedida
cruzando el alero de tu casa.

Los capullos de la vid se aprestan a brotar.
Hoy pude verlos.
Algún día romperán henchidos de alegría.
Pero tú sabes que toda pasión declina.

¿Nos encontraremos mañana?
¿Puedo aferrar tu mano?
Acaso sólo seamos amigos, lo más simple
para resignarme.

Pienso en cada destello de tu mirada, inflamada y negra:
yo la cuidaría con el fervor del corazón.
Y pienso en tu voz, deseando el retorno de la primavera,

que en mi alma se ha alojado para siempre.

Pero ahora te hablaré como hacen los amigos,

tal vez más fuerte:

y mientras pueda tomaré tu mano,

aunque sólo sea un momento.

SUMMUM BONUM

Todo el aliento y frescura del año en el vientre de una abeja;
todo el poderío y la riqueza de la mina en el corazón de una gema;
en el centro de una perla toda la sombra y el resplandor del mar;
aliento y frescura, sombra y resplandor, poderío y riqueza
y –cuán lejos de todo–
la verdad, que es más brillante que la gema,
y la confianza, que es más pura que la perla.
Pero la verdad más fulgurante y la confianza más genuina del universo
sólo pude encontrarlas
en el beso de una mujer.

MI ÚLTIMA DUQUESA (FERRARA)

He ahí mi última duquesa, pintada en la pared,
luciendo como si aún viviera. Su retrato se alza imponente,
tal como fue dejado por las manos de Fra Pandolfo
que a él se consagraron un día.
¿Os place sentaros y contemplarla? Dije “Fra Pandolfo”
porque nadie sino él supo descifrar el semblante de su rostro,
la profundidad y pasión de su fisonomía.
Es a mí a quien toca abrir esta cortina
y enseñaros cómo ese rostro llegó allí.
Pero no sois el único en indagarlo. ¡Oh Señor!, no fue sólo la presencia de
su esposo la que selló ese acento de alegría en su mejilla.
Fra Pandolfo os habría dicho:
“El sayal oculta demasiado la muñeca de mi Señora”,
o quizá “La pintura nunca podrá reproducir
ese bochorno que muere en su garganta”:
pero aquellas cortesías bastaron
para acentuar en sus mejillas ese halo de alegría. Ella tenía
–para referirlo de algún modo– un corazón sumiso

y fácilmente impresionable: disfrutaba dondequiera
que miraran sus ojos, que nada sabían de pudores.
¡Señor, todo era lo mismo para ella!: mis cumplidos en su pecho,
el crepúsculo emergiendo en el oeste,
las cerezas que algún necio le traía desde el huerto
o el asno blanco en el que cabalgaba alrededor del terraplén;
todas las cosas despertaban su aprobación, o al menos un rubor en el rostro.
Agradecida de la humanidad, –¡oh Dios!, no sé cómo–
igualaba la ofrenda de mi nombre,
de novecientos años de antigüedad,
con el don de un hombre cualquiera.
Aun así pregunto ¿ quién se atrevería a recriminar semejante liviandad?
Incluso teniendo destreza verbal –bien sé que no la tengo–
se le podría haber prescrito:
“En esto o en eso me perturbáis; os equivocáis aquí; allí os excedéis”.
Pero si ella se hubiera dejado amonestar sin anteponer sus razones,
pidiendo disculpas, me habría sometido;
y yo, Señor, jamás he de someterme ante nadie.
¡Oh Señor!, sin duda sonreía cuando la abordaba;
pero ¿a quién no le granjeó la misma sonrisa?
Y esto siguió hasta que a un mandato mío

terminaron todas las sonrisas. Ahí podéis verla,

como si aún viviera. ¿Os gustaría levantaros?

¿Acaso reunirnos

abajo, junto a los otros?

Os insisto que la reconocida magnanimidad del Conde, vuestro maestro,

es bastante garantía de atención a mis requerimientos de dote;

aunque, tal como os confesé desde la partida,

mi único anhelo es su hermosa hija.

Señor, pues, bajemos juntos. Pero antes mirad aquél Neptuno

domando un caballo de mar, extraña reliquia

que Claus de Innsbruck forjó en bronce para mí.

EL OBISPO ORDENA SU SEPULCRO EN LA IGLESIA DE SANTA PRAXEDES

–Roma 15–

¡Vanidad, dijo el predicador, vanidad!

Venid a mi lecho: ¿Es Anselmo el rezagado?

Sobrinos, hijos míos... Ah Dios, no sé. Bien.

Ella, destinada a ser vuestra madre,

era envidiada por el viejo Gandolfo; ¡tan hermosa!

Pero lo hecho, hecho está, y ella, ha muerto.

Hace años que murió y desde entonces soy obispo.

Y así como ella murió, así moriremos nosotros;

de esa forma, quizá contemplaréis al mundo sólo como un sueño.

¿Cómo y qué es la vida? Aquí, cuando yazgo

en esta cámara imponente, pudriéndome de a poco

en las horas más oscuras de la noche, pregunto:

¿Vivo aún? ¿O acaso estoy muerto? Paz, todo se mece en paz.

Santa Práxedes ha sido siempre la Iglesia de la Paz.

Por eso, en lo que concierne a este sepulcro mío, luché

con dientes y uñas para resguardar mi nicho:

pero el viejo Gandolfo me embaucó, a pesar de mis cuidados.
Arteramente me despojó de aquel rincón del sur
en el que guardó su carroña. ¡Dios lo condene!
A pesar de todo, no parece tan estrecho mi nicho;
se ve el púlpito al costado de la Epístola,
y también algo del Coro, los asientos silenciosos,
y arriba la cúpula donde habitan los ángeles
y se filtra un rayo de sol.
Allí colmaré de basalto mi losa para poder así descansar en paz
bajo mi tabernáculo, con esas nueve columnas alrededor mío,
de a dos, la impar a mis pies donde Anselmo descansa:
mármol aduraznado, esparcido como un fresco vino tinto
recién derramado y de pulso poderoso.
–El viejo Gandolfo en su ruinoso nicho piedra de cebolla–
¡Colocadme donde pueda vigilarlo! Genuino durazno,
rosa y limpio: ¡ Observar cómo gané este premio!
Congregaos: aquel incendio de mi iglesia,
¿qué más? ¡Aunque algo se hubiese perdido mucho fue lo salvado!
Mis hijos ¿no buscáis mi muerte, verdad? Cavad
en los parronales de uva blanca junto a la prensa de aceite,
deja caer agua dulcemente hasta que la tierra se ablande

y si alcanzáis... ¡Ah Dios, no sé!...

acurrucada en el depósito de esa higuera podrida

y anudada a una canasta de olivos

una porción, Ah Dios, de lapislázuli,

grande como la cabeza de un judío cortada por la nuca,

azul como una vena en el busto de la Madonna...

Hijos, apropiaos de todo mi patrimonio, villas,

ese imponente solar de Frascati con su baño, todo...

Pero permitid que esa porción azul aguarde entre mis rodillas

así como el globo yace entre las manos del Dios Padre

que admiráis en la Iglesia de Jesús,

para que Gandolfo pueda verla y estallar.

Veloces, como una lanzadera, nuestros años transcurren:

el hombre, camina hacia la sepultura.

Hijos: ¿insinué basalto para mi losa? Negro,

al negro antiguo siempre añoré. ¿Cómo

podrá contrastar, al fondo, con mi friso?

Bajorrelieve en bronce me asegurasteis

con los Faunos y Ninfas que ya conocéis, y tal vez

con algún trípode, un tirso y una jarra,

y con Jesús en el sermón de la montaña

y Santa Práxedes en su plenitud

y el gran dios Pan despojando a la Ninfa de su último atavío

y Moisés con las tablas... pero sé que no me escucháis...

¿Qué susurros son esos, Anselmo, hijo de mis entrañas? Ah... esperáis

derrochar mis villas mientras yo me asfixio

enjaulado como un mendigo en este decrépito travertino

y cuando Gandolfo ya irrumpe en risas en lo alto del nicho.

No, hijos míos, vosotros me amáis... ¡todo de jaspe, entonces!

Pues os comprometisteis por el jaspe para no afligirme.

Mi baño debe quedar atrás, ¡oh!,

un bloque, puro como el verde de la nuez de pistacho.

Existe jaspe abundante en cualquier rincón del mundo.

¿Y no hay oidos en Santa Práxedes a estos ruegos por

caballos, grises manuscritos griegos,

y amantes de mármol con delicados miembros?

– Y si grabáis el epitafio de mi lápida

hacedlo al mejor estilo, escogiendo del latín la frase indicada,

con Tulio palabra por palabra,

sin retoricismo al estilo del segundo verso de Gandolfo

–¿Tulio, mis maestros? ¡Ulpiano es a quien necesita!

¡Oh¡ Yacer por los siglos de los siglos,

escuchando el santo murmullo de la Misa,

mirando a Dios en la hostia consumido todo el día,

contemplando las velas y saboreando

el humo fuerte, espeso y soporífero del incienso.

Porque cuando aquí reposo en las oscuras horas de la noche,

agonizando con lentitud en este estado,

ciño los brazos aferrando mi báculo

y estiro los pies hasta donde las piedras resistan.

Y luego me dejo amortajar por las escultóricas sábanas

que se extienden en pliegues y colgaduras.

Y cuando las candelas desfallecen y se apagan, extraños pensamientos

susurran en mi oído, pensamientos

acerca de mi vida anterior a esta vida,

y también la de ahora, entre Papas, cardenales y sacerdotes,

junto a Santa Práxedes en el sermón de la montaña,

en la añoranza de vuestra madre alta y pálida, de mirada penetrante,

junto a urnas de ágata recién encontradas, frescas como el día,

rodeado por el lenguaje del mármol, latín puro, discreto.

¡Aha! ¿Dijo ELUCESCEBAT mi amigo?

Al diablo con Tulio, afirmé. ¡Mejor Ulpiano!

Aciago y breve ha sido el itinerario.
¡Todo de lapislázuli, todo, hijos! Si no, al Papa
entregaré mis villas. ¿Devoraréis mi corazón?
Vuestros ojos han sido agudos, dignos del lagarto,
y brillan por mí semejantes a los de vuestra madre.
Adornad mi friso enmohecido,
un diseño menos escuálido, llenad con uvas mis vasijas
y agregad una cubierta y una pilastra;
trabad un lince al trípode
que al tirso haga ceder
para reposo de mi cuerpo, aquí en el sepulcro
donde yazgo hasta que deba preguntar
“¿vivo?” “¿estoy muerto?”. ¡Allí, dejadme allí!
Porque con la ingratitud soy apuñalado
hasta la muerte –¡como vos lo quisisteis, Oh Dios, como vos lo quisisteis,
en piedra gravillada y blanda! En mosaicos que sudan
destilando el hedor del cadáver–,
¡Y ya no más lapislázuli para regocijo del mundo!
¡Marcharos! Recibid mi bendición.
Deseo pocas velas, pero en fila:
y al partir volved vuestras espaldas,

como hacen los oficiantes en el altar.

Y dejadme en mi iglesia, la iglesia de la paz,

que en mis horas de ocio pueda contemplar

si el viejo Gandolfo sigue mofándose de mí,

él, que todavía me la envidia, ¡bella como ninguna!

ESPECULACIÓN

Hay quiénes necesitan de nueva vida en el Cielo.

Hombre, naturaleza o arte, transfigurados, modelados otra vez.

¡Asumidlo!

El hombre, para dar un nuevo sentido

a su eterno naufragio en la muerte.

La Naturaleza, para despejar antiguas tinieblas con nuevas claridades.

El arte, para romper ataduras y buscar una patria

en las regiones más altas.

Orad junto a mí: “lo fugaz es hermoso, los minutos que llegan y se van”.

¡El recuerdo!

Y dejad que la inmemorial vida de esta tierra

nos envuelva nuevamente en sus redes,

a ti con tus viejos placeres y a mí con mis viejos dolores,

para que juntos volvamos a reunirnos, otra vez.

ENCUENTRO NOCTURNO

El mar gris, la tierra larga y oscura,
la imponente media luna con su amarillo apagado,
las olas pequeñas y esquivas que saltan
desde un sueño entre flujos y reflujos ardientes
mientras yo me aproximo a la ensenada con proa firme,
preparado para disminuir la velocidad en la arena cenagosa.

Y luego una milla de costa con el tibio aroma del mar
y tres campiñas hasta que emerja la finca anhelada:
un golpe en el cristal de la ventana,
el fulgor azul de una cerilla tras un veloz y punzante rasguño,
y una voz trémula, abriéndose paso entre lágrimas de regocijo,
mientras dos corazones unen sus latidos.

DESPEDIDA EN LA MAÑANA

Bordeando el cabo un mar abrupto vi emerger
mientras el sol aún iluminaba en lo alto de las montañas:
y entonces apareció una senda llena de riquezas para él
y la necesidad de un mundo de hombres para mí.

RABBI BEN EZRA

¡Envejeced junto a mí!,
Todavía nos aguarda lo mejor,
el ocaso de la vida, la culminación
de su origen:
nuestros tiempos están en Su mano.
Él ha dicho: “Todo lo he ordenado;
la juventud sólo muestra una parte; confiad en Dios:
mirad el todo sin miedo”.

Aunque nuestra juventud, acumulando flores,
suspire: ¿”Qué rosa abrazaremos?”;
o ¿”Cuál de todos los lirios que abandonamos
recordaremos como el mejor?”;
ni tampoco porque anhele admirando las estrellas:
“Ni Júpiter ni Marte;
la mía será una llama
cuya mezcla a todos superará”.

No por aquellas esperanzas y temores
que ensombrecen los fugaces años de la juventud,
yo la condeno. ¡Bienvenida sea la locura y su despliegue!
Y me satisface el ignorar
si otros seres, más elementales,
habitan fuera de nosotros,
fragmentos de tierra finita y acabada, imperturbables.

Modesto alarde sería esto de la vida,
si el hombre sólo creciera
para nutrirse de goces y hacer de su existencia un carnaval:
pues acabado el deleite
nuevamente el ocaso se cierne sobre él.
¿Acecha el hastío al pájaro saciado? Y la duda: ¿acaso mancilla
las rebosantes fauces de las bestias?

Alegraos de ser análogos
a Aquel que provee
y no consume, que entrega sin recibir.
Pues basta un ligero temblor para perturbar nuestras raíces.
Dios abraza a quienes dan,

no a los codiciosos: eso quiero creer.

Entonces, saludad las dificultades y penurias
que agrietan la suave superficie de la tierra;
ellas son la estocada que nos impele a avanzar
antes que a rendirnos o a quedarnos inmóviles.
¡Seamos nuestras propias alegrías,
con sus tres esferas de dolor!
Luchad, sin escatimar esfuerzos;
anhelad, apartando las congojas;
arriesgaos, sin tomar en cuenta las zozobras.

Por eso –una paradoja que alivia a pesar de su burla–
la vida se impondrá allí donde parece fallar;
aquello que pude ser y no conseguí me conforta;
estuve cerca de la bestia, pero no bajé en la escala.

¿No es un animal
aquel cuya carne hace del alma un mero acomodo,
cuyo espíritu sólo trabaja por miedo
a que brazos y piernas quieran jugar?

Para el hombre, propongo esta prueba:

¿cuán lejos puede su cuerpo proyectar lo mejor de su alma,

en su peregrinar solitario?

Los dones deben mostrar su utilidad:

admito al Pasado, profuso en perfección y poder;

ojos, oídos que tomaron su lugar,

el todo atesorado por el cerebro;

¿No debe el corazón demostrar de una vez: cuán hermoso es vivir y aprender?

Que diga: “¡Os bendigo!,

veo el sentido de tus designios;

yo, que vi el poder, veo también ahora el perfecto amor.

Acabado juzgo a Vuestro plan:

agradecido estoy de ser un hombre.

Dios: cambiad o completad. ¡Confío en tu voluntad!”.

Placentera es esta carne.

Nuestra alma, cautivada por esta tierra,

anhela un remanso.

Y si nosotros un premio pudiésemos abrazar

para competir con todas esas innumerables posesiones
de las bestias, ¡alcanzar más porque somos más completos!

No digáis nunca:
“A pesar de esta carne
hoy combatí y avancé y me hice de terreno”.
Y así como el pájaro que vuela y canta,
debéis gritar: “Todo lo bueno
en nuestro; ya el alma no necesita de la carne
más que lo que la propia carne necesita del alma”

Así emplazo a la vejez
para que reconozca el legado de la juventud,
ahora que el fragor de la vida llega a su término;
así avanzaré, estatuido como un hombre
por siempre alejado de las bestias; un dios seré,
aunque sólo en gestación.

Y podré descansar
antes de acometer otra vez
mi nueva y desafiante aventura:

sin miedo ni perplejidad,

emprendiendo la próxima batalla,

eligiendo para ella armas y vestimentas.

Terminada la juventud

probaré mi ganancia o mi pérdida,

sin perturbar las cenizas que queden del fuego:

pues aquello que en ellas subsiste es sagrado;

y a mi vida juzgaré,

alabándola o condenándola.

Cuando se es joven, todo parece dudoso;

y cuando se es viejo, todo se da por conocido.

Y notad que al llegar el atardecer

emerge un momento inevitable en el que

todo fulgor es arrebatado del horizonte;

es entonces cuando un susurro del Oeste

nos punza: “Agregad esto a vuestro reposo,

recogedlo y mostrad su valor: aquí muere otro día”.

Así, en esta vida,

alzándome por encima de sus disputas,
dejadme discernir, comparar y pronunciar al fin:
“Este ardor, en su raíz, era bueno;
aquella complacencia, en cambio, era vana:
puedo ahora, que ya probé mi Pasado, encarar el Futuro”.

Porque sólo eso le está reservado al hombre,
cuya alma cincelada
sólo puede realizar en el Futuro lo que aprende en el Presente:
y ya aquí hay suficiente trabajo con apenas cautelar
la labor de los Maestros, entendiendo el óptimo desarrollo
del verdadero Arte y las astucias
del correcto juego de las herramientas.

Buscando lo mejor la juventud
debía batallar, aun con sus yerros
para realizar aquello cuyo cumplimiento
observaría luego en la quietud de la vejez;
así, al avanzar la edad, conocemos a plenitud,
sin luchas que nos pongan a prueba.
Aguardasteis la vejez: ¡pues ya es tiempo

de esperar la muerte sin temor!

Por ahora es suficiente con que lo Recto,
lo Justo y lo Infinito
sean nombrados por sus nombres,
así como vos llamáis tuya a vuestra mano,
con conocimiento cabal,
no sujeto a las disputas
de los tontos que acechaban vuestra juventud
sin dejaros juzgar por ti mismo.

¡Y que desde ahora y para siempre
los espíritus privilegiados se aparten de los indignos,
señalando a cada cual el sitio que le corresponde en el Pasado!
Fui yo quien emplazó al mundo
mientras los hombres mi alma desdeñaban;
¡Dejad que la vejez anuncie al fin la verdad
y traiga paz sobre nosotros!

Y ahora ¿Quién será arbitro?
Diez hombres aman lo que aborrezco,

huyen de lo que busco
y desprecian lo que recibo;
diez, que en ojos y en oídos
se miden conmigo; todos hacemos conjeturas,
ellos en lo suyo y yo en lo mio:
¿en quién deberá confiar mi alma?

Como fuere, la sentencia no debe versar
sobre aquello que el vulgo llama “Mercancía”,
sobre las cosas fabricadas que gustan a la vista
y cuya razón de ser es su precio;
sobre ellas, igualándose,
el bajo mundo colocó su mano,
tasándolas con avidez.

Lo que el tosco pulgar
y los dedos fallaron en sellar
fue obviado del resultado final;
y los impulsos inmaduros
o los propósitos inciertos,
cuya carga no era pesada como obra suya,

todavía engrosan la herencia del hombre.

Pensamientos no muy aprisionables
en estrechos documentos,
fantasías que desbordando al lenguaje
lograban escapar:
todo aquello que nunca pude ser,
todo aquello que los hombres desconocieron en mí
y que era valioso ante los ojos de Dios,
cuya rueda configuró mi arcilla.

¡Ay, meditad en esa rueda de Dios, el Alfarero,
ese verdadero símbolo, y sentid
cuán veloz corre el tiempo y cuán quieta es la arcilla
de la que hemos sido hechos;
vos, a quién los insensatos fustigaron mientras
corría el vino: “Ya que la vida es fugaz, todo cambia;
el Pasado se ha marchado; asentaos en el Presente”.

¡Ignorante! Lo que es, en su conjunto,
dura para siempre, revocando todo término;

que la tierra cambia, es cierto;
pero Dios y tu alma se mantienen firmes;
cuanto ha penetrado en tí, eso fue, es y será;
el curso del tiempo retrocede o se detiene:
pero el Creador y su obra permanecen para siempre.

Fue Él quién fijó vuestra alma en este baile
de circunstancias cambiantes,
en este Presente que vos gustosamente cesarías:
engranaje sólo encaminado
a doblegar vuestra alma, a tentarla, a cambiarla,
a marcarla con fuerza.

¿Y qué más da si nada aferran en vos los alegres amores?
¿Y qué más da si bordeando vuestras orillas
crecen seres mortuorios apilándose sombríamente
y obedeciendo ese apremio más severo?

¡Mirad el arriba y no el abajo!
La mesa del jolgorio, el brillo de la lámpara,
el estruendo de las trompetas,

y la espuma rebosante del nuevo vino

cuando los labios del Maestro se encienden!

Vos, Maestro, copa jubilosa del cielo,

¿qué necesidad tenéis de esta tierra?

Pero yo os necesito, ahora y después,

Dios que eriges al hombre:

porque cuando mi existencia comenzaba a

desbordarse, atado como estaba en la rueda de la vida

con abundancia de formas y colores,

malogré mi fortuna, que era saciar Vuestra sed.

Así pues, recoge y usa Vuestra obra:

enmienda las faltas que en ella se oculten,

las deformaciones de la materia, las torceduras que rompen la medida;

¡Mi tiempo está en Vuestra mano!

¡Y perfecta es tu copa, como Vos la planeasteis!

¡Dejad que mi vejez apruebe mi juventud y que la muerte,

en su seno, a ambas reúna!

NUNCA TIEMPO Y LUGAR

Nunca tiempo, lugar

y amada logran reunirse de una vez.

Suaves son nuestros senderos,

la primavera, con su clima henchido de magia.

¿Dónde está el rostro único de la amada?

En un sueño ese rostro se reúne con el mío.

Pero la casa es estrecha y el paisaje es baldío;

afuera, conjurados, el viento y la lluvia;

yo, con sigilo, me esfuerzo por hablar;

pero mis ojos miran con acritud y mis mejillas se sonrojan;

empapando de furor cada palabra, cada signo.

¡Oh enemigo sagaz y encubierto!;

manifiéstate y aléjate del hombre insomne!

Que puedo sostener el pasado

firme y para siempre,

aun cuando dude de si al futuro pueda alcanzar;

porque este camino, a través de la primavera,

hasta ella debe conducirme.

Y aunque la casa sea estrecha,

nosotros, ajenos a las tormentas y a los extraños

que merodean por las afueras,

oh nosotros, adentro, unidos, cobijados, en un plácido sueño,

yo y ella; ¡Yo y ella!

AMOR EN UNA VIDA

Alcoba por alcoba
me desgarro buscándola
en la casa que juntos habitamos.
¡Oh corazón, no te turbes! Pues pronto habrás de encontrarla,
¡ella misma, la próxima vez!: no el temblor
que ha dejado en la cortina
o el perfume que aún emana del diván.
Apenas ella lo tocó, el encaje de la cornisa volvió a relumbrar;
ah, el espejo refulgió al movimiento de sus vestidos.

El día va muriendo
y a una puerta sucede otra puerta.
Intento suerte nuevamente,
cruzando la casa desde el ala hasta el centro.
Pero he ahí que sucede lo usual: apenas entro ella sale.
Y aunque gaste todo el día en esta búsqueda, ¿qué importa ahora?
Pues ved, que ya asoma el crepúsculo y yo, impaciente, con todas esas salas,
armarios y habitaciones por explorar, merodear o descubrir.

VIDA EN UN AMOR

¿Huir de ti?

¡Nunca,

amada mía!

Mientras ambos seamos quienes somos

y hasta que el mundo nos congregue,

a mí como amante y a ti como deseo,

insistir debo yo y tú sortear.

Temo que mi vida, al fin, sólo sea error:

imagen y semejanza de un albur.

Y aunque entregue lo mejor a duras penas he de triunfar;

pues todos mis anhelos ceden y se ajan.

Pero aún mantengo firme el propósito,

ya sea para secar mi llanto o para reír, al caer,

o para erguirme y comenzar de nuevo, a pesar del desengaño.

Así la vida se consume en ilusiones: eso es todo.

Y mientras me miras por una sola vez desde tus lejanos confines,

a mí, desterrado tan hondo en el polvo y las tinieblas,

cuando las viejas esperanzas se derrumban,

yo me labro una nueva, del mismo sello,

por siempre,

desde mi exilio.

EPÍLOGO DE “ASOLANDO”

A medianoche, envuelto por el silencio de tantas cosas dormidas,
cuando las fantasías se desatan ¿Llegas hasta donde
–encarcelado por la muerte, según creen los torpes–
yace quien tanto os amó y a quien tanto adoraste?

¿Os apiadáis de mí?

¡Oh, amar así, ser amado, pero de forma tan equivocada!
¿Qué tuve yo que hacer en esta tierra
entre perezosos y débiles y cobardes?
¿Acaso me desperdicié como un vago, un desvalido o un desesperado?

¿Siendo quién?

Uno que nunca se arrepintió y marchó de frente,
al que en ningún momento abatieron los nubarrones de la duda
y que jamás soñó el triunfo del mal aunque el bien fuere burlado,
que siempre mantuvo que caemos para levantarnos

y que detrás de la derrota se vislumbran nuevas y mejores batallas.

¡Que dormimos para despertar!

A mitad del día, en medio del tráfago ordinario de los hombres,
elogiad a ese invisible con regocijo!
Incitadlo a avanzar, pecho y espaldas erguidas, como debe ser,
¡“Lucha y victoria”, gritadle, “combatid y vivid eternamente,

allá como aquí”¡

EL AHORA

De la totalidad de tu vida entrega tan sólo un instante;
por encima de aquello que has vivido,
por encima de aquello que has de vivir e ignoras;
por eso transforma al presente en algo perfecto y compacto,
en un arrebato de pasión, para alcanzar así la plenitud:
pensamiento y corazón; alma y voluntad
fundidos en ese instante cuya dádiva eres tú,
ciñéndote a mí por una sola vez, descendiendo o elevándote,
segura que más allá del pretérito o del porvenir
me entregas tu amor en este momento
donde nuestras vidas se conmueven.
¿Por cuánto más se habrá de prolongar este encuentro?; ah,
dulce y eterno momento –sólo esto y nada más–,
cuando en la cima de éxtasis nos asimos al alma de nuestras almas:
mejillas que arden, brazos que se abren, ojos que declinan,
labios que se encuentran.

EL CONFESIONARIO

(España)

I

Viles mentiras: sus sacerdotes, el Papa,
los santos, su... todos sus temores y esperanzas.
¡Mentiras y mentiras! ¡Ahí, a través de mi puerta,
del techo, de las paredes y del suelo!
Mentiras, ellos mienten: ¡se los enrostraré hasta que alcance nuevamente
la vida terrenal, por mucho que haya de pesarles!

II

¡Pensáis acaso en la justicia o en la santidad de los curas!
Antes de ser confinada en esta mazmorra
yo también era un ser humano,
con la misma sangre y los mismos huesos de cada uno de vosotros,
una mujer que reía en el orgullo de su belleza
como hacen los lirios de vuestro mundo exterior.

III

Tenía yo un amante...¡Oh, al diablo con el pudor!;
este pobre cuerpo que ahora veis adolorido, sombrío y demacrado
ardió en otros tiempos al ser besado enteramente
por labios de verdad, seguro de que era amor quien lo arrullaba
tiñendo su propio corazón: una noche los besos
tocaron mi alma sumergiéndola en una quemante neblina.

IV

Y al día siguiente, cuando el mundo y su monótona rutina
pareció devolverme nuevamente el juicio,
pensé: “Eso es pecado”; y lentamente,
con los ojos caídos, ingresé a la iglesia
y me acerqué al confesionario
para explicar lo ocurrido al viejo y apacible sacerdote.

V

Y entonces, al mascullar el nombre de Beltrán,
el Padre dijo: “Ah, debo censurar
tus pecados; pero no te amargues
ni desesperes: ¡ven y recupera el vigor!,
pues yo reemplazaré este amor tuyo
por un amor legítimo y divino.

VI

Porque es joven y disoluto
ese Beltrán, según dicen, maquina intrigas
para cambiar las leyes de la Iglesia y del Estado;
pero tu destino será el de un ángel
que antes del estallido de la tormenta
disipa los nubarrones; así salvaré su alma.

VII

Ya sabes: cuando él yazga sobre tu pecho,
puedes reclamar y hacerte dueña
de todos sus secretos, para luego, al día siguiente,

venir a mí y confiármelos,
que yo y cada sacerdote lucharemos por limpiar
su alma, apelando incluso al ayuno y al flagelo”.

VIII

La barba del clérigo era larga y blanca;
su rostro brillaba con el halo del amor y la verdad.
Por eso regresé, henchida de alegría,
y esa misma tarde conminé a mi amante,
como sólo los amantes saben hacerlo, con el corazón abierto,
a que probara su amor.

IX

Expuso aquello que no diría
por esperanza del cielo o temor del infierno.
Yo lo escuchaba quietamente, con mi orgullo entre manos;
pronto, cuando se hubo apartado de mi lado,
casi al filo de la madrugada, salí a la iglesia
para salvar el alma de mi amado, aun a pesar suyo.

X

Expliqué al sacerdote todos sus planes,
quiénes eran sus camaradas y sus sueños.
“Y ahora apresúrese –le rogué– en orar
y limpiar su alma del pecado;
esta noche acudirá a mí aunque ya no sea
el mismo”. Pero aquella noche no llegó.

XI

Tampoco lo hizo la noche siguiente. Con renovado
espíritu salí esa mañana.
La iglesia estaba vacía; hubo algo
que atrajo mis pasos a la calle; no ignoraba
que era conducida de la mano al ayuntamiento
donde desde lo alto asomaría el rostro del cura.

XII

Ese negro y horrible patíbulo,
su prominente cadalso... ¡Dios abatiendo mi paz!,
la cabeza aprisionada, los ojos vendados,
las manos encadenadas y el pecho desnudo
hasta la ejecución del verdugo apretando la soga
en ese cuello que mis brazos amaron.

XIII

¡No tienen nada de esperanza o temor!
¡Desconocen el cielo y el infierno! Y ahora, aquí,
lejos del mundo, en este minúsculo espacio que abate
mi cuerpo en la peor de sus pocilgas.
¡Oh, que al menos Dios y los hombres escuchen mi lamento!
¡Mentiras, sólo mentiras, una y otra vez: todavía mienten!

EVELYN HOPE

I

¡La bella Evelyn Hope ha muerto!
Siéntate y contempla su cuerpo por una hora.
Aquellos fueron sus libros; allí está su cama.
Ella cortó un trozo al geranio
que ahora se marchita en la jarra.
Poco ha variado desde entonces:
al cerrar los postigos la luz del sol ha dejado de brillar
salvo por aquellos dos largos rayos escurriéndose a través de los goznes.

II

¡La muerte se la llevó con apenas dieciséis años!
Vaya uno a saber si supo de mi nombre,
pues no era su tiempo de amar; aun así
su vida se colmó de anhelos y esperanzas,
suficientes deberes y una que otra zozobra;

en reposo o levantada,

hasta que la mano de Dios

cubrió aquella frente dulce y blanca.

III

¿Es acaso demasiado tarde, Evelyn Hope?

Tu alma era limpia y honesta;

los benevolentes astros fundieron tu destino

haciendo de ti espíritu, fuego y rocío.

Y no porque yo fuera tres veces tus años

o porque nuestros senderos aquí en la vida se dividieran

deberé pensar: ¿nada significó el uno para el otro?,

¿apenas nos hermanaba nuestra triste fugacidad?

IV

¡No, ciertamente! Porque Dios, arriba,

es generoso en la dádiva y poderoso en el designio:

ha consagrado el amor para bendecir al amor.

¡Por eso reclamo tu presencia, el amor que te he entregado!

De seguro numerosas serán las vidas que me aguardan:
tantos mundos a peregrinar,
mucho por aprender y mucho por olvidar
antes que asome el tiempo en que pueda cogerte nuevamente.

V

Pero la hora, al fin, vendrá.
Será entonces cuando pregunte, Evelyn Hope, qué ha significado
en esta vida terrenal, en la quietud de los años,
ese cuerpo y esa alma tuya, tan pura y alegre.
Y podré indagar el por qué de tus cabellos de ámbar,
de tus rojos labios, rojos como los geranios,
y lo que en definitiva nos aguardará a ti y a mí
en aquella nueva vida que reemplazará a ésta.

VI

Mucho he vivido desde entonces, pensaré,
abjurando más de una vez.
Mías han sido las ganancias de otros hombres;

he acechado diferentes edades, he desolado diversas regiones;

pero sólo una cosa, única, he añorado

en toda la vastedad de mi alma,

cuando no ha sido ella la que a mí me ha extrañado.

¡Añoro volver a encontrarte, Evelyn Hope!

¿No ha sido esa mi mayor aspiración?

VII

En todo tiempo yo te he amado, Evelyn.

Mi corazón rebosaba de ti:

allí encontró su hogar aquella joven y honesta sonrisa,

tu roja boca, tus áureos cabellos.

Pero basta de palabras,

que ahora te entrego este pétalo en memoria mía.

En tu suave y fría mano la encerré.

Es nuestro secreto. Anda a dormir.

Algún día despertarás, recordarás y entenderás.

EL AMANTE DE PORFIRIA

La lluvia irrumpió casi al filo de la noche;
un viento lúgubre y abrupto
desenvainó su ira sobre la copa de los olmos
y agitó el remanso del lago.
Yo lo escuchaba, con el corazón afligido,
hasta que de pronto apareció Porfiria, cautelosamente,
alejando al frío y la tormenta.
Se arrodilló e hizo
que la sombría cabaña se colmara de calor.
Luego se alzó desprendiéndose
del sayal y del húmedo manto;
hizo a un lado los sucios guantes
y apartó el sombrero, dejando caer sus mojados cabellos.
Al fin buscó un sitio a mi lado
invocando mi nombre. Nada pude responder.
Entonces colocó mi brazo en su cintura,
desnudó su hombro blanco
y agachándose sacudió su cabellera rubia y desgreñada

e hizo que en ella descansara mi mejilla;
pronto su cabello me arrulló por completo.
Murmuró sobre cuánto me amaba, ella,
tan vulnerable para contener los arrebatos de su corazón,
para ceder al orgullo de su pasión desbordante y romper
con vínculos más frágiles,
consagrándose a mí para siempre.
Sin embargo, aun cuando el ardor alcanzara la victoria,
nada, ni el alegre festín de esa noche entera
pudo impedir aquel súbito pensamiento que me atormentaba
consciente de que todo aquel amor era en vano.
Ella había llegado desafiando al viento y a la lluvia;
por eso la miré a los ojos,
feliz y orgulloso; al fin entendí
que Porfiria me amaba; la sorpresa
invadió mi corazón, de golpe, creciendo y creciendo,
mientras yo barruntaba sobre el destino que le aguardaba.
Mía fue en ese momento, mía tan sólo, bella,
perfectamente inmácula y buena: pero la suerte estaba consumada:
de todo su cabello hice una soga larga y amarilla
que luego enrollé tres veces a su fina garganta,

estrangulándola. No sintió dolor,

de eso estoy seguro: no alcanzó a sufrir.

Con sigilo, como si se tratara de un brote

en el que se aferra una abeja,

abrí de a poco sus párpados: nuevamente

sonreían sus ojos azules.

Solté la trenza

que apretaba su cuello: bajo el ardor de mi beso

su mejilla volvió a brillar.

Acomodé entonces su cabeza

apoyándola en mi hombro:

ahí se marchita, en silencio.

¡Sonriente y orgullosa cabecita,

satisfecha con aquello que fervorosamente buscaba:

cuanto había desdeñado se alejaba de ella

alcanzado ya por mí el galardón.

El amor de Porfiria: quizá no lo sospechaba,

que su amante daría cumplimiento a su mayor deseo.

Y así estamos sentados, uno junto al otro,

quietos, durante todo el curso de la noche,

¡sin que Dios haya dicho aún la última palabra!

UNA TOCCATA DE GALUPPI

I

Oh Galuppi, ¡qué triste es todo esto!;
difícilmente logro entenderte; quizá esté sordo y ciego;
pues por más que lucho por tratar de interpretarte
mi espíritu se doblega ante ti.

II

Aquí estás tú, con tu vieja música,
con todo lo bueno que ésta puede reservarme:
Venecia, los mercaderes y monarcas,
San Marcos y los Duques dando vueltas
para contraer nupcias en el mar.

III

Ah, porque el mar es allí una sola calle;

rodeada por.. ¿Cómo lo llamas?
Puente de Shylock, surcado por esas casas
donde realizan el carnaval.
Nunca salí de Inglaterra, es verdad; pero parece
como si fuera el testigo de todo esto.

IV

¿Acaso los jóvenes se entregaban al placer
cuando las aguas del mar eran más tibias, en Mayo?
¿Bailes y máscaras comenzaban a medianoche
y se prolongaban hasta la mañana siguiente,
dando rienda suelta a sus aventuras, según decías?

V

¿Había cierta dama de cara regordeta y rojos labios,
cuyo cuello alojaba una gargantilla,
y cuyos generosos pechos bien
podían arrullar la cabeza de un hombre?

VI

¿Era por galantería que detenían la conversación
–ella, para morderle la máscara de terciopelo negro;
él, para empuñar la espada–,
mientras tú, sentado, ceremoniosamente interpretabas
las Toccatas en el clavicordio.

VII

¿Cuáles? ¿Aquellas terceras menores y quejumbrosas,
acaso las sextas decrecientes, suspiro tras suspiro?
¿Les decían algo? Aquellas suspensiones,
aquellas resoluciones. “¿Algún día deberemos morir?”
Y luego las séptimas, ejecutadas con indulgencia. “¡La vida
por sobre todo”! “¡Podemos intentarlo!”

VIII

“¿Eras feliz? –Sí–. ¿Y lo eres todavía?
–Sí–. ¿Y tú? Entonces dame más besos.

¿O crees que podría yo detenerlos
cuando un millón de besos me parece tan exiguo?”
Escucha: las notas dominantes persisten hasta
que alguien pueda responderles.

IX

Y entonces la octava cierra la respuesta. ¡Oh ellos
te elogiaban, debo osar decírtelo!
¡Bravo Galuppi! ¡Esa sí es verdadera música,
no importa si alegre o triste, porque es buena al fin!
Siempre enmudezco cuando es un maestro
a quien escucho tocar.

X

Luego te dejaban para que disfrutaras tranquilo: llegada
la hora se retiraban, uno por uno.
Algunos con vidas que a nada llegaron;
otros con obras que mejor estarían deshechas.
El silencioso zarpazo de la muerte un buen día los derribó

para arrastrarlos a oscuras regiones donde nunca más verían el sol.

XI

Pero cuando me siento a meditar, buscando siempre
certezas sin vacilaciones,
voy triunfando al alcanzar ese secreto
que se escurre desde la inefable naturaleza,
a la que tú abriste con tu impasible música
en la que me arrastro con cada uno de mis nervios.

XII

Sí, tú, como un grillo fantasmal, cantando
allí donde una casa fue incendiada:
“Polvo y ceniza, muerte, todo acabado,
Venecia consumiéndose en aquello que había ganado;
el alma, sin duda, es inmortal; al menos
cuanto un alma puede discernir.

XIII

La tuya, por ejemplo: sabes de física,
algo de geología
y haces de las matemáticas tu pasatiempo; las almas
ascienden en sus estratos;
puede que las mariposas se extingan; pero tú
no morirás, eso sería impensable.

XIV

Venecia y su gente simplemente nacieron
para florecer y morir;
aquí, de esta tierra hicieron fruto;
alegría y locura sembraron.
¿Nada de alma ha subsistido, cuando
el festín de los besos acabó?”

XV

“Polvo y ceniza”. He ahí tu canto mientras yo,
con mi corazón, aún pretendo acallarte.

Oh las queridas amantes muertas, sus cabellos.

¿Dónde está todo ese oro que colgaba de los pechos?

Tengo escalofríos y envejezco.

LA ÚLTIMA PALABRA DE UNA MUJER

I

Dejemos las diferencias a un lado, Amor,
sin pugnas ni lágrimas:
que todo sea como antes, Amor:
¡sólo un sueño y nada más!

II

Por qué palabras tan duras:
tú y yo
como dos aves prestas al combate.
¡Mira esa rama: en ella se posa el halcón!

III

Nos acecha silenciosamente
mientras tú y yo discutimos.

Por eso es mejor callar, esconder las palabras,

para poder así fundir nuestras mejillas.

IV

¿Hay algo más falso que la misma verdad,

quiero decir, falso para ti?

Aléjate del árbol

donde acecha el colmillo de la serpiente.

V

No intentes arrancarle

las manzanas que brillan entremedio del follaje;

no sea que perdamos el Paraíso;

Eva y yo.

VI

¡Sé un Dios y protégeme

con tu encanto!

¡Sé un hombre y cíñeme
con tus brazos!

VII

¡Enséñame, sólo enséñame, Amor!
Que yo me comprometo
a ser palabra de tu palabra, Amor,
a ser morada de tus pensamientos.

VIII

Recíbeme, sí así lo deseas;
a ambas cosas me entregaré
dejando mi carne y mi espíritu
en tus manos.

IX

Pero eso será mañana
y no esta noche;

pues ahora debo enterrar mis heridas

lejos de ti.

X

Debo de gemir un poco, Amor

(¡ilusa de mí!)

para caer dormida, Oh Amor,

amada de ti.

ALOCUCIÓN FINAL DE PARACELSO (FRAGMENTOS)

“Festus: Gran Dios, tus designios son inescrutables.

Paracelso: Sí. Aquellos designios ya estaban en mí; nací para cumplirlos.

Yo, Paracelso, hice tuyos tus designios por derecho propio.
Sin duda la mía ha sido un alma inquieta e impetuosa;
de cada uno de sus movimientos he aprendido
las tareas que el mundo me depara;
buscar he intentado en los baldíos derroteros de la vida
los placeres apropiados para que los vastos
anhelos de Dios permanezcan;
también me he aferrado a la naturaleza, para prevalecer
y llenar a esta criatura formada por ella colmándola de alegría;
pero la naturaleza, en su implacable tiranía
aumenta sus demandas, suplicando más y más
para hacer que cada alegría que ha otorgado sea señal y prueba
de otra alegría a perseguir – sin renegar de sus deseos,
mensurando nuevos planes, para transformar el conocimiento

y el éxtasis, siempre fugaz, la última bendición del destino,
en ocasión de nuevas codicias, nuevas luchas y nuevos triunfos:
no cabe duda que un alma fuerte y solitaria
podría alcanzar todo esto sin mayores esfuerzos,
pues así de gloriosa es nuestra naturaleza, la augusta estirpe
de los impulsos más innatos e inescrutables del hombre,
¡su majestuoso espíritu al desnudo!
Todo esto germina en mí; así fui hecho;
a resguardo del tiempo: apetitos febriles,
un tumulto de deseos no cumplidos, las ansias
sin dirección, inciertas, las ciegas aspiraciones,
la desconfianza, el error y el llanto
fueron guardadas en mi alma; por eso emprendí mi rumbo.
Puedes estar seguro de que nadie está a salvo
de las vacilaciones del hombre; así, aún corroído por la duda,
me vi compelido a poner pie firme
sobre la luminosa ruta del sol, manteniendo abiertos mis ojos
en medio de su intenso resplandor,
fijando mi corazón tambaleante en el convencimiento
de que era yo quién allí me erguía;
no para contemplar en vano sino para encontrar la luz

que guiara mi destino más allá de las incertidumbres.
Primero avancé hacia aquellos confines adonde todos aspiran;
el secreto del mundo entonces fue mío.
Lo sabía, lo sentía, (percepción inexpresable,
incomprendida por nuestro débil entendimiento,
pero de alguna manera sentí y adiviné en cada movimiento
y cambio del espíritu –incluso en cada poro de mi cuerpo–)
lo que Dios significaba, la naturaleza de los hombres,
la esencia de la vida –como Dios es prueba de infinitas alegrías
asumiendo infinitas formas– una eterna dicha
emanando de cada uno de los seres, fuente última del poder;
sí, en Dios la vida es infinita; es El quien abarca los distintos
estratos de la creación; donde habita la alegría está Él,
como un punto inmóvil y remoto,
una felicidad acumulada desde la lejanía,
una esfera distante en toda la magnificencia de su gloria; así el placer
va ascendiendo peldaño a peldaño, por siempre y para siempre.
El fuego que mueve a la tierra desde el centro
la hace girar y cambiar como si fuera el rostro de un hombre;
el mineral fundido arde entre piedras
cuyos corazones son azotados por el viento,

desprendiendo brillo en yacimientos ocultos
o en el árido lecho de los ríos
donde la fina arena se desmorona al caer los rayos del sol.
Es allí donde Dios se divierte”.

* * *

“El viento de la primavera se escurre danzando
por las entrañas de la tierra para volver a despertarla; un extraño verdor
brota tiernamente entre las lomas, entre las marchitas
raíces de los árboles
y las grietas de escarcha,
como una sonrisa forzada en un rostro arrugado;
pronto la hierba aumenta su brillo y las ramas se llenan
de capullos que buscan el aire, impacientes, como crisálidas.
Los escarabajos trabajan y escapan;
en los arbustos se agolpan las hormigas;
arriba, los pájaros vuelan en bandadas;
la alondra se eleva cada vez más, estremeciéndose de alegría;
lejos, duerme el mar; blancas gaviotas pescadoras
se alzan desde la púrpura playa, allí donde anida

una tribu de lapas; criaturas salvajes buscan
sus amores en el bosque y la llanura. Dios renueva
su antiguo goce. De este modo, Él todo lo abarca,
desde el primer hasta el último minuto de la vida;
también mora en el hombre – la consumación del orden
del ser, la plenitud de esta esfera de vida
cuyos atributos están por todas partes,
derramados sobre el mundo visible,
luchando por combinar fragmentos confusos,
hasta fundirse en un todo perfecto,
cualidades inacabadas de la creación
insinuando alguna criatura por realizar,
algún punto en las facultades del hombre
donde aquellos rayos derramados
deben reunirse y converger.
Divino poderío: no para ser arbitrado ciegamente
ni para ser controlado con languidez
bajo la guía de un conocimiento perfecto,
sino para ser usado aceptando el riesgo,
inspirado por la esperanza o el temor.
Conocimiento, no intuición,

lento e incierto fruto de un trabajo modelado
y reforzado por el amor:
amor– no serenamente puro
pero aún fuerte en su debilidad,
como una flor
sembrada en un suelo tenaz,
con sus brotes cambiantes y suavemente teñidos,
desconocida en climas benignos;
amor que perdura, vacila o es oprimido,
sufriendo más y más a medida que se sostiene,
amor a veces ciego o en zozobra,
pero a pesar de todo creyendo en el amor".

* * *

"Muy lejos está el cierre
de la vida; un estado de ser pleno,
un esquema concluido:
desde un grandioso modelo
un reflujo sobrante de luz
ilumina los grados inferiores, explica

cada paso hacia atrás en el círculo. No sólo
para los poseedores nacidos a esos atributos.
Una nueva gloria reúne al cielo con la tierra,
aun cuando el hombre, al caer, imprima
por siempre su presencia en las cosas sin vida:
los vientos, en lo sucesivo, serán voces, lamentos o gritos;
un murmullo quejumbroso o una sonrisa fugaz,
pero nunca más una ráfaga ciega,
ahora que son los hombres quienes han nacido".

* * *

Debemos completar nuestra consideración del hombre,
quien impulsado por la fugacidad de su existencia
desea resolver su propia naturaleza,
averiguar la posición y el lugar que en definitiva le corresponden;
quizá por ello el hombre tiende a ascender,
a buscar en el progreso la ley de su vida,
aquello que lo hace digno de ser hombre.
No juzgaré sus metas, los fines logrados,
los esfuerzos que genuinamente despliega,

mientras aquí y allí es una estrella
la encargada de disipar la oscuridad,
aquí y allá un espíritu cuya mente eterna,
vigila a sus postrados compañeros:
sólo cuando estamos lejos de las oscuras desesperanzas,
cuando toda la humanidad se perfecciona por igual,
con sus plenos poderes, solo entonces, digo,
comienza la infancia del hombre".

* * *

"Así, el hombre deberá principiar, asentarse en su propia tierra
e iniciar su larga y triunfante marcha, ya con la existencia en las manos,
su perpetua vigilia, pugnando por alcanzar aquello que busca.
Que la especie entera alcance la misma perfección
de cada hombre: he ahí el fin de la humanidad.
Y, una vez establecido el hombre, todo buscará en él
una lejana semejanza: pues una vez acabado germinará en su alma
un impulso hacia Dios. Los vaticinios pregonan
que estará cerca del Creador; así, brotarán en el hombre
majestuosos sueños, símbolos, arquetipos

de un misterioso resplandor que perseverará
en el eterno círculo de la vida.
Oh, el hombre nace para superar
todo límite impuesto por la naturaleza,
para encontrar nuevas esperanzas y cuidados
que prontamente reemplacen
sus regocijos y pesares, pues éstos crecen y abarcan demasiado
como para ser enjaulados en los estrechos
confines de lo correcto y lo incorrecto,
que se desvanecen ante su desmesurada sed de bien:
mientras la paz se eleva dentro de ellos más y más,
los hombres permanecen serenos sobre la tierra,
rodeados por otras criaturas inconclusas
que esperan reunirse y ser salvadas por ellos.
Esa fue mi tarea: nací para ello,
libre como dije, pero ahora, bajo
el peso que encadena a los espíritus,
limitado y contrariado más allá de mis dotes
por un propósito escindido e ilusorio,
por una sombra que simula una realidad
cuyo grado de verdad no nos avala del todo como para dispersar

las apariencias en las que es sumergido el hombre mismo,
siempre perplejo, impulsado por un vacilante destello.
Yo, desde un principio, nunca fui engañado:
nunca formé un bien imaginario
distinto del hombre; se debe hacer un servicio,
se debe proveer una gloria
con poderes empleados a costa del hombre,
extraídos del trabajo realizado en su representación;
una fuerza negada que pueda resguardarlo.
Me rehusé a que su perfección tendiera
en una dirección cualquiera; pues no es otro que Dios
quien se glorifica en el hombre;
así, para majestad del hombre, prometo alma y cuerpo.
Pero al constituirlo y dotarlo fallé:
su poder se apoderó de mis ojos hasta dejarme ciego.
Poder: no pude quitarle mis ojos de encima:
sólo eso, pensé, se debería preservar o aumentar
a cualquier precio, desplegado, trazado de una vez.
El signo, la nota y el carácter del hombre.
Nada observé del pasado: sólo una escena
de lágrimas, fealdad y degradación,

un registro de tragedias para mejor olvidar;
una hosca página de la crónica de la raza humana
pronta a borrarse. Sin embargo, no vi razón alguna
para que el hombre no tienda a elevarse lo suficiente, incluso ahora;
o porque la historia deba estar forzada a relatar
que una vez la corriente de la luz,
a punto de romper en el mundo, se selló dentro de su primavera.
Hubiera tenido siquiera un día, un momento en el espacio
para cambiar la condición del hombre e impulsar
su adormecida pretensión de dominio
sobre un mundo más primigenio
hasta la plena madurez, para luego
apartar el olvido del mundo y esconder del hombre
aquello que la noche anuncia al llegar la mañana".

* * *

"¿Qué clase de asombro nos invadiría si no avistáramos
una ruta para sortear la desesperanza?
El poder que busqué para el hombre,
un poder que lo igualara a Dios.

En estas circunstancias, cuando recé para morir,
una extraña aventura me hizo saber de aquel pecado
que había manchado mi vida desde su comienzo:
Aprile, fue a él a quien vi, mi Aprile estaba allí,
como un pobre y desdichado sentimental, liberando
su corazón, lamentándose de su debilidad en mis oídos:
así aprendí de mi propio y profundo error; la pérdida del amor
me enseñó el valor del amor en la condición del hombre,
la proporción que éste debe mantener con firmeza
para sostener al hombre en su correcta constitución;
el amor precede al poder, y ante mucho poder, siempre mucho más amor.
Y por más menguado que permanezca en su actual condición,
ganará nuevas fuerzas para establecerse al fin libremente.
Al aprender esto supuse que ya todo lo sabía:
por ello, cuando los hombres recibieron con estúpido regocijo
mis primeras revelaciones, bien podrían haberme adorado;
pero yo desprecié las alabanzas brindadas, rechazándolas,
hasta que ellos, despertándose, tomaron venganza
en nombre de sus pasadas creencias, ridiculizadas
a la luz de mi nuevo y verdadero conocimiento; oh, los odié.
No era de extrañar que nada bueno

hubiese visto en el hombre

para equilibrar el agotamiento y decadencia

de sus facultades, desplegadas en vano,

ignorando que habían sido creadas

para prosperar en una esfera mejor. ¿Por qué?

En mi propio corazón el amor no fue lo bastante juicioso

como para rastrear los débiles comienzos del amor mismo

en el espíritu de la humanidad;

para comprender incluso que el odio es sólo una máscara del amor,

que hasta en el mal hay un germen de bien,

que hasta en la desdicha hay un germen de esperanza...

* * *

“Y aun cuando los hombres desprecien mis debilidades

y hagan burla de mis errores,

en vez de alabar mi fortaleza y mi verdad,

seguro estoy de que algún día llegarán a conocerme.

Y si por ahora me sumerjo

en un inmenso y oscuro océano de nubes,

será sólo por un momento; encenderé la luz de Dios

cerca de mi corazón y su esplendor, más temprano que tarde,

habrá de atravesar las tinieblas; así renaceré algún día”.

ACERCA DE UNA EPÍSTOLA QUE CONTIENE LA EXTRAÑA EXPERIENCIA MÉDICA DE KARSHISH, EL MÉDICO ÁRABE.

Karshish, humilde en conocimientos,

sin perder la reverencia ante la mano de Dios

(este hombre cuya carne fue creada de forma admirable,

abierta como una burbuja, moldeada como una pasta,

para defender y mantener un sitio en esta tierra,

para permitir que el alma, ese vapor, salga de la boca)

escribe esto a Abib –muy sagaz en nuestro arte–,

maestro de esa habilidad de la cual yo sólo soy una pobre ostentación,

perspicaz en el auscultamiento de los agujeros y grietas

que en la carne producen la tensión y el esfuerzo

por donde el artero vapor del alma alegremente se escurre

para volver y fusionarse a su origen antes del término,

el más apto en invención (según Dios)

para desconcertar y detener la Sabiduría

del más juicioso de los vagabundos,

envía sus mejores deseos (conocimiento y salud, fama con paz)

tres ejemplos de esa sierpe pedregosa –aún más raro–

cada uno con un dejo del otro;

también os entrega un melón de buen cuerpo,

(pero más apropiado, triturado fino,

para provocar mayor encanto que las drogas)

y estas líneas que ahora escribo angustiado por vigésima segunda vez.

El destino me condujo a Jericó.

Seré breve. ¿Qué estudioso de nuestro arte

deberá considerar una pequeña labor no recompensada?

Ya he sudado lo bastante, dejando la carne y los huesos

de muchos de quienes habitan esta tierra en un estado inexorable.

Además, el país está totalmente incendiado

con rumores de una marcha que se aproxima:

algunos dicen que será Vespaciano, el cometa; otros, que será su hijo.

Un negro lince gruñe con las orejas erguidas:

la codicia de mi sangre inflamó sus medrosas bolas:

grité, le lancé mi estaca y se marchó.

Los ladrones me han despojado y golpeado dos veces

y una vez en una ciudad se me acusó de espía;

hasta que al fin llegué a Jerusalén

escapando de este miserable escondite donde paso la noche,

esta Betania, ubicada a poca distancia del lugar

donde un hombre pestilente y enfermo de gravedad
corrió hasta caer muerto. ¡Tú, aquí mismo, te burlaste!
En verdad, para regocijo mío, me presenté tranquilo y seguro,
evitando atestarme con inútiles credenciales de viaje
y estando atento a compartir contigo los beneficios del pueblo judío.
Una contagiosa cólera pude observar,
con tercianas, pero no tuve el valor para denunciarla.
Y cayendo luego enfermo, encontré una cura milagrosa,
ignorada por la sabiduría de nuestra escuela: hay aquí una araña
de esas que no hilan su tela; sólo husmea desde el borde de las tumbas,
con su vientre jaspeado de gris ceniza.
Cinco de sus gotas bastan...
¿El Sirio fugitivo en el cual yo confié?
Vaya uno a saber qué pretendía
aquel cuyo servicio fue pagado delicadamente
mientras hacía sonar la nariz para despejar su vista enferma.
Mejor es que esperes: mañana, cuando esté en Jerusalén,
ordenaré mis experiencias
reuniendo los resultados más valiosos; todos te los enviaré.
Hasta podría incluirte goma adragante de Judea
despojada de las hojuelas más finas, para que gane en brillo y pureza,

cuidadosamente trabajada entre el mortero y el pórfido,

pues en calidad supera a la producida por nosotros.

Oh, si supieras cuánto me confunde la afección del cráneo,

trastocada con lepra; pero ya está.

Sé que admiraste la reputación que obtuve en Zoar

aunque bien sabes que el fervor no siempre se hermana a la discreción.

Aquí concluyo.

No, quizá deba proseguir: mi amigo sirio

me hace un guiño en señal de agradecimiento.

Declararme su devoción es mi precio.

Imagina que mi escritura a nadie daña, ¿aunque él robe?

A medias me animo a decírtelo, –aún siento pudor–,

el motivo que me indujo a escribir

por sobre otra consideración.

¡Tuve una inquietud, un aguijón, un gustillo en hacerlo!

En esta yerma ciudad –algo especial

tenía ese hombre en la mirada–

su caso me ha golpeado hondamente

y por eso te pido perdón si se desvirtúan

las noticias de primera mano

acerca de los cuidados y los dolores

que en cierta medida arrancó de mí;

te desafío a considerarlo con la mente sana,

casi a la vista – ¿tendrás la verdad?

Ese hombre, cuya dolencia es el tema de mi carta,

se ha alejado de mí por ahora.

¡Así, pues, deja que tu mejor saber ayude ante todo.

El suyo era un caso de manía, inducido

por la epilepsia, al punto de trastocarse

en un trance indebidamente prolongado por casi tres días

cuando el suministro de la droga,

o hechizo, o exorcismo, o golpe de arte

desconocido para mí produjo que el mal hiciera brusca erupción.

Su cuerpo quedó indemne e incólume,

aun cuando murmurara (por así decirlo)

acercadle a amplitud de las puertas de la vida

o de la repentina limpieza de su hogar.

La primera noción que tuve se grabó en mí

como si estuviera dispuesta en una pared,

muy clara en ese punto,

(la primera en llegar y demostrar utilidad),

que ninguna de las sucesivas

pudo borrar de mí las obscenas fantasías

despertadas por aquella alma recién devuelta y establecida a la vida

tan enteramente por el corazón;

en lo sucesivo sería ella la encargada de entregar la señal a seguir.

En primer lugar, la propia y firme convicción

de que el hombre murió (de hecho lo enterraron)

para luego resucitar gracias a un médico nazareno de su tribu:

“Levántate” –le decía– y él se levantó.

“Tales casos suelen ocurrir de día”, protestarás.

¡Pero así esta invención! – no, ese ser diluido como el humo

en lugar de ofrecer un camino al tiempo y a la salud,

debería engullirse a sí mismo

en la vida que se escurre dentro de la vida,

como azafrán tiñendo carne, sangre, huesos y todo.

Pues ya ves: conozco un ejemplo de cómo se puede vivir

después de la muerte; se trata de un hombre, un tal Lázaro, judío,

esperanzado y armonioso, frisando los cincuenta años,

con el hábito del cuerpo completamente saludable,

incluso por encima de una salud normal,

como si hubiera sido hecho y puesto a un lado para exhibición.

Me pregunto si acaso podríamos inyectarle alguna droga
que purificara su alma cansada, su carne henchida de temor,
para dejarla limpia y hermosa, ¡durmiendo tres largos días!
¿De dónde obtiene el hombre aquel bálsamo que todo lo hace brillar?
Ahora este hombre maduro observa el mundo con los ojos de un niño.
Ciertos hermanos de su tribu, debo presuponer,
guiaron a sus amigos, obedientes como ovejas,
para sostener mi inquisición. Mientras ellos platicaban
a veces agudamente, a veces con dolor, refiriendo el caso,
él escuchaba sin hacer excepciones. Luego fui yo quien lo interrogó;
juntó las manos y las dejó hablar,
mirando las moscas que zumbaban en el aire: todavía no enloquecía.
Sus años no en vano deberían pasar.
Mira: si un mendigo, en la mitad exacta de su vida,
encontrara un tesoro: ¿podría usar del mismo
con hábitos restringidos y con gustos menos delicados,
llevando de inmediato a su empobrecido cerebro
el repentino elemento que cambia las cosas,
que coloca un goce no soñado en sus manos, en su tierra,
y desecha una antigua y burda alegría en el polvo despreciado?
¿No es alguien que sólo invoca

mezquinos regocijos, cuando ningún deseo lo atribula,
cuando la embriaguez se torna inoportuna?
Todo consejo prudente respecto a lo que conviene
para enaltecer nuestras convicciones está perdido:
para el hombre sólo su voluntad es ley.
Por lo tanto, ya que aquí concebimos
al así llamado “conocimiento del tesoro”
que está más allá de las facultades de la carne,
es preciso reconocer que el cielo abrió sus brazos
a un alma que aún se encontraba en la tierra
y que la tierra forjó la voluntad de esa misma alma
mientras miraba hacia el cielo.
El hombre es necio por su pequeñez, por su proporción,
por su escaso valor en relación al todo.
O es poco o es mucho, afirma,
cuando se habla a sí mismo de prodigiosos armamentos
congregados para sitiar ahora esta ciudad
y del paso de una mula cargada con calabazas.
Este hombre, cambiando pronto de tema,
refiere algún hecho frívolo fijando su absorta mirada,
llena de estupor, hacia su miseria

(hasta donde puedo ver) como si de ella dependiera
su venerable papel, sus resultados.
Quizá así se volverán hacia nosotros
nuestros propios espectadores,
con el mismo estupor (fíjate en este punto),
que tampoco podemos ver con plenitud
aunque abramos bien los ojos.
Las preguntas y dudas aparecen,
absurdamente, a múltiples propósitos.
Si su hijo enferma de muerte observa
el abatimiento de su alegría,
el olvido de su diaria labor.
Pero también una palabra,
un gesto o una mirada de ese niño jugando,
o entre sus maestros o mientras duerme lo asustará
hasta la agonía, lo llenará de exasperación;
eso es precisamente.
Demanda la razón, el por qué: es sólo una palabra,
un objeto, un gesto: lo contempla al igual que nuestro señor
cuando vivía sólo en su pirámide
y nos observaba (¿te importa?) siendo jóvenes,

recitando inadvertidamente

el encantador comienzo de ese libro suyo

capaz de ordenar al sol para que palpitase e incendiase

todo en estrellas, tal cual ascienden los soles al crecer.

Tú y el niño poseen un velo similar

sobre sus cabezas; debajo de éstas

estiran sus ciegas manos y juegan con una antorcha

ante una mina de fuego griego; ¡lo sabías!.

Luego la mantienen con firmeza

ante cualquier amenaza de la vida

(es la vida con su curso inexorable)

la que corre a través de sus vastos y majestuosos confines

más allá de los peligros

que conscientemente deben sortear.

La vida espiritual gira alrededor de la vida terrenal:

sus engranajes no son desconocidos para este hombre

de corazón y cerebro inquietos, aunque de carácter irresoluto.

Siempre abrumado, con impulsos que se doblegan

en lugar de erguirse separando el bien del mal.

Aquella oscura amenaza, escurriéndose a través del fuego,

trastoca “lo que debería ser” con aquello “que no puede ser”;

por eso, a menudo su alma se refleja en su rostro
como si volviera a ver y a escuchar y a obedecer
la voz del Nazareno diciéndole “levántate”.
A veces es una palabra, una huella de sangre la que lo
exhorta: luego se vuelve y se hunde de inmediato
en las cenizas que aún permanecen encendidas,
en la monótona consagración a su oficio
con el que a diario gana el pan.
He ahí su orgullo, aceptado con sumisión;
sin duda es el pecador quien mejor conoce el
secreto de Dios y las múltiples sombras que amenazan la vida.
El destino especial del ser humano
es postrarse ante la voluntad celestial,
contemplarla y comprenderla
diciéndose: “Él esperará con paciencia mi fin
por esa misma muerte que debe restaurar mi ser
al equilibrio, el cuerpo liberado del alma,
divorciados el uno del otro por un prematuro y radical crecimiento:
viviré hasta cuando Dios lo considere necesario,
mientras Dios quiera y sólo como a Dios le complazca”.
Aquel hombre, por cierto, no buscó complacer a Dios

más allá de lo justo, ni tuvo reparos en pregonar
la doctrina de su secta –cualquiera que ésta haya sido–
hasta transformar a sus acólitos
en seres enloquecidos, sedientos de acción.
¿Cómo podrá entregar a su prójimo
un suelo verdaderamente firme, su propia convicción, ardiente,
cuando llama a su gran verdad una mentira; ¿por qué?...
Aun así el antiguo adagio
“Sé como a Dios le complace”, logra apaciguarlo.
Indagué en su dolor, tal como enseña la disciplina:
“Cuán bruta”, le dije, “esta abrumadora indiferencia;
no te importa si Roma avanza
para aplastar a tu tribu, para apagarle la vida,
para acabar contigo y tus descabelladas historias de una vez”.
Pero el hombre se limitó a mirarme con sus grandes ojos
sin responder. Es apático. ¿No crees?
Sin embargo, debo reconocer que ama
tanto a los viejos como a los jóvenes,
a los humildes y a los poderosos, a la bestias y a las aves
y también –no sé cómo decirlo– a las flores del campo.
Cual un sabio artesano reconoce las herramientas

del taller, amando lo que hace.

Inofensivo como un cordero;

un poco impaciente, si así lo quieres; déjalo hacer su mejor esfuerzo.

Y a pesar de su ignorancia, de sus descuidos o pecados,

logro frenar prontamente mi indignación:

como en aquellos viajes en los que fingía

desconocimiento de nuestro arte

de acuerdo con alguna estratagema preconcebida.

Como sea, tras haber escuchado a los aprendices de estas tierras,

sumidos todos en el engreimiento y la ignorancia,

sermoneando fantásticamente sobre la enfermedad

su causa y su cura, pensé: ¡Oh, debo mantener mi paz!

Ese objeto marchito tuyo.

¿Por qué no busqué antes aquella encarnación

de la sabiduría misma, el Nazareno

que fraguó esta cura, indagando en la fuente,

consultándole con una franqueza digna de él.

¡Ay de mí! Me pesa su sangramiento,

su muerte rodeado por la turba muchos años atrás.

Acusado –el aprendizaje es nuestro destino– de magia

y rebelión, por pretender establecer las reglas

de un credo prodigioso.
Su muerte, acaecida justo con el terremoto,
(prefigurando, como era de esperarse, la pérdida
y desaparición de las enseñanzas de nuestro señor, el más sabio,
quien vivió largo tiempo en la soledad de la pirámide)
fue planeada por un pueblo desquiciado –esa era la costumbre–,
un vano recurso, según mis sospechas.
¿Cómo podría él detener el terremoto?
¡Esa era su forma de proceder!
Las demás imputaciones de seguro eran falsas,
tú mismo puedes examinarlas, aunque deteste entregarlas
por respeto a la fama de un hombre de bien.
(Después de todo, nuestro paciente Lázaro
está completamente loco; ¿debemos tomar en cuenta lo que dice?
Quizá no: si hemos de escribir a un médico
bien está ser cuidadosos con este caso).
El hombre, así curado, observa a su redentor;
¡Dios, perdóname! Quien sino Dios mismo,
creador y sostén del mundo,
¡que descendió hasta nosotros y se hizo carne por un tiempo!
Afirman que nació y vivió, que enseñó y curó a los enfermos,

que compartió el pan en su propia morada,
que luego murió, con Lázaro, según testimonian y sin embargo fue…
Cuanto he dicho –no ha sido de mi elección el repetirlo–
debe ser así confesado, de hecho, como los dichos del verdadero Lázaro,
quién dijo... ¿Pero a qué viene todo esto?
¿Por qué escribir sobre temas triviales,
o aun sobre cosas de valor,
tratando de llamar la atención en cada momento?
Lo observé en el borde de una laguna azul floreciente,
de esas que hay en Aleppo,
abundante y muy nitrosa. ¡Es curioso!

Perdón te pido por este largo y tedioso caso,
pues ahora que lo reviso la situación parece
indebidamente dilatada, aun en aras de la exactitud.
Ni yo mismo, a estas alturas, discierno en lo escrito
una buena razón de interés, pero temo
que este hombre verdaderamente logró conmoverme.
Tal vez el fin del viaje o el cansancio
me hayan perturbado. Sea como fuere, así lo conocí:
cruzando una loma de pequeñas y agudas colinas,

como los dientes de un viejo león.
Desde lo alto emergió la luna como un rostro bañado
por manchas diversas, multiformes, amenazadoras.
Luego un viento sentí tras de mí. Repentino fue nuestro
encuentro en este polvoriento y adormecido pueblo.
El hombre y yo. Te envío lo que está por escrito.
Considéralo como una oportunidad, una apuesta
a este Sirio misterioso –él puede perder,
robar o entregártela por igual.
Mi reposo en Jerusalén compensará
el tiempo invertido en esta carta, el tuyo y el mío.
¡Hasta pronto; una vez más me despido solicitando tu perdón!

¡El mismísimo Dios!, Abib. ¿Qué piensas?
Toda la grandeza y todo el amor
se congregaban en aquella voz humana
cuyas palabras irrumpían con la fuerza de un trueno:
“Oh, este corazón al que he dado forma,
con sus poderosos latidos, este rostro, modelado por mis manos,
al que yo había concebido en mi ser antes de crearlo.
Ningún poder puede instaurarse sino a partir de mí;

te he entregado amor, mi naturaleza misma para ser amada;

y tú debes amarme ya que he muerto por ti”.

Fue Él quien lo dijo, según afirmaba aquel maniático.

¡Qué extraño todo esto!

SORDELLO (FRAGMENTO)

“Una cúpula,

ved; como una espesa

y negra sombra cubriendo el techo;

pequeñas grietas a través de los contrafuertes resguardan el paso de la luz

que ilumina aquel prodigioso monumento.

¡De rodillas!

Es una fuente veteada, de gris macilento, algo ornamentada.

Un grupo, congregándose a su alrededor, de lado a lado,

la protegen; al menos hasta donde uno puede ver.

Escuálidas Cariátides,

de mármol débilmente teñido, como la carne

del lirio de Eva

bajo las huellas de su creador. Allí se palpa

el vigoroso y originario pulso de la vida, aquel que también

nutre a la nieve;

el borde de la fuente oprime cada hombro;

se inclinan al suelo, con los ojos a medio abrir,

algunas con los brazos aferrados;

otras apretando con ellos su seno; aquellas escondiendo la mirada
o apoyando la quijada y la tenue mejilla;
algunas aflojando sus desvalidos cuerpos,
muertas como una vestal largo tiempo sepultada,
sin bríos, mientras los altos barrotes se cierran pesadamente.
Así habitan estas quietas y enigmáticas mujeres,
como resignadas sacerdotisas, soportando el eterno castigo
a sus flaquezas y pecados,
pues hubo un tiempo en que del goce bebieron hasta saciarse.
Por eso Sordello las visita a diario, cada atardecer,
implorando perdón para ellas, sentándose
a su lado.
La aflicción lo turba; poco a poco va clavando la vista
en los suaves destellos del ocaso que iluminan las grietas,
oro siete veces bruñido.
Las doncellas se reclinan
y una sonrisa las sacude blandamente,
como si algo aminorara sus cargas, como si un ágil destello
diluyera la sombra que oscurece sus frentes.
¿Será quizá porque otra de las deudas
ha sido pagada, de esas que convergen

en el largo rosario que rodea la cripta

y en el que cada abalorio va sumando

las constricciones que deben cumplir?.

DOS EN CAMPAGNA

I

Me pregunto si hoy sientes lo mismo
que yo sentí por ti en ese entonces, cuando nos sentábamos
en la hierba con las manos aferradas, solazando
nuestros espíritus a través de las campiñas,
aquellas mañanas de Roma y Mayo.

II

Porque he acariciado un pensamiento
cuya sola presencia me ha torturado durante años
(como los giros de una araña al tejer su hilo
burlándose de nuestros destinos),
y que mi verso, en vano, canta.

III

¡Ayúdame a apresarlo! De él ha quedado
un hinojo amarillo, dispuesto a germinar,
allí, extendiéndose sobre las grietas de los ladrillos
de una vieja tumba en ruinas, junto a la maleza
que se alza como un manto vigoroso.

IV

En la copa de un pequeño naranjo
se agolpan cinco escarabajos; ciegos y verdes, hurgan
la miel: después de todo, por cada palmo
de la vertiente, sumergido en la hierba,
he buscado sus huellas. ¡Abrazarla raudamente!

V

¡La interminable campiña tapizada de vellones,
extendiéndose a lo largo de la abundante hierba!
Silencio y pasión; alegría y serenidad;
la eterna caricia del viento,
el espectro de Roma acechando desde su muerte.

VI

Así es la vida aquí, el lento curso de las horas,
los milagros que irrumpen como en una representación,
la primigenia y desnuda forma de las flores,
la naturaleza que se entrega a sus propios designios
mientras el cielo la contempla desde lo alto de sus torres.

VII

¿Cómo dices tú? Dejemos, oh paloma mía,
dejemos la vergüenza.
¡Desnuda yace la tierra bajo la sombra del cielo!
¿Cómo saber si depende de nosotros
el triunfo o la derrota del amor?

VIII

Desearía que fueses todo para mí,
tú, que ya significas mucho; sólo eso.

Nada tuyo ni mío, ni esclava ni libre.
¿En qué lugar sepultaremos nuestras culpas? ¿Cuál es el fondo
de nuestras heridas, desde que ellas hubieron de ser?.

IX

Quisiera adoptar tu voluntad,
contemplar con tus ojos, dejar que mi corazón
haga suyos tus latidos, beber hasta la saciedad
del manantial de tu alma, cada uno como
parte del otro en esta vida, para bien o para mal.

X

No. Añoro lo más alto, compartir tu intimidad
para luego alejarme. Beso tu mejilla,
me embriago con el calor de tu espíritu,
te acaricio como si fueras una rosa
y te amo mucho más de lo que con palabras puedo expresar.
Fugaces son los gozosos minutos junto a ti.

XI

¿Cuán lejos estoy ahora
de aquellos minutos? Debo erguirme
como un cardo, sin obstáculos,
siempre frontal, agitado por el viento,
sin esperar la protección de una estrella favorable.

XII

¡Justo cuando iba a poseerte!
¿Dónde han quedado nuestros destinos? Quizá lejos, nuevamente.
¡Como aquel viejo engaño! Ahora que sólo puedo discernir
la infinita pasión y el dolor
de dos corazones finitos que anhelan.

ABT VOGLER

(Después de haber exhibido el instrumento musical que había inventado)

I

Sería un desafío para esta sólida estructura la abundante música
que escribí, mi órgano, conminándolo a obedecer,
implorando a sus teclas se entreguen al trabajo,
reclamando cada sonido con un toque, como vasallos,
cual un viejo Salomón congregando y elevando a sus ángeles
para apartar las legiones de demonios al acecho;
hombres, bestias, reptiles o moscas, ajenos a fines y propósitos,
adversarios, cada uno surcando las alturas
del cielo o removiéndose en las mazmorras del infierno
cuando él se apresura a conjurar, por una vez,
aquel Nombre Inefable,
él, que en otros tiempos erigió un palacio para agraciar
a la princesa que amaba.

II

Me he demorado con ésta, mi bella construcción.
Las teclas se agolpan y suben
como en una multitud presurosa.
Ah, todas y cada una, separándose
y armonizando, ahora y ahora,
ansiosas por apurar el trabajo, ¡exaltar
a su maestro, alabarlo!
Y si alguna me frunce el ceño
y ensaya una ciega zambullida hacia el infierno
es tan sólo para sumergirme por un instante
y crear desde la raíz de las cosas,
que luego retomaré el vuelo y podré contemplar
las sólidas bases de mi palacio.
Pues lo fundé sin temor a las llamas, espigándome
sobre los cimientos inferiores.

III

Otros llegan, ascendiendo y marchando,

como fieles sirvientes,
ay de mí, otro y otro más, un tumulto
con muchos alcanzando la cima
luego de trepar mis empinados muros de oro,
prístinos como el vidrio,
ansiosos por hacer y morir, cediendo cada uno
su lugar a los demás.
Para llegar cada vez más y más alto (se inclinan
como ardientes mensajeros
cuando un gran destello irrumpe
en medio del festín, al caer la noche,
iluminando el Domo de Roma,
por todo el espacio hasta la cúspide)
pues arriba, una vez conquistado el pináculo de la gloria,
el orgullo de mi alma estaba a la vista.

IV

¿A la vista? ¡Ni aun de eso parecía estar seguro,
de que todo coincidiera con el origen del hombre!
La naturaleza y yo

obedecíamos a un mismo impulso;
el cielo, anhelado con fervor, se esforzaba
por abrazar a la tierra
de la misma forma como la tierra había luchado,
en mi pasión, por escalar hasta el cielo.
Aquel esplendor original brotó,
se hizo familiar y habitó conmigo,
no para diluirse en un punto o concentrarse en alguna cima;
únicamente para fijarse en mí como una estrella errante.
Meteoritos, lunas, bolas de fuego: sin ajarse o languidecer;
para que la tierra alcanzara las altas bóvedas celestes
ya no existía ni lo cercano ni lo lejano.

V

Nada más; ni siquiera para desear
a quienes caminan entre brillos y fulgores,
presencias claras, cada una en su lugar; o, frescas
desde el protoplasto,
preparadas para los años que vendrán, cuando
sople un suave viento,

tentado para comenzar y vivir en un sitio
de su agrado; o bien la maravillosa muerte
de quien ha transitado por el cuerpo
y se ha marchado para luego volver y anunciar
al viejo mundo el valor de su nueva vida:
lo que nunca había sido, ahora es;
aquello que fue mañana será;
y lo que es –debo decirlo– ¿habrá de coincidir?
Pues nací para ser perfecto.

VI

Todo esto a través de mis teclas, que emitieron sus sonidos
para responder a un deseo de mi alma,
todo a través de mi alma que alababa a medida
que su deseo fluía visiblemente.
¡Todo por intermedio de la música y de mí mismo! Para pensar
hube de pintar el conjunto.
¿Por qué estaba ahí de pie? Para contemplar,
pero no al proceso en la plenitud de su poder;
hube escrito lo mismo, hecho verso

–todavía el efecto precede a la causa–;
vosotros sabéis por qué las formas son bellas,
vosotros escucháis como se teje la historia;
es el arte triunfante, en obediencia de las leyes;
el pintor y el poeta orgullosos están
de inscribirse como creadores.

VII

Pero aquí está el dedo de Dios, un destello
de la voluntad que todo lo puede,
que existe detrás de cada una de las leyes, sancionándolas.
¡Mirad, ahí están!
Aunque ignoro si este don
será entregado al hombre
pues ahora, después de los tres sonidos que Él formó,
nos brinda una estrella;
consideradlo bien: cada tono de nuestra escala
en sí no es nada; suena igual en todas partes,
fuerte o suave; ya está dicho.
¡Entregádmela ahora para usarla! Así la podré mezclar

con otras dos escalas en mi pensamiento.
¡Ahí!, donde vosotros habéis escuchado y visto:
meditadlo e inclinad la cabeza.

VIII

Bien, por fin todo ha terminado;
el palacio de la música ya está construido;
¡listo al fin!; que comiencen entonces a caer
las buenas lágrimas, las lentas lisonjas;
a uno que labró su vida en la confianza
escasamente se le pueden reprochar temores;
ni siquiera cuando se resigna a lo perdido,
a las cosas que se fueron y nunca más volverán.
Siempre pedimos más de lo mismo;
como el bien: cuanto más bien tanto mejor.
¿Es este el deleite que me entregas?
A mí, que debía estar a salvo
de aquello que persistía en mi mente
perseverando una y otra vez, el mismo yo,
el mismo amor, el mismo Dios:

¡ay de mí! Lo que era, deberá ser.

IX

Por lo tanto, a quién debo cambiar sino a Ti,
escondido tras aquel Nombre Inefable.
¡Creador de moradas que no fueron
fabricadas por manos de hombres!
¿Por qué tienen miedo al cambio
cuando tu arte siempre ha sido el mismo?
¿Dudan acaso que tu poder pueda llenar el corazón,
expandiéndose en gloria y majestad?
¡Nunca habrá un bien perdido! Lo que fue volverá a surgir;
el mal es nulo, es nada, es silencio
que implica sonido;
lo que bueno fue bueno será,
rebasando al mal:
la tierra, un arco derruido;
el cielo, una esfera perfecta.

X

Todo lo que hemos deseado, esperado o soñado del bien existirá;
no su semblanza sino su esencia misma;
y aun si sentimos que el bien, la fortaleza o la hermosura
apartan de nosotros sus voces, subsistirán
siempre para el compositor,
cuando encierra la vastedad de lo Eterno
en apenas una hora de creación.
La pasión que ha abandonado el reino de este mundo
para embriagarse en el cielo,
la música que a Dios fue ofrendada por el amante y el poeta;
un instante de sonido para Él es suficiente;
nosotros deberemos escucharla con el tiempo.

XI

¿Y será acaso nuestra propia fragilidad
la mejor evidencia de aquel triunfo que obtendremos
cuando abracemos la plenitud de los días?
¿Nos hemos marchitado? ¿Agonizamos?
¿Por qué se prolongó la pausa sino

para resaltar el poder de la música?

¿Por qué se precipitaron las disonancias sino

por la armonía que se debía ganar?

Difícil de soportar es el dolor; lenta en despejarse es la duda.

Cada persona que sufre afirma su verdad,

su camino de bienestares e infortunios.

En poco se asemeja Dios a los hombres,

por más que estos se afanen murmurándole

cualquier cosa al oído. Que razonen los demás.

Que sea dada la bienvenida a los músicos que ya conocemos.

XII

Bien, la tierra esta aquí, a mis pies;

el silencio continúa su reinado.

Seré paciente y orgulloso; hidalgamente me conformaré.

Entregadme a las teclas. Quiero sentir la cuerda dominante

deslizándose por los semitonos, hundirme en las escalas menores,

armonizar en alguna novena: situado en tierra extraña

sobrevivo por un momento a este permanente

descenso desde las alturas a las profundidades,

escuchando, desafiando y creando,

en la búsqueda de mi lugar de reposo:

el do mayor de esta vida. Así, ahora, intentaré dormir.

PARA EDWARD FITZGERALD

Descubrí un nuevo libro en el día de ayer;
lo abrí y mi dedo descansó
entre páginas con bordes sin cortar,
y entonces leí estas palabras, seis o siete a lo sumo.
Y así pude saber que tú, FitzGerald, desconocido
por ella de vista o de oído, “agradecías a Dios
la muerte de tu esposa”. ¡Ay, muerta! Dondequiera que sobrevivas,
amigo Fitz, testimoniarte mi gratitud me comprometería:
eso de andar a puntapiés es sólo para vulgares;
un saludo apropiado hace justicia a tu cortesía:
así, ten seguridad que escupir en este libro no desdeña tu rostro,
saliva que irrumpe desde labios benditos por ella.

DE EURÍDICE A ORFEO UNA PINTURA DE LEIGHTON

¡Dame la boca, los ojos o la frente!
¡Deja que me absorban! Sólo una mirada
para ceñirme eternamente a su regazo: no para huir
de su brillo, aunque la oscuridad nos sofoque.
¡Manténme a salvo en el confín que brilla
desde tus ojos inmortales! Todas las calamidades
olvidadas, y todo el terror que puede alcanzarnos,
desafiándonos. Ni el pasado ni el futuro son míos: ¡Mírame!

CANCIÓN DE “PIPA PASSES”

El año roza la primavera;

ya despunta la mañana, al despertar;

las colinas son abrazadas por el rocío,

la alondra emprende vuelo

y el caracol se desliza en la espina:

mientras Dios permanezca en su firmamento

el curso firme del mundo se mantendrá en ruta.

EL NIÑO Y EL ÁNGEL

Mañana y tarde, día y noche,
cantaba Teócrito: “¡Bendito sea Dios!”.

Y entonces volvía a su modesto oficio
con el que diariamente se ganaba el pan.

Laboraba sin descanso, con esmero y paciencia,
mientras los rizos caían de su cabellera.

Y siguiendo la costumbre elegía el momento
para detenerse a cantar: “¡Bendito sea Dios!”

Los rizos caían nuevamente
y el muchacho, alegre, volvía a su labor.

Y al escucharlo, Blaise, el monje, le decía:
“Bien hecho, hijo mío; no dudo que eres escuchado.

Como si esa voz tuya en el día de hoy
alabara a Dios con la majestad del Papa.

En este día de Pascua el Papa en Roma
reza a Dios desde la Basílica de San Pedro”.

Teócrito respondió: ¡“Quiera Dios
que pueda alabarlo en toda su grandeza y morir”!

La noche se fue, el día resplandeció
y la vida de Teócrito tocó fin.

En Dios los días no tienen duración:
cientos de años caben en un día.

Y Dios dijo en el Cielo: “Ni el día ni la noche
me deparan ahora el deleite de esa voz”.

Y así Gabriel, naciendo de un arco iris,
desplegó sus alas y descendió a la tierra;

penetró la carne de esa celda vacía,
vivió en ella y ejecutó su consumado arte.

Y mañana y tarde, día y noche
cantó a Dios como sólo Teócrito lo hacía.

Fue niño y fue joven, creció
y se hizo hombre.

Luego maduró y ya en la adultez
aguardó el asalto de la última estación de la vida.

Y siempre perseveró en su oficio
y vivió esta vida contento.

(Hizo la voluntad de Dios: para él, una sola
voluntad así en la tierra o en el sol)

Dios dijo: “Mis oídos escuchan alabanzas;
no hay en ellas asomo de duda o temor:

así canta el mundo desde tiempo inmemorial;
así se despliega hacia el porvenir desde mis escaños.

Amores inequívocos resuenan por otros caminos:
pero cuánto extraño para mí esa modesta oración humana”.

Y entonces a Gabriel recuperó sus alas e hizo a un lado
el disfraz de la carne, de la que sólo quedó un despojo.

Era día de Pascua: voló hasta Roma
y se detuvo en la cúpula de San Pedro.

En la antecámara
que empalmaba a la galería exterior,

se alzaba el nuevo Papa, Teócrito,
con su venerable vestimenta.

Y fue sólo entonces que pudo comprender
con claridad su pasado.

Desde niño se había consagrado a su oficio
hasta que el asalto de la edad lo abatió.

Y a su cuerpo consumido, próxima la muerte,
un ángel, desde el sueño, le inyectó nuevo brío.

Sobreponiéndose a la dura enfermedad
abrazó el sacerdocio; aquí lo tenía ahora su ministerio.

Rezó mirando hacia al Este
y un ángel cautivó su visión.

“¡Fui yo quien te hizo abandonar tu oficio de artesano
para dejarte aquí. Me equivoqué.

Mi esfera de ángel, en vano, abandoné;
vanos fueron tus sueños de años.

Tu voz, en la plegaria, parecía débil:
al consumirse enmudeció la creación misma.

Por eso vuelve a orar nuevamente,

como en los viejos tiempos, mientras yo aquí te acompaño.

Con esa voz escuálida, esa misma que hemos despreciado,

retome la creación esos sones silenciados.

Vuelve a tu modesto oficio,

reasume al artesano y al niño!”.

Teócrito envejeció en su hogar

y un nuevo Papa fue ungido en San Pedro.

Y mientras uno desaparecía, el otro moría.

Ellos ahora ascienden a Dios.

MEMORABILIA

Ah, ¿encaraste alguna vez a Shelley?
¿Se detuvo? ¿Pudo dirigirte la palabra?
¿Pudiste tú replicarle nuevamente?
¡Extraño y novedoso es todo esto!

Aunque tú estabas vivo antes del incidente
y continúas viviendo, ahora que ha pasado.
Y el recuerdo que hice mío
ay, ese recuerdo te hace reír.

Es cierto: este páramo que he cruzado
tiene un nombre y un sentido,
aunque sólo muestre brillo una minúscula
porción solitaria sobre varias millas a la redonda.

Fue allí que salvé de entre los brezos,
para ceñirla a mi corazón,
una pluma en muda, la pluma de un águila.

El resto es historia.

POÉTICA

“¡Así hablan esos estúpidos! Respóndeles entonces:

¿Amor?

“Una flor es ella, mi rosa” –o también– “¿Es mi cisne,

mi único cisne?”.

Tal vez decirlo así: “¡Allá, a lo lejos, esa luna virginal

bendiciendo la tierra, Amor,

eso eres tú!”. Para ellos, quizá valga; para mí, en cambio,

no palabras tan vanas.

“¡Cállate, rosa; ten pudor!, ningún bálsamo como tu aliento”.

Así la reprendí

“¡Inclina tu cuello, cisne, que suya es la curva más fina!”.

Sé la luna, la luna: mi amor, me tiendo a tu lado.

¿Pero qué es ella? Su humanidad en sí misma. Palabras

tan torpes no pueden tocarte.

DEFICIENTE ES ¿QUÉ?

Deficiente es ¿qué?

Redundancia de veranos,

abundancia de azules.

¿Dónde está la mácula?

¡Anchuroso es el mundo, aunque monótono:

todo es monocorde.

Marco que aguarda a la pintura para encuadrarla.

¿Qué hay del follaje? ¿Qué hay de las flores?

¡Rosas que abrazan aun sin nada que abrazar!

Que venga entonces, esa completa incompletitud,

ah recién llegada.

Latiendo a través del azul, culminado el verano.

Aliento, aunque sólo sea un aliento:

la belleza de una rosa por encima de todo.

¡Y todo cuanto es muerte

engendra vida, palpita amor,

palpita amor!

DESPUÉS

¡Aparta el manto de su rostro
y deja que el cadáver culmine la putrefacción!
¡Ay, cómo yace en su propia ley!
La muerte ha hecho todo cuanto ha podido hacer.
Y ahora, absorbido en su nueva condición,
no lo turban ni lo inquietan
sus yerros o mi venganza; uno y otro
pugnan embotados
en esa solemne y extraña
metamorfosis que lo abate.

¿Qué busca su muerte bruñir?
¿Sus ofensas? ¿Mi desgracia?
Ay, si ambos volviéramos a ser
los niños de antaño, en la campiña, junto al redil:
pero sus agravios, a vista y paciencia de Dios,
engendraron fácilmente mi desprecio hacia él.

Estoy de pie aquí. Él yace en su lugar.

Cúbranle el rostro.

ENTRE LOS ROQUERIOS

¡Ah, esa sonrisa anchurosa que nos depara la tierra gris y vieja
esta mañana de otoño! Acomodamos los huesos
bajo el sol y sumergimos las rodillas y los pies
en el murmullo de esas aguas que corren jubilosas.
O escuchamos cómo la blanca alondra marina
gorjea dulcemente desde un montículo de piedras.
He ahí la doctrina: sencilla, inmemorial y verdadera;
el juicio de la vida mientras la tierra nos sonríe, sabia y vieja.
Si sólo amaste lo que era digno de tu amor, entonces fue el amor quien
salió victorioso bendiciéndote como a un todo:
que lo más brutal de la naturaleza sea bruñido por tus agonías;
entrégate a la tierra para que emprendas el vuelo.

PENSANDO EN EL HOGAR DESDE EL EXTRANJERO

Oh, estar en Inglaterra,
ahora que ha llegado abril
y que cualquiera, al despertar en Inglaterra,
puede contemplar, por la mañana, de improviso,
cómo los ramales bajos y la gavilla
junto al olmo están en flor
mientras el pinzón canta en la espesura del huerto
¡En Inglaterra, ya!

Y después de abril, cuando mayo es el que llega
y anidan currucas y golondrinas.
¡Escucha! En los setos florece mi peral
inclinándose hacia la campiña y esparciendo entre los tréboles
sus brotes y rocío; en un borde del ramaje encorvado
canta el maduro tordo, dos veces sus sones,
no sea que lo temas incapaz de revivir
aquel encanto inaugural y ligero.
Y aunque el prado luzca áspero por el rocío escarchado,

la alegría volverá cuando el día despierte otra vez

a los botones de oro, esa dádiva para los niños pequeños,

mucho más radiantes que esta llamativa flor de melón.

UNA PALABRA MÁS (FRAGMENTO, I) a E.B.B.

Ahí los tienen, mis cincuenta personajes masculinos y femeninos,

¡bautizándome en esos cincuenta poemas acabados!

Acójanlos y ámenlos; al libro y al hombre.

Y dejen que el saber se deposite allí donde yace también el corazón.

JUVENTUD Y ARTE

(FRAGMENTO, XVI y XVII)

Míralas: son nuestras vidas inconclusas,

colgando desiguales, arruinadas,

incapaces de suspiros o alegrías,

de hambre, abundancia, desesperación o felicidad.

No satisfechos, complacidos, desesperados o felices

nadie se atreve aún a llamarte “burro”.

Se vive solo una vez:

lo que hemos malogrado lo hemos perdido para siempre.

LA SAISIAZ

I

¡Bueno es perdonar,
mejor es olvidar!
Viviendo, nos inquietamos;
muriendo, vivimos.
Sin miedo y libre,
alma, ¡bate tus alas!
Cuerpo: la tierra
tendrá dominio sobre ti.

II

Vagar a voluntad,
día tras día,
vagar muy lejos,
vagabundo habitual,
¡alma que puede alzarse!,

ahora el cuerpo puede dormir:

ya no perturbará más

el vuelo del alma.

III

¡Aleteo de las alas del alma!

¿Qué es lo que se erige más arriba?

¡La luz del sol, el amor,

el cielo azul y la primavera!

¿Dónde se oculta el cuerpo?

Helechos de todas las especies,

musgos y brezos.

¡Tuyo es el cuidado!

AMOR

¡Y así queda terminado este año!

(ámame por siempre)

Lo que marzo ha iniciado

se nos procura en abril;

los laureles aferrados por mayo

se ajan en junio.

Ahora es la nieve quien me rodea,

menguando la fiebre de junio.

(ámame por siempre)

EL FUNERAL DE UN GRAMÁTICO

Poco después del renacimiento del saber en Europa

Empecemos de una vez y carguemos el cadáver
cantando juntos.
Despidámonos de las campiñas,
de las vulgares aldeas,
cada una en lo suyo
durmiendo a salvo en el regazo de la llanura
hasta que cante el gallo:
¡cautelemos que el día vuelva
a ribetear entre hileras de rocas!
He ahí el lugar apropiado: para que el pensamiento humano,
original, intenso,
reunido como corresponde, vuelva a despertar
punzando en el incensario.
Dejemos el llano analfabeto, sus ganados y cosechas,
y asegurémonos una sepultura
en lo alto de la montaña, forjada hasta la cumbre,

rodeada de cultura.

Todas las cimas se alzan, pero una excede al resto,

cubierta por las nubes.

¡No! Ese resplandor es el de la ciudadela

que rodea la cima.

Allí se extienden nuestros senderos; volemos a ellos.

¿Esperan una advertencia?

Nuestra tosca vida pertenecía a la llanura y a la noche;

pero a él lo reclama la mañana.

No desafinemos; firme el pecho, la cabeza erguida,

¡Cuidado con los intrusos!

Este es nuestro maestro, célebre, quieto y muerto,

apoyado en nuestros hombros.

¡A salvo de este clima duerman, ganados y cosechas, sombrías aldeas y campiñas!

Aquel a quien escoltamos a la tumba, allá arriba,

cantando juntos,

fue hombre nacido con tu rostro y tu garganta,

¡Lírico Apolo!

Sin nombre vivió mucho tiempo: ¿cómo esa primavera

sería reemplazada por el invierno?

¡Un ligero roce y perdió la juventud!

Achacoso y disminuido

se quejaba: “¡Nuevas medidas, otros pies veloces!”

“¿Ha terminado mi baile?”

No, es sólo el designio del mundo (enfilar por las laderas

rumbo a la ciudad).

Conoció la señal y se alzó orgulloso

sobre el dolor de los hombres;

cambió la juerga por el trabajo; se enfrentó con el mundo

empeñado en encontrar una salida.

Preguntó: “¿ Qué hay en ese pergamino que mantienes enrollado?

Enséñame su forma,

la de quien más a fondo estudió al hombre, al poeta y al sabio.

¡Dámelo!”. Y así le colocó la toga

y puso el corazón en ese libro hasta la última página:

descubrimos entonces al letrado,

aunque también al hombre calvo con los ojos plomizos

y el acento vacilante.

“Tiempo para degustar la vida”, habría dicho otro,

“¡levanten el telón!”

Pero este hombre afirmó: “¿La verdadera vida está próxima?

¡Un momento de paciencia!

Si consigo dominar el hermetismo del texto

podré comentarlo.

¡Déjenme conocerlo! ¡No discurran en vano de lo más y lo menos,

de lo doloroso o de lo fácil!

Comería hasta las migajas del festín,

ay, sin vacilaciones".

Oh, así fue la vida que resolvió vivir:

pero aprendida,

cuando pudo cosechar lo atesorado en los libros, la desdeñó.

Imagina el todo; luego ejecuta cada una de las partes.

¡Forja sólidamente la estructura total

antes de edificar, antes que el acero encienda el cuarzo con fuego

y el mortero golpee los ladrillos!

(Aquí alcanzamos la entrada a la ciudad: allá el mercado

aguardándonos)

Sí, ésta era su gracia más peculiar

(¡Animemos nuestro coro!)

que supo de la vida antes de vivir,

aprendizaje sin término,

ganándose primero los medios: Dios, a buen seguro,

nos proporcionará las maneras de cumplirlo.

Aunque otros, recelosos, dirán: “¡Pero el tiempo escapa;

vivir ahora o nunca!”.

Y él dijo: “¿Qué es el tiempo? No el instante, alegría de perros o simios;

el hombre está destinado a lo eterno”.

Y volvió a su manuscrito: la cabeza se le fue marchitando,

los cálculos lo abrumaban:

si sus ojos fueron plomizos, ahora sólo eran escoria del plomo.

La tos lo sacudía.

“¡Maestro, tómese un descanso!” ¡No, respondía él!

(¡Redoblen los cuidados,

avancen de a dos en dos, el camino se estrecha!)

Ni una pizca se turbó

al volver a los estudios, más remozado que al comienzo,

fiero como un dragón,

él (alma hidrópica, tristeza sagrada)

sorbió del botellón.

Oh, si dibujamos un círculo prematuro,

obviando cualquier ganancia a futuro,

ávidos sólo de alcanzar un beneficio inmediato,

magro será nuestro negocio.

¿No fue increíble? ¿No confió a Dios

(Él ama ese fardo)

la divina tarea de hacer que las órbitas celestes

perfeccionen esta tierra?

¡Acaso no amplió el espíritu, mostrando

claramente la significación del todo?

Jamás rebajaría esta vida, como hacen aquí los necios,

pagándola en cuotas.

Se jugó el pellejo por entero: o la bienaventuranza del cielo

o el fracaso de la tierra.

“¿Confías o no en la muerte?” Y él respondía: “Sí, ¡desde este

escuálido señuelo de vida!”

El hombre tosco busca poca cosa para contentarse,

la ve y la lleva a cabo;

el hombre grande, en cambio, con un elevado ideal a perseguir,

muere antes de alcanzarlo.

El hombre tosco va sumando de uno en uno

y culmina pronto en los cien;

pero el hombre insigne apunta al millón

y sólo falla en lo mínimo.

El hombre tosco posee aquí su cosmos, y de necesitar otro mundo,

¡deja que sea este mundo el que asuma el desvelo!

El hombre insigne, entregándose a Dios, firme,

culminará en Él su búsqueda.

Así, luchando contra las estranguladoras manos de la muerte,

se afana en la gramática.

Por eso, aun en medio del alboroto, y mientras pudiera tartamudear,

aumentaba las partes de la oración.

Decidió las controversias de los Hoti –¡déjalo ser!

basado correctamente en Oun,

nos entregó la doctrina del “De” enclítico

cuando ya estaba muerto desde la cintura a los pies.

Pues bien, aquí está su pedestal, aquí es el lugar adecuado,

Salud entonces a los suyos,

¡A todos ustedes, habitantes de las alturas, raza emplumada,

golondrinas y zarapitos!

Aquí está la cima; allá, abajo, se extiende el vulgo,

viviendo como puede.

Este hombre resolvió saber y no vivir.

¿Lo sepultamos?

¡Aquí, aquí tiene su lugar, aquí donde los meteoros salen disparados,

aquí donde las nubes toman forma y el relámpago afloja,

donde los astros vienen y van! ¡Qué el júbilo estalle con la tormenta

y que la paz nos llene de rocío!

Los magnos propósitos han de cerrarse:

dejémosle yacer noblemente,

con mayor dignidad incluso de la que el mundo supone

ha de ser la que guíe el vivir y el morir.

NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA LITERARIA DE ROBERT BROWNING (1812-1889)

Por Braulio Fernández Biggs

"... for I was made perfect too"

(Robert Browning, Abt Vogler, 40).

La vida avanza más rápido de lo que el espíritu humano se acostumbra a ella. Los incapaces se acomodan como meros testigos, en una triste apostura ante la escena. Otros resultan unos perfectos desconocidos para sí mismos, inhábiles de hacer calzar lo uno y la otra. El montón se pasa esa misma vida buscándose, seguro de ir por la senda correcta aunque el final le sea siempre inesperado. Algunos, en fin, tocados por la sensatez, intentan detener el tiempo...

El caso de Robert Browning nos parece haber sido completamente al revés. Su espíritu se adelantó a la vida que naturalmente pretendía correrle por delante. Cual perfecto iluminado –o tal vez santo, en el sentido vital del término– invirtió los papeles para viajar como una lanza a través de sus propios años, fatigando a la cazadora que acabó corriéndole detrás... lengua afuera. Pues más que una selva negra con un claro en medio como conciencia, al decir de D.H. Lawrence, su alma fue un infinito hilo de luz blanca que lo cogió de los brazos y lo lanzó, adelante, con todo el resto de lo suyo –y ciertamente su obra– detrás.

Lo maravilloso es que esto no se debió –por entero– a una especial fortuna ni a una gracia gratuita, a una suerte o privilegio. Si bien, como a cualquier otro ser humano, la mano de Dios se le coló sigilosamente por cada minucioso instante del existir, hubo causas bien concretas que lo hicieron, como decimos, no sólo

capaz de alcanzar el ritmo escurridizo de la vida sino adelantársele.

Pues no basta la voluntad de Dios para hacer cambiar a gusto la voluntad humana. Casos hay en la historia, es evidente, pero que apenas se cuentan con los dedos. Para el resto, esto es la mayoría, la delicadeza del Creador les conserva ese “don” especial del rechazo, de la negativa. No bastan entonces ni una llamada, un toque o un silbido. Frecuentemente ni siquiera un ensordecedor grito. Se hace necesaria la disposición especial, el alma abierta. Por su parte, tampoco es suficiente el haber tenido al lado todas y tal vez las mejores condiciones, biográficamente hablando. Cada una de las herramientas y posibilidades. Muchos también las tuvieron y no las aprovecharon. Asimismo, forzosa es la disposición, el ánimo, tal vez la voluntad.

Cuando la perfección se transforma en deseo, cuando empuja como una pasión, es que se ha dado un paso más allá de la “conciencia” y varios miles por encima de la historia personal. Perfección que no es sólo el ajuste cabal de las cosas a un molde, sino fundamentalmente sed de absoluto. Hambre de totalidad, voracidad sin medida; que aunque poco o nada alcance en esta vida, le basta con saber que hay un más que existe, que es real, y cuya posesión –o no; en estas alturas da casi lo mismo– traspasa las fronteras del estado de existencia.

Browning clavó su espíritu más allá de las zancadas de la vida a causa y efecto de una presencia –y permanencia– real: la figura y el ser del padre. En todas sus manifestaciones posibles y con todas sus circunstancias y elementos, el padre se le constituyó en el principio y el fin de lo que fue e hizo, de lo que escribió. Voluntaria e involuntariamente, el Padre del cielo, el padre de la tierra y el padre que él mismo fue.

Robert Browning tuvo un padre desde el cielo que se le manifestó, un Buen Padre Dios que él acogió como pregunta, sostén y sombra voladora, para no agotar jamás el apetito y, mejor aún, la necesidad de Él como absoluto. Poseyó un padre en la tierra, además, de quien recibió las herramientas y los matices del

mundo hasta en sus más recónditos escondrijos; una biblioteca sin límites y a la Madre Naturaleza y sus animales; una mano que fue tibia siempre sobre su cabecita y que le demostró con actos que no vivía para otra cosa. Y trajó un hijo a la vida, en fin, le nació de una inválida (“Oh Lyric Love, half angel and half bird...”), en quien volcó lo recibido y lo anhelado.

En medio de todo este caldero, su monumental obra.

Robert Browning es el artista perfecto. En él se reúnen, como colocados uno a uno en un prodigioso crisol, los elementos perfectos para una aleación perfecta. Todo allí fue recepcionado y él lo recibió, mientras una paleta misteriosa –tal vez la del mismo Dios; tal vez sólo el acaso– consiguió la mezcla admirable. Virtudes, amor, inteligencia, saber, finura, generosidad, respeto, laboriosidad. Optimismo. Un corazón de buey, en fin, bajo o junto a una cabeza de ballena.

Robert Browning hijo de Dios; Robert Browning hijo de un padre y nacido y formado en el seno de una familia que le prodigó lo mejor que a un ser humano puede prodigársele; Robert Browning con infinidad de talentos personales, nacidos con él, sembrados por el primer Padre y abonados y cultivados por el segundo; Robert Browning la inteligencia sublime, la cultura vastísima; Robert Browning y una mujer maravillosa; Robert Browning y un nuevo hijo –carnal, mas dialécticamente– en quien pagar innumerables deudas.

Con todo, imperioso resulta decir que la mayor muestra de su talento y el más puro resultado de aquella amalgama fue, ni más ni menos, el haber podido escribir. El simple hecho de haber escrito; más allá de la forma en que lo hizo, innegablemente genial. Acontece que un caudal como el suyo, una fuente tan inagotable de aspiraciones, razones, ideas e imágenes, por el hecho de ser tanta y tan extensa, lo habitual es que se hubiere transformado en una zancadilla al oficio, en un obstáculo más que en una inmensa y total posibilidad, pues no hay quien le resista. Es tal su fuerza que aplasta. Es tanto el vigor del agua que trae el río que al llegar al remanso se desborda, frenética, loca por todos lados; aquel no

es capaz de contenerla. Y, muy por el contrario, sólo queda desolación a su paso: nada y nada más nada.

Por ello aventuramos la sospecha de una exacta disciplina humana y artística (al margen de cuestiones morales, que no nos ocupan por ahora), o cuando menos un acento en medio del fragor de aquel feroz talento, que permitió el orden. Las limitantes del mundo finito son una escuela de disciplina puesta al servicio del fin del desarrollo espiritual. Es cierto que no nos fue ni nos será jamás dado penetrar los codos más torcidos, ocultos y complejos de su alma y de su mente: cuánto habrá podido quedar –y de hecho efectivamente quedó– por allí. Cuánto se vivió y no se puso por escrito: cuánto fue simplemente sentido, experimentado, hecho poema más dilatado y por lo mismo incontenible en una hoja de papel. Al fin y al cabo, lo escrito son siempre los restos, lo que queda, por mucho genio que haya de por medio. Del hacedor, por su obra, tan sólo recibimos los vestigios.

Pero Robert Browning es un hombre con todas sus letras. Su virilidad no sólo se expresa en una actitud artística y humana frente, por ejemplo, a la de muchos de sus contemporáneos; que no viene al caso citar. Principalmente la virilidad referida está demostrada en su obra en relación a sus talentos y al medio “desde” el cual escribió.

En buenas cuentas, como los santos, los iluminados requieren coraje.

“La mira de un hombre debe exceder su alcance.

Si no, ¿para qué está el cielo”

(Robert Browning).

Tal vez nunca un niño tuvo tantas lechuzas, culebras, monos y loros. Siempre hubo en casa espacio para un águila, un cuerpo espín, una cuadrilla pegajosa de sapos y ranas y, por cierto, de lagartijas. Y si entre las lagartijas y las ranas cayó su predilección, de todos los animales que Noé preservó en su arca el favorito le fue siempre aquella: la lagartija. Su brillo al sol, sus colores cambiantes, el estómago blanco y la languidez de los ojos durante las tardes tibias: un aire de animal prehistórico perdido hace millones de años...

Fue su propio padre, un empleado de banco de pasar tranquilo (del Bank of England), quien le contagió el amor a las “fieras”. Pero como además era un pintor de cierto talento y un estudioso, se le completó una educación en las finas artes y en las lenguas, y principalmente en la lectura. “Parecía haber conocido personalmente a Paracelso, a Fausto y aun a personajes del Talmud”, dijo Robert Browning de él. La biblioteca de casa guardaba seis mil volúmenes. Ayudado por maestros privados en diversas disciplinas, allí se perdió el nuevo Robinson en una isla de lomos y títulos, sin más limitaciones que el gusto. Tal vez peligrosa licencia para un niño cualquiera, pero no para Browning. El leer, oficio y fuente siempre fresca de conocimiento humano, de tipos y modalidades, de caracteres y figuras, en suma, escuela de piedad y de nobleza.

Infinito sería dar cuenta más detallada, como infinita era la biblioteca de su padre y lo es todavía la del British Museum. Bástenos señalar, señeramente en poesía, a John Donne, a Shelley, a Keats y a Byron. Sobretodos Byron, mas Shelley fuerte al principio. Y los ya comunes The Art of Painting, de Gérard de Lairesse; Wonders of the little World, de Wanley; y la Biographie Universelle. En medio de todo, además, el Renacimiento, particularmente el italiano. Citas todas éstas sin mucho sentido, confesamos, bizcas, incalculablemente inexactas, como un sólo arpón sobre el lomo de Moby Dick.

Mas todavía no es todo. Ser feliz, saber ser feliz, fue para Browning una virtud y acaso la más alta. Sus padres, extraordinariamente padres y extraordinariamente comprensivos –siempre–, le dieron, aunque suene de perogrullo, un hogar feliz. A diferencia de muchos otros –sin ir más lejos, del desafortunado Tennyson–, el

círculo de su hogar fue pequeño, mas seguro y urbano. El buen father de la tierra le llenó de optimismo y de anchura de alma, y se estableció como la piedra sobre la que descansaría un rasgo principalísmo de su vida y obras: el psiquismo superior, la conciencia propia sin límites y por lo mismo inenarrable al resto de los seres humanos, expresada en la necesidad de reconciliar los clamores absolutos del ideal con las realidades concretas de la existencia del hombre en la tierra y, más allá, la urgencia de trascender las limitaciones del mundo externo, las barreras impuestas por el sentido y el tiempo. “Death is no enemy in my eyes”, dijo aquel buen father antes de abandonar la escena...

En fin, en casa se forjó una cultura de muchas caras y realizaciones, se advirtieron y por lo tanto conocieron los innumerables recovecos posibles de la Creación, su inmensidad de probabilidades y personajes. Dentro de aquella paleta de tintas, en una colorida medialuna que contenía desde el exotismo por las causas y crímenes famosos a la más alta teología, la virtud de la felicidad se hizo por demás inteligente.

Amaba sentarse a oír a su madre al piano. Diez delgados dedos acariciaban las teclas como si hubiesen sido su propia coronilla adorada. Para él, el paroxismo, el deleite total, el éxtasis, a nimia edad. Horas y horas, como la lagartija al sol, con los mismos ojos lánguidos, dejándose llevar por las yemas blancas de los dedos de ella. “¡Toca, mamá, toca!”. Pues no era tan sólo el placer de los hermosos sonidos sino la comprensión de sus estructuras. “Estudié la gramática de la música cuando la mayoría de los chicos estudian la tabla de multiplicar”.

En el museo de Dulwich nacieron sus gustos plásticos. Muy cerca de Camberwell, donde quedaba su casa, los lienzos y los colores allí atesorados, las sombras y las luces allí reservadas, también le fueron escuela. Como a todo genio, a Robert Browning el mundo le entró por los ojos; que además tuvo desescamados. Si era capaz de leer tanto fue porque a su vez veía.

Un poco mayor de diez años y tradujo las odas de Horacio al inglés. Al tiempo,

casi enloqueció de amor por una adulta. Nada extraño en un niño como él ni en el hombre que después fue. En su vida, este tipo de cosas aparecen anecdóticas, casi sabrosas, y no constituyen fuente de impresión. Son fondos normales, estaba escrito que debían ser normales, no podían ser de otra manera en él. Por lo que pronto devino en un joven de fuertes humores... y sería parte de su oficio el describirlos minuciosamente.

A los catorce años, habiéndose fascinado con el Queen Mab de Shelley, aquella admirada y cariñosa pianista, aquella mum, le ayudó a adquirir las obras completas.

Por su parte, el gentil dad mundano le envió de viaje por el continente para que al menos recibiese el título de “Bachiller de la Experiencia”. Robert Browning no fue a la universidad. Antes se había “librado” del public school; después, y a raíz de que creció en la religión no conformista –que aunque protestante no era la oficial del Estado–, Oxford y Cambridge se cerraron ante sus narices. Es cierto que asistió a algunos cursos en la University of London –que su padre había ayudado a fundar con algunos dineros–, pero muy pronto se retiró. La vida estaba en otra parte, la biblioteca casi bastaba. Un viaje de dos años a Italia (1830) (tiempo después realizaría uno más junto a su esposa; cortas reincidencias tras su muerte... y el definitivo) y tres a Rusia (1833 en adelante), completarían su visión del mundo. Tal vez escasa desde el punto de vista geográfico, pero se puede estar y viajar por la Tierra con otros sentidos quizás más poderosos que la vista o el tacto (o en este caso el pie). Con la madurez, supo que su madre vino de la India, y que la apasionada sangre de los creoles también le corría por las venas...

Cuando se ha decidido a escribir es, como todos, un desconocido; circunstancia que, pese a los primeros intentos, permanecerá. Tal vez por un lapso exagerado. A lo más se hablará de él como otro de los típicos estetas prendidos de Italia como de un must... ¿Y cuántos de ellos eran genuinos? Cuestión que en parte hasta hoy perdura (Eugenio Montale se refiere en términos bien duros a este y otros aspectos).

“Italia fue mi universidad”, confesó un día, y consideramos que en una persona como él tal afirmación se comprende largamente...

Apoyado en familia –comprendido, estimulado, halagado y acogido–, se decidió finalmente a ser poeta. Los primeros libros los paga el padre (Pauline, a fragment of a confession (1833), Paracelsus (1835), Strafford (1837, drama), Sordello (1840)), y algunos más también. Estudiaba diariamente en el British Museum, como adelantamos. Relativamente emancipado, sus habitaciones cerca del Strand le permitieron estar en continuo contacto con el teatro. Visitó frecuentemente la National Gallery. ¿Una monótona vida en un mundo enredado?

Caminando cierta vez divisó una tormenta coronada por un doble arcoiris. E imaginó que aquel era el camino universal de la vida y que el paso de cualquiera sobre él era un evento magnífico, sin importar cuán grande o majestuoso, o cuán oscuro y pequeño, ese cualquiera podía ser. “Dios está en su cielo y marcha bien el mundo”.

Además, supo desde temprano que ese Dios, ese Buen Padre Dios del cielo, apoya sus grandes obras sobre los hombros más pequeños: Pippa Passes (1841).

Y Bells and Pomegranates (1841-1846), The Return of the Druses (1843), A Blot in the ‘Scutcheon (1843), Colombe’s Birthday (1844), Luria y A Soul’s Tragedy (1846).

Para muchos artistas, las cosas, las ideas y la genialidad ajena opacan las propias, impidiendo su expresión, taponeando lo eventualmente previo por exceso de pudor o de sensatez furiosa; y generan, al fin, una omisión cabal por

insufrible, insuperable e irresistible. Y cerca, claro, de lograr frustaciones. O de matar, derechamente. El efecto contrario ocurrió en Browning; incluso permitió umbrales asombrosos. Al revés: eso de leer (o mirar, tocar y oler) y explotar hacia arriba, como un motor a propulsión. El humus que no inmoviliza sino que lanza, arroja, despliega por los aires. Browning se alza como la antítesis del creador "suspenso" por lo que hay "detrás", por su "detrás"; por ese humus, por la bio-bibliografía precedente. Muy por el contrario: su grandeza no habría existido sin el exceso de lectura. De miradas, de caricias, de olfateos ("My Last Duchess", "Soliloquy of the Spanish Cloister", "Johannes Agricola in Meditation", "Porphyria's Lover", todos del bendito 1842).

Lo que no lo transformó en un ser de otro planeta.

Al fin es un ser humano como todos y el dolor no le estuvo ausente. Primero sufrió la incomprensión. Tal vez su "sinsabor más penoso" haya sido la dificultad con que se recibieron sus obras. Se queja de "la incapacidad de la boca humana para otra cosa que no sea croar o silbar". Es tildado de oscuro, de afectado, de... Después vendrán otros y más altos dolores. Sabía, quizás como nadie, que hemos caído aquí para llorar. Aunque seamos felices por instantes.

Llegará el día en que conozca a su mansa inválida, Elizabeth Barrett. En su debilidad física y tal vez de ánimo, en algunos aspectos, la blanda y menuda mujer estuvo irresistiblemente atraída al poderoso poeta contemporáneo. Se aparece como la fémina ideal del escritor. Mas si a su vez Robert Browning tuvo las potencias necesarias para maravillarse de ella, aunque fuese sólo por las cartas, ¿cómo no desilusionarse de su extenuada figura y su desgracia? ¿Acaso el colmo del romanticismo? ¿O la dulzura verdadera? Su primer encuentro fue un choque poderoso de luz.

1845, como 1842, año feroz: "Pictor Ignotus", "The Italian in England", "The Englishman in Italy", "The Bishop Orders His Tomb at Saint Praxed's Church" y una versión incompleta de "Saul".

Después vendría el matrimonio (12 de septiembre de 1846), el viaje al continente, a Italia, a Florencia, donde levantaron otro hogar en Casa Guidi. Hasta la muerte de ella, un 29 de junio de 1861.

Todo es amor. En Pisa, Elizabeth escribió los primeros poemas dedicados a su esposo, y Browning conoció, también por primera vez, los trabajos del corazón de una mujer.

¿Qué fue de Venecia? ¿Qué de su gente? Ciertamente no están muertos...

Lo alto y lo bajo, lo hermoso y lo insano. “The unroasted joints of the human soul”. Doble percepción en y de Robert Browning. Comió de la vida, encarnada en la ahora Elizabeth Barrett Browning, como lo había hecho de los libros, con un apetito feroz. Y no tuvo vergüenza. ¿De qué? ¿De ser un río desbocado? Italia es una lágrima tambaleante y brillosa que cuelga de la pestaña de Dios. Italia es una lágrima iluminante que cae a la tierra y se derrama por todas partes, como el amor más salvaje se derrama entre los dedos.

Así, de tanto amor, de tanto él mismo, de tanto tanto, la vida se le ubicó lentamente en una encrucijada entre el monje y el artista. Dios en medio y a través de todo. La paradoja de un “libertino-sacerdotal”: no tan inquieto por el alma inmortal sino por la tumba en la tierra, el espacioso y espléndido palacio del banquete de los gusanos. Vienen más libros (Men and Women (1855), Dramatis Personae (1864)), los libros vienen; las grandes obras se le aparecen y le cogen; viene el genio mayúsculo a posarse sobre lo escrito. Viene la lágrima italiana y el amor de Elizabeth a oscurecer a todos de exceso de luz.

Con lo del padre del cielo “detrás”, con lo del padre de la tierra también

“detrás”, la pluma se le arrastró hacia cada vida incompleta, hacia cada existencia desterrada, como un sol a medio pintar en las alturas. “¿Y Dios para qué los hizo?”. Tal vez equivocó el ángulo: ¿Y Dios para quién los hizo? De ahí parte de su mentada “oscuridad”, más que en los libros: hay demasiada sangre que narrar para ser comprensible... Y misterios. Y luz, como decimos.

El hijo que la inválida le dio fue una misteriosa prueba de “plenitud” humana, de “completación”. Elizabeth Barrett Browning muere 15 años después del compromiso (1846-1861). Ella misma fue Italia, una lágrima tambaleante y brillosa que colgó de la pestaña de su esposo.

Epitafio: “One who never turned his back but marched breast forward” (de Epilogue a Asolando).

Después de la publicación de The ring and the book (1868-1869) vuelven las lechuzas, las culebras, los monos y los loros. Volvió a haber en casa espacio para un águila, un cuerpo espín, una cuadrilla pegajosa de sapos y ranas y, por cierto, de lagartijas. Ahora para Pen su hijo. El círculo debía cerrarse, la deuda pagarse.

Como otra obra mayor sólo llegará Asolando: Fancies and Facts (1889) y tres libros que él, Mrs. Browning y alguno que otro especialista disfrutan con gusto, marcados por la devoción a los dramáticos griegos: Balaustion’s Adventure: Including a Transcript from Euripides (1871), Aristophanes’ Apology: Including a Transcript from Euripides, Being the Last Adventure of Balaustion (1875) y The Agamemnon of Aeschylus (1877).

Se dijo que Browning fue turnio: que con un ojo leía y con el otro soñaba. Y que asimismo su mente y su corazón fueron turnios: una parte estuvo en el cielo y la otra en la tierra. ¿Dualidad acaso? ¿Un hijo pródigo y otro fiel en la misma persona?

“Listen, children, it’s no use trying to catch the echo of my voice. You must ferret out the secret angle which I alone know and listen to the sound of your own voice. But perhaps the mighty secret will die with me...”.

La muerte es la coronación de los grandes, la corona para los grandes. Robert Browning se sabe grande, es grande. Su fe es una fe total aunque reniegue de las formas. Vislumbra finalmente que es un elegido, que ha sido henchido de Talento(s). “Toda pasión declina”, dice, mas parece que la suya, por Dios, no. Pasión mental y pasión sanguínea. La no distinción y el arrebato le hacen “confundir” planos, y decir: “La verdad más fulgurante y la fe más pura del universo sólo pude encontrarlas en el beso de una mujer (“Summun Bonum”). He ahí todo.

Otros más de otros volúmenes, y los últimos (sin importar las fechas): Prince Hohenstiel-Schwangau, Saviour of Society (1871), Parleyings with Certain People of Importance in Their Day (1877)... ¿notas para una autobiografía mental? Se devanean hoy los scholars. Junto a: Fifine at the Fair (1872), Red Cotton Night-Cap Country (1873), The Inn Album (1875), Pacchiarotto, and How He Worked in Distemper, with Other Poems (1876), La Saisiaz y The Two Poets of Croisic (1878), Dramatic Idyls (1879), Dramatic Idyls: Second Series (1880), Jocoseria (1883) y Ferishtah’s Fancies (1884).

Viejo, satisfecho y pleno, Browning se divirtió, se sintió lisonjeado aunque terminó un tanto aturdido con el establecimiento de la Browning Society y otros clubs afiliados a ella en Inglaterra y Norteamérica, desde 1881. En 1882, Oxford, que alguna vez le había negado la entrada, lo distinguió con el grado honorario de D.C.L. Pasó sus últimos días en Asolo, Italia (escenario de Pippa Passes), y en Venecia, en casa de Pen, donde murió el 12 de diciembre de 1889.

Fue sepultado en Westminster Abbey.

“La tarea del poeta tiene que ver con Dios,

al que debe dar cuenta y el que es su recompensa”

(Robert Browning).

La vida y obra de Robert Browning es tan vasta en forma y fondo que resulta radicalmente imposible referirse exactamente a ella en pocas páginas. Tal vez ni siquiera en muchas; o simplemente imposible de cualquier modo. Y esto no es una afirmación metafórica o de ejemplo: efectivamente es así. Pero tomando la propia idea de Browning de que en el arte vale más aspirar a las mayores alturas que lograr los sueños fáciles (Cfr. “Andrea del Sarto”, “Abt Vogler”), intentaremos dar cuenta de algunos elementos sin aspirar a agotar el tema. Es nuestra manera de ver las cosas; que como un conjunto de consideraciones, tendrá que ver más con cuestiones de impulsos artísticos que con técnicas, de suyo discutible. Virtud y ejemplo de la literatura, tal vez como ningún otro arte.

Primeramente, parece útil reproducir un fragmento del prólogo a la primera edición de Paracelsus (1835), luego suprimido: “Deseo que el lector no se equivoque acerca de mi trabajo, al comienzo mismo de éste, juzgándole de una clase con la que nada tiene de común, por principios en los que nunca se informó y según un modelo al cual nunca trató de conformarse. Voy por lo tanto a anticiparle el descubrimiento de que es un intento, probablemente más nuevo que feliz, de invertir el método usualmente adoptado por aquellos escritores cuyo propósito es exponer por medio de ciertos personajes y acontecimientos, algún fenómeno de la mente o de las pasiones; ya que, en lugar de recurrir a una maquinaria externa de incidentes, para crear y desenvolver la crisis que deseo producir, me he aventurado a presentar, un tanto minuciosamente, el temple de la misma desde su nacimiento a su desarrollo, y he tolerado que el agente que influencia determina, en general, sea perceptible sólo por sus efectos, y de un modo por completo subordinado, si no excluido, y por una razón: traté de escribir un poema, no un drama”.

Si el arte es, en fin, una forma de acercamiento a Dios, un lenguaje, una suerte de diálogo, puede parecer lógico que cada artista procure inventar su propio idioma y tal vez presentarlo a la alteridad como recomendación. Pero no es así. Es decir, no es así de lógico en la práctica. No todos tiene la lucidez necesaria ni tampoco la humildad de saberse fallidos en cuanto a que la obra pueda finalmente ser completada. Aquí. La acción debe recibir la confirmación del cielo, mas no crearla.

Quizás hay una clave para entender esto, precisamente y pese a Montale, en Italia. Estudioso de los pintores y artistas del país, para Browning el arte griego, que se proponía módulos ideales, enseñaba a los hombres a inclinarse; mientras que el italiano poseía una humanidad más cálida, aunque pudiera parecer que sus resultados eran menos perfectos (“Old pictures in Florence”): “...hacer que nuevas esperanzas aparezcan a través de los cuerpos que consumen, y que nuevos temores den mayor grandeza a los trozos y fragmentos. ¡Llevar a plena acción lo invisible! Dejar que lo visible se vaya al diablo; ¿qué importa eso?”. Dios arriba en su cielo, todos bien (Curioso, sin embargo, esto de Italia y Grecia; ya que, por una parte, de aquella y el problema de la divinidad no puede hoy predicarse sino multitud, y de ésta, por otra, se ha dicho hasta el fastidio que una de las características más terribles de su Renacimiento fue el haber echado a patadas a Dios del mundo. No otro, por lo demás, sería el desconsuelo de Dante...).

El punto es que Browning, aunque sea desde abajo –y con un profundo sentido del humanismo como “humanidad”–, no puede dejar de hacerse cargo de la esencia de esa totalidad –amor–, pero, si se nos permite, más que como esencia, tal vez en todas sus manifestaciones, como principio espiritual: amor que es, que se da; amor como experiencia, a la vez físico e ideal; que construye y se finaliza en alguna parte, ciertamente no la Tierra. “Entendamos la confesión de Paracelso al morir –dice Cernuda– como confesión propia de Browning, referida al Todo: el amor es instrumento de conocimiento y la inteligencia instrumento del amor”. La poesía, finalmente, es el problema de poner lo infinito dentro de lo finito (carta a John Ruskin, 10 de diciembre de 1855).

Así, “... la cúpula donde habitan los ángeles y suele filtrarse un rayo de sol” (“The Bishop Orders His Tomb at Saint Praxed’s Church”) es por lo mismo cúpula incompleta. En definitiva, es hacia Dios hacia quien se ordena, él y su obra, más allá de una cuestión religiosa, que como “forma” Browning sabe que “acabará”.

Por otra parte, resulta casi evidente, dado el sitio desde el que escribe, que utilizar todas las artes como terreno de trabajo para su “intento, probablemente más nuevo que feliz” sea también su “forma” de escribir (verso prosístico por la absoluta abundancia de contenido. Río que se desborda hemos dicho...). Siempre se escribe desde donde se está, desde donde el escribiente se encuentra, lugar que es muchísimo más que una posición física, con toda certeza. Tiene que ver con historias, con valores, con aspiraciones. Con, para el caso que nos ocupa, aquellos padres, entre otras cosas. Con su gran optimismo. Lo que hay “detrás” en Robert Browning, el “sitio” desde el cual escribe. Desde “lo” que escribe. Sus referencias, sus llamadas, sus predicamentos y puntos de partida. La vastedad del mundo, la biblioteca de casa; Dulwich, la National Gallery, Rusia, Italia y el British Museum. Pero también la vida; los ojos que han sabido leer y mirar; incluso acariciar y oler. Los sapos y las culebras de infancia. Las lagartijas. Lo curioso y lo violentamente ordinario. El umbral más alto de las pasiones humanas en un hombre de una cultura extraordinaria: ni en un rapaz ni en un “rascal”. En Robert Browning... y además Dios.

Reafirmando por oposición nos atrevemos a decir que el tema central de “The Bishop...” es el lado oscuro de ese “detrás”, de ese humus inigualable de Browning, junto a la manifestación descarnada de que el mundo se ordena a un campo de batalla moral. Y él juega allí; se ríe pero muy serio. El “obispo” tiene “hijos” (es católico...) y estos una “madre” –¿referencia vieja a algún Borgia u otro italiano de entonces?. No hay hija. Gandolfo, qué personaje. En fin: “... y a mí con esos viejos dolores” (“Speculation”). ¿Acaso el saber, la cultura, ese todo “detrás” termina por ser un dolor? ¿Duele lo leído, lo entendido, lo apreciado, lo descubierto? ¿Acaso duelen los talentos bien aprovechados? Peor aún, ¿aplastan? Parece que en Browning no. En “Meeting at Night” hay un buen resumen. La “imaginería” deriva su fuerza de la verdad psicológica que contiene y no de una eventual belleza formal.

En tercer lugar, y como condición y a la vez condena para los dos puntos más arriba referidos, la ínclita, majestuosa, real y magistral soledad de Robert Browning. A pesar de la cual –no hay contradicción posible–, como cabal genio, quiere marcar los pasos del mundo. “¡Envejeced junto a mí! (“Rabbi Ben Ezra”). Aunque siga “reconociendo” a “Aquel que provee mas no participa”. Él está más cerca de Él pues da: no se ha guardado nada de aquello monumental suyo: su genio. Así, no se puede ser tal si no se está solo. Requisito indispensable: estado y consecuencia.

La oscuridad de Sordello no es otra cosa que soledad. Soledad del mundo respecto del Buen Padre Dios y el buen padre de la tierra. Soledad del Todo y soledad de su “detrás”. Browning está solo. Nótese que no es la autorreferencia del tipo James Joyce (Ulysses o mejor Finnegan’s Wake), sino la vastedad que hace imposible la intelección normal. Referencias que no están a la mano del común de los mortales. Pues, al leer, ¿descubrimos que hemos perdido nuestras facultades mentales? ¿Verdaderamente somos idiotas o hay algo que falta a la disposición de leerlo? ¿Sólo es exceso de referencias?

Quisiéramos destacar también, y en cuarto lugar, la idea de perfección (que encabeza este artículo) tomando el caso, precisamente, del “Abt Vogler”. George Joseph Vogler (1749-1814), organista y compositor de Wurzburg. Inventor de una especie de órgano portátil, el orquestrón. Browning nos lo presenta lacrimoso después de improvisar algunas notas en su recién creado instrumento, lamentando el desvanecimiento, junto con los sonidos, de las visiones que ha evocado con su música. Mas el abate se consuela pensando que esa y la música, más que las otras artes, llevan el sello divino; y tiene fe en que aquel bien por él creado no se perderá sino que se perfeccionará en el cielo. “... for I was made perfect too”, dice el abate y dice Browning. Yo también fui hecho perfecto, yo también fui llamado a la perfección, “como vuestro Padre de los cielos es perfecto”. Perfección que, como dijimos más arriba, no es sólo el ajuste cabal de las cosas a un molde sino fundamentalmente sed de absoluto.

Browning odiaba la idea de que el poeta tuviese que ser un hombre melancólicamente lánguido, malhumorado y víctima de la pesantez húmeda, perdido frente al caño de un revólver cuando la inanición poética lo embargaba. No se sentirá satisfecho de “cautivar por el encanto”, como cierta vez dijo D.G. Rosetti a propósito de Pauline, y pronto escribirá tales cosas que asustarán el espíritu de reposo de todas las orejas de la moda. Es ese hambre voraz por el Todo, que va más allá de la mera “salida” de los cánones: Browning quiere inventar un género nuevo, una forma nueva, una literatura nueva, un arte nuevo. Que se desvanezca aquí es casi irrelevante, pues el sello divino es indeleble y se perfeccionará en el cielo.

Finalmente, imposible es concebir un genio de tal envergadura sin una dosis inmedible de humanidad. “...azul como una vena en el pecho de la Madonna” (“The Bishop...”). Tal vez es la mejor descripción de Robert Browning, por él mismo. Sí: Robert Browning es azul en el mundo como una vena en el pecho de la Madonna. Y vaya pecho. Una línea clara en el blanco, distinguible y distinguida; fuerte, quizás. Pero delicada, a la vez: suave, imperceptible, sensual; con todo, con “Madonna” y todo...

Sólo un ser sublime se podría haber casado con una inválida. Sólo un ser sublime, henchido del fresco amor romántico, atiborrado de humanidad. Su humanismo es cuerpo y sentidos. “Let us not always say, / ‘Spite of this flesh today / I strove, made head, gained ground upon the whole!’ / As the bird wings and sings, / Let us cry, ‘All good things / Are ours, nor soul helps flesh more, now, than flesh helps soul!’ “ (“Rabbi Ben Ezra”, XII). Los miembros desposeídos que se poseen, los blancos que jamás han visto el sol, arrebatados. Apretujados. Amarrados. Lo infinito dentro de lo finito. Elizabeth Barrett refunfuñaba y hasta a veces explotaba de ira al ver que no le era reconocido el talento a su marido. Aun más: que era a ella a quien quería y adoraba el auditorio. ¡Cómo se habrá retorcido en su silla esta felicísima locura de amor casi cansado de debilidad y ternura! ¡Cómo después...! Ella también era una vena azul en el pecho de la Madonna. Ella era azul, era una pura vena y un puro pecho. Imposible que no haya dejado dormir allí al poeta, en Italia y en cualquier rincón del mundo.

“¿Cuál de todos los lirios que abandonamos recordaremos después como el mayor?” (“Rabbi Ben Ezra”). ¡Maldita sea! Pues “nunca tiempo y lugar y amada logran reunirse de una sola vez”. “Apenas entro ella sale”. ¡Qué grandísimo poeta del amor, también! ¡Y por tanto de la humanidad!

Mención aparte merece la composición del cuento para niños The Pied Piper of Hamelin publicado en 1845 en la recopilación que nos ha llegado como Romances dramáticos, obra del padre que Browning mismo fue. Tomado de la antigua leyenda y conocido a través de diferentes versiones, el poema se basa en hechos reales sucedidos en 1284 y relacionados, en el fondo, con la Cruzada de los Inocentes de 1212. El verdadero nombre del flautista habría sido Bunting.

La ciudad de Hamelín, sobre el río Weser, está llena de ratas. Un flautista promete librarla de la calamidad a cambio de mil “ghilder”. Al sonido de la flauta y los trotecitos de Bunting las ratas salen de las casas y siguen al muchacho hasta el Weser, donde caen y se ahogan. Cumplida la promesa, Bunting exige al alcalde de Hamelín su parte, mas este se niega. En desquite, el Pied Piper vuelve a recorrer las calles de la ciudad tocando su flauta reuniendo, esta vez, a todos los niños de Hamelín, hacia una montaña a cuya ladera se erige una gruta que se los traga.

IN MEMORIAM

“Sí. Aquellos designios ya estaban en mí; nací para cumplirlos”

(Robert Browning, Paracelsus, XX).

“Sus obras más intensas son las breves y ordenadas poesías de amor, o mejor, los pequeños dramas amorosos. Hizo una cosa verdaderamente original y admirable: consiguió expresar los verdaderos pormenores del amor moderno en verso, y el amor es la cosa más realista del mundo. Sustituyó por la calle con persianas verdes el jardín marchito de Watteau, y por la ‘azul agitación de un fósforo que se enciende’ la monotonía de la estrella vespertina” (G. K. Chesterton).

“Browning es el inglés centrado obstinadamente en sí mismo, que sigue su olfato como un alano, según sus simpatías o antipatías” (G. K. Chesterton).

“... enteramente libre de enemistad, egoísmo o cualquiera otra pequeñez, pensando no más de sí mismo que si hubiese sido un hombre ordinario” (Jowett).

“Si la poesía de uno (Tennyson) era semejante a un tapiz de terciopelo, la del otro (Browning) recuerda el rocoso lecho de un río, en que cada aspereza testimonia el volumen y el ímpetu del torrente intelectual que lo ha formado” (Edmund Goose).

“... ha sido el poeta predilecto de los viudos inconsolables, de las solteronas con el corazón herido; ha sido el poeta que mandan empastar en piel, a la florentina, lo ponen en un anaquel, junto a la Vita Nuova de Dante, y no faltaba más, a la

estampa esa que representa el encuentro de Dante con Beatriz. Aquí de pronto se convirtió en un poeta arqueológico-sentimental, liberty; el poeta de los ingleses que viven en Florencia, comen en los figones y son felices al alquilar un departamento a dos pasos de Casa Guidi" (Eugenio Montale).

"Browning fue un gran poeta que escribió grandes poemas, para la mayoría incomprensibles" (E. Shanks).

"No es posible dejar de sostener que esta obra es un despropósito artístico" (E. Shanks, sobre Sordello).

"...estaba poseído por una conciencia más intensa y mórbida que la observable en cualquier criatura sana" (John Stuart Mill, sobre el autor de Pauline).

"Siempre piensa a toda prisa, y la marcha de su pensamiento, comparada con la de otro hombre, es como la marcha del tren comparada con la de una carreta, o la del telégrafo comparada con la del tren" (A. C. Swinburne).

"Hay sólo dos líneas en él que entiendo, y ambas son mentiras" (Alfred Lord Tennyson, sobre Sordello).

"Considerado como creador de caracteres, el lugar de Browning está inmediatamente a continuación del que creó Hamlet; si hubiese sido menos confuso hubiese podido sentarse a su lado" (Óscar Wilde).

"Meredith es un Browning en prosa, y lo mismo es Browning: empleaba la

poesía como un medio para escribir en prosa” (Óscar Wilde).

“Fue un pensador, y seguramente era un hombre que pensaba siempre, y siempre en voz alta; pero no era el pensamiento lo que le encantaba, sino los procesos por los cuales se mueve el pensamiento” (Óscar Wilde).

“Los incidentes y acontecimientos eran para él irreales o insignificantes. Hizo del alma el protagonista de la tragedia de la vida, y consideró la acción como el único elemento no dramático del drama” (Óscar Wilde).

Jorge Luis Borges

ROBERT BROWNING DECIDE SER POETA

(fragmento)

En el dialecto de hoy
diré a mi vez las cosas eternas;
trataré de no ser indigno
del gran eco de Byron.
Este polvo que soy será invulnerable.
Si una mujer comparte mi amor
mi verso rozará la décima esfera de los cielos concéntricos;
si una mujer desdeña mi amor
haré de mi tristeza una música,
un alto río que siga resonando en el tiempo.
Viviré de olvidarme…
Máscaras, agonías y resurrecciones
destejerán y tejerán mi suerte
y alguna vez seré Robert Browning.

Ezra Pound

MESMERISMO

And a cat’s in the water butt (Robert Browning)

He ahí un hombre, tú, viejo hipnotizador
que envuelves tus símbolos con setenta fajas.
Es necesario ser un consumado madrugador
para atraparte al descampado.

¡Bendita especie!

¡Un gato en la barrica”. Obstinados pensamientos en tu vasija de versos
enséñanos de una vez; entonces confiaremos en ti.
Tú, Maestro Bob Browning, a pesar de tu adornos
sacude el seso y alaba como nosotros lo hariamos.

Jadeas como una Calíope resfriada, con amigdalitis,
¡Pero Dios! Qué visión tienes de nuestras almas.

Demente como un sombrerero, sí; mas no ciego;
anchuroso como el océano te tiendes hacia el corazón de la humanidad.

Contemplo tu gran corazón, profundo como las entrañas del Vesubio,
con palabras fraguadas en las cenizas, arrojadas en erupción,
elevados y fulminados como Júpiter Pluvio,
girando en el viento más allá de todo signo de corrupción.

Que esto vaya para ti, astuto malabarista verbal,
honesto en razón de la verdad, pulcro diseccionador.
Cíncelaste en el oro seguro; no necesitabas envolver
centavos en tus versículos.

¡Astuto elector!

Traducción: Armando Roa Vial.

Algernon Charles Swimburne

A ROBERT BROWNING EN EL DÍA DE SU MUERTE

(fragmento)

Dejen que los sueños restauren su noble cabellera,
su frente imperial…

Descansa en paz, pues en esta vida
tu poesía
ya no sabe de rival. El tiempo, las arduas jornadas,
y el destino de los hombres
cesaron de afligirte. Sólo el amor,
el corazón reverente,
pueden aún tocarte, magnánimo y consolador;
el alma, como tu poesía.

Y tú, Florencia, responde a su esperanza:
recíbelo y acógelo,

arrulla su delicado polvo,

sus sueños más queridos.

Quienes te han amado, aun en remotos confines,

volverán a ti para unirse a tu nombre,

estrellas que preparan la aurora

tejidas a estrellas que resguardan el ocaso.

Para proclamar tu insobornable fama.

Traducción: Armando Roa Vial.